

A romantic close-up of a man and a woman in a purple-tinted setting. The woman is on the left, looking towards the man on the right. They are both looking down and slightly towards each other. The man has a beard and is wearing a light-colored shirt. The woman has long dark hair and is wearing a light-colored top. The background is blurred, suggesting an indoor setting with other people.

DULCES CARICIAS

M. LEIGHTON

Phoebe

M. LEIGHTON

DULCES CARICIAS

Traducción de M^ª José Losada



Phoebe

Título original: *All the Pretty Poses*

Primera edición: marzo de 2016

Copyright © 2014 by M. Leighton

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2016

© de esta edición: 2016, Ediciones Pàmies, S.L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16331-80-2

BIC: FRD

Diseño de cubierta: Calderón Studio

Fotografía: Kuikson/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Para Courtney.
Eres la amiga más sorprendente y crítica que nadie puede pedir.
¡Te quiero hasta la luna!*

*Para Autumn, Kathryn y Megan.
Gracias desde el fondo de mi corazón.
Vosotras tres me ayudasteis a dar brillo a este libro. ¡Os adoro!*

«No hay temor en el amor».

Juan, 4:18

«Ser profundamente amado por alguien te da fuerza, mientras que amar a alguien profundamente
te da coraje».

Lao Tzu

Reese

—¡Qué pasada! Este lugar es impresionante —dice Sig Locke cuando los guío a nuestra fiesta privada atravesando las puertas del Exotique, uno de los elitistas clubs de baile que poseo.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —Hemi, mi hermano pequeño, está hablando con su novia, Sloane.

Ella sonríe.

—Cielo, esto es para Sig. Quiero que su primer viaje a Chicago sea inolvidable. Ya te lo he dicho. Además —le dice, inclinándose para morderle la barbilla—, quizá yo pueda aprender algunos movimientos.

La sonrisa de Hemi es lenta, pero yo sé lo que está pensando. Ya está imaginándola bailando en una *pole dance*, realizando un numerito privado solo para él.

—¡Oh, Dios! —interviene Sig al tiempo que se tapa los oídos con las manos—. ¡No quiero escuchar nada de eso!

Me río y sacudo la cabeza, deteniéndome para mirar a mi alrededor.

Siempre siento una mezcla de orgullo y excitación cuando entro en uno de mis clubs. He levantado un imperio de clubs de baile elegantes, unos locales elitistas que se extienden por Estados Unidos y otros países. Y aunque no suelo visitar ninguno más de dos veces al año, entrar en cualquiera de ellos es todo un impacto.

Todo sigue exactamente igual que cuando estuve aquí hace trece meses. Los suelos de mármol negro relucen, la barra de cromo brilla bajo las suaves luces del techo y todas las hermosas camareras están vestidas con esmóquines sin mangas que muestran un poco de escote y se detienen a mitad del muslo. Con clase. Sexys. Mías.

Sé que podría acercarme a cualquiera y salir de allí con ella en menos de diez minutos. Ni siquiera tendría que decir quién soy. Este es solo uno de los muchos dones que poseo. No estoy siendo arrogante al respecto, son hechos. Tengo algo que ellas quieren. Y ellas, algo que quiero yo. Por lo menos para una noche.

Pero ahora no es momento para eso. Esta noche he venido por Hemi, mi hermano pequeño. Les dije a él y a su novia, Sloane, que podían navegar conmigo a Hawái en uno de mis yates de lujo. Una vez allí, disfrutarán de las vacaciones de dos semanas que he organizado para ellos. Que los haya acompañado uno de los hermanos de Sloane ha sido toda una sorpresa, pero... qué más da. Esto es lo menos que podía hacer por Hemi, ya que fue él quien encontró y puso a disposición judicial al policía corrupto cuyas acciones llevaron a la muerte a nuestro hermano pequeño, Ollie.

—Vamos —les digo—. Por aquí.

Cuando Hemi me explicó que quería venir aquí esta noche, llamé y ordené al gerente que preparara una de las zonas VIP para nosotros. Se encuentra situada a la izquierda del escenario, lo suficientemente cerca como para oler el perfume de las bailarinas. Si la inocente novia de mi hermanito quiere aprender algunos movimientos, tendrá el mejor asiento de la casa.

Según avanzamos, reconozco a algunas de las chicas. Me sorprende que sigan aquí. No recuerdo sus nombres, pero sí alguna característica de cada una de ellas.

La rubia es una gritona.

A la pelirroja le gusta que sea brusco.

La otra rubia es agobiante. Al ver su mirada clavada en mí mientras camino, recuerdo todas las cosas desagradables que me dijo cuando por fin se dio cuenta de que lo que decía iba en serio. «No voy a llamarte. No me interesa una relación».

Se enteró de la forma más difícil.

Una vez que nos sentamos, una morena de agradable aspecto con piernas kilométricas y tetas casi debajo de la barbilla viene a apuntar lo que queremos. La sonrisa que me brinda es... interesada. Sepa o no quién soy, apuesto mil dólares a que podría conseguir que se colara en el cuarto de baño conmigo. Echaríamos uno rápido y ardiente. Un poco salvaje. Pero con la compañía con la que estoy esta noche, no me planteo hacer nada parecido.

«Lástima», pienso mientras valoro su figura quirúrgicamente mejorada una vez más.

—Lo siento, ¿cómo has dicho que te llamas? ¿O debo llamarte «Mía»? —bromeo con ella, guiñándole un ojo.

No me sorprende la reacción que obtengo. Se inclina hacia mí.

—Me llamo Pandora —susurra con voz ronca, mostrándome una vista de sus atributos—, pero puedes llamarme como quieras, hasta «Tuya».

Arqueo una ceja al tiempo que sonrío de medio lado.

—¿Qué tal si comenzamos con una ronda de chupitos? De tequila Patrón. Pago yo. Abre una cuenta y ve anotando lo que tomemos.

Sus ojos brillan. Se siente atraída por mí, lo percibo. He visto esa misma mirada muchas veces.

—¿Su nombre, señor? —pregunta ella antes de mostrar la lengua para humedecerse aquellos carnosos labios.

—Reese Spencer.

Amplía los ojos de forma casi imperceptible.

Casi.

Sabe quién soy. No es fácil descubrir que soy el dueño del club, pero se corre la voz de vez en cuando. Y los rumores deben de haber llegado a ella.

—Sí, señor. Ahora vuelvo con los chupitos.

Asiento con la cabeza, mostrándole mi agradecimiento, y concentro la atención en el escenario cuando la luz se atenúa y el proyector se enciende. La música cambia de registro y todos los ojos se clavan en la hermosa rubia platino que camina por la pista en forma de T que conduce desde la parte trasera, donde están los vestuarios, al escenario.

Miro con silencioso entusiasmo. Me gusta mirar a las bailarinas y me alegra que el club esté funcionando bien y que todo esté en orden, pero más que nada quiero que se acabe la noche para poder descansar antes de mañana. Tengo que asistir a un funeral.

Bebo mientras mi hermano bromea con su novia. Me gustaría encontrar un amor así de cómodo y envidiable si pensara en mantener ese tipo de relación. Pero como no quiero, apenas les presto atención.

Miro más allá de ellos, pasando de sus efusivas demostraciones públicas de afecto para concentrarme en el hermano de Sloane, Sig. Parece un buen tipo, y está disfrutando del club.

—¡Dios! Esa chica tiene que traer aquí ese culo y sentarse en mi regazo —dice cuando sale al escenario otra rubia con curvas más pronunciadas.

Se ríe y grita antes de tomar otro trago de su whisky Southern Comfort con Sprite. Me pilla mirándolo y grita todavía más fuerte al tiempo que me da un golpe juguetón en el brazo.

—¡Bebe, hombre! Necesito que alguien se emborrache conmigo. Estar en un club como este con mi hermana está afectándome más de lo que debiera. —Se ríe un poco más de algo que considero justificado.

—Creo que lo estás haciendo bien tú solo —comento, fijándome en que casi pierde el equilibrio y se cae de la silla.

Estoy pensando cómo excusarme cuando la música cambia de registro una vez más y me detiene. Los insinuantes acordes de Madonna cantando *Justify my love* me parecen una interesante aunque extraña elección para un baile, y hacen que vuelva a mirar a la plataforma.

Aparece una joven en el lado izquierdo del escenario. Camina lentamente por la pista, haciendo que la sigan todos los ojos. Utiliza una camisa masculina y una

corbata... nada más.

Sus piernas son larguísimas con los tacones de aguja que lleva puestos, largas y perfectamente torneadas. Son las piernas de una bailarina. Fuertes, atractivas..., pecaminosas.

Cada paso que da es un movimiento sexy y sensual, un contoneo lento y deliberado. Me siento más erguido en la silla. De golpe he pasado de estar ligeramente interesado a sumamente intrigado, y no sé por qué. He visto bailar a cientos de chicas. Pero nunca he visto a esta, y es ella la que posee algo que atrae toda mi atención.

A medida que se acerca, me doy cuenta de que su espeso pelo castaño está cubierto por un sombrero asentado en un ángulo arrogante en su cabeza. Tiene un brillante bastón negro en la mano. Se detiene cuando llega al centro del escenario, blandiendo el bastón una vez antes de apoyarlo delante de su cuerpo. Con un movimiento calculado, tensa las piernas y se inclina hacia delante, mostrando la longitud de sus muslos y las curvas de su culo perfecto.

Antes de que me dé tiempo a estudiarla entera, se endereza y hace girar el bastón por encima de su cabeza sosteniendo un extremo con cada mano. Arquea la espalda, haciendo que suban las que parecen unas tetas deliciosas. Entonces, todavía moviéndose lentamente, baja el eje hasta la parte delantera de su cuerpo.

Cada acción es suave, calmada. Cada movimiento, sexy y fluido, con el cuerpo fusionado a la perfección con la música.

Echo un vistazo a su cara. Por debajo de la sombra del ala del sombrero, solo puedo ver su boca. Pero, ¡joder!, menuda boca. Sus labios aparecen pintados de un rojo brillante y son, seguramente, los más exuberantes que haya visto nunca. Entran en la categoría que siempre he llamado «labios chupapollas»: sensuales y perfectos para deslizarse por mi glande.

Después de haber venido casi obligado, sin esperanza alguna de divertirme, me veo sorprendido por el espasmo que da mi pene cuando la veo cogerse el labio inferior entre los dientes y morderlo. Pero así es.

Tengo que contener el gemido que se forma en mi pecho cuando ella se deja caer de rodillas y aleja el bastón de su cuerpo como si estuviera haciendo una flexión de brazos mientras se desliza boca abajo sobre su estómago. Después de algunos movimientos, suelta el eje de madera y se echa atrás sobre la espalda para comenzar a girar las caderas, como un gato a punto de estirarse. Casi puedo escuchar su ronroneo.

Con las piernas sobre el escenario, desliza las manos desde la parte superior de los muslos hasta el estómago, tirando del dobladillo de la camisa lo suficiente como para insinuar burlescamente lo que lleva puesto debajo antes de pasar a los pechos y la garganta. Sus ágiles dedos agarran la corbata y la arrastran muy despacio por su cuello. Con decisión, retuerce las manos y enrolla la seda alrededor de sus muñecas.

Durante unos segundos, es como si estuviéramos ella y yo. A solas en la habitación. Sin nada entre nosotros, salvo la música. Y esa condenada corbata. En mi mente parpadean con claridad imágenes en las que la ato con aquel trozo de tela roja, lo que me hace palpar detrás de la cremallera.

Sube una pierna hacia arriba con languidez, mientras deja la otra tendida en el escenario. Se estira y agarra el tobillo, rozando la rodilla con sus manos atadas. Sus muslos están perfectamente separados para revelar unas bragas negras de satén. Cuando las veo, lo único en lo que puedo pensar es en arrodillarme entre sus piernas y besar la tela sedosa.

La veo fruncir los labios para depositar un casto beso en su rodilla. Me siento cautivado. Pero cuando vislumbro un breve instante su lengua, siento como si pudiera hacer un agujero en la mesa con mi erección. Esa joven posee algo inexplicablemente sexy. Es como si no supiera que estamos allí, como si estuviera perdida en su mente. Y, Dios, ¡cómo me gustaría formar parte de lo que está imaginando!

Siento una mano en el brazo, interrumpiendo mi concentración. Me siento irritado por la intrusión. Intento zafarme sin molestarme en girarme hasta que escucho una voz.

Es la de mi hermano. Y está decidido a llamar mi atención. Lo miro finalmente sin tratar de ocultar mi agitación.

—¿Qué?

—¿Puedes llevarnos a casa? Sloane no se encuentra bien. Quizá sea por algo que ha comido antes. —Me lanza una mirada significativa. Me lleva un segundo desconectar por completo de la chica que me tenía tan absorto, pero lo consigo de mala gana. Recuerdo que Sloane no ha bebido el tequila... y por qué. Hemi me contó que estaba embarazada, aunque todavía no se lo han comunicado a su familia, por lo que me pidió que no dijera nada.

—Oh..., vale —respondo con algo de brusquedad—. Sí, puedo llevaros.

Reacio a irme sin más, miro de nuevo hacia la parte delantera de la sala a tiempo para ver a la bailarina, ahora de nuevo de rodillas, quitándose el sombrero. Caen una melena de sedosos rizos castaños. Solo logro atisbar un breve destello de su cara antes de que el cabello se arremoline para ocultar su rostro. Pero aun así veo unos ojos verdes, que se ensanchan cuando se encuentran con los míos.

Al instante me transporto en el tiempo. Años y años atrás. A la suave hierba de un claro en el bosque. Y a la suave piel de la chica que tengo debajo.

Recuerdo esos ojos. Esa boca. Me acuerdo de una versión un poco menos provocativa y madura de ese cuerpo femenino. De lo que sentí al tocarla, al abrazarla. De cómo se reía, de cómo sabía, de cómo terminó todo. Y no puedo olvidar.

«¡Santo Dios!».

Es Kennedy.

Kennedy

El corazón se me detiene en el pecho y me olvido de respirar cuando mis ojos se encuentran con otros azul verdoso que jamás he sido capaz de olvidar en el pasado.

Reese.

Lo miro de arriba abajo. En una fracción de segundo soy capaz de catalogar cada una de sus características.

Ha envejecido muy bien. Sigue siendo el mismo chico alto e increíblemente guapo que era antes, pero se ha convertido en un hombre. Un hombre impresionante.

Sus hombros parecen más anchos, si es que es posible. Más fuertes. Sus largos brazos llenan la camisa y los bíceps se tensan contra el valioso material, incluso en reposo. Su cintura es delgada y el estómago plano, los muslos tan gruesos como siempre. Es lo que hay entre ellos lo que tiñe mis mejillas; el impresionante bulto que hincha la cremallera.

A pesar de lo mucho que he luchado para expulsar ese día de mi mente, todo se precipita al pasado con una cristalina claridad. Recuerdo lo que sentía cuando me atravesaba, tanto emocional como físicamente. Y también lo que sentí cuando fui aplastada por él.

Está de pie, inmóvil. Mirándome. Reconociéndome. Cuando sus ojos recorren mi cuerpo, es como si estuviera tocándome de nuevo. Como antes.

Siento la presión de su beso cuando su mirada se detiene en mis labios. Siento el cosquilleo que provocan cuando baja la vista hasta mi cuello, donde mi pecho se agita bajo la camisa. Cuando se detiene en mis pechos, mis pezones hormiguean al recordar la sensación de las palmas de sus manos en ellos. Y cuando pasa a mi estómago, deteniéndose en el corto dobladillo de la camisa que apenas cubre las bragas negras, noto una oleada indeseada de calor.

Indeseada porque hace años que dejé de desear a Reese. Que dejé de amarlo. Tuve que hacerlo... para sobrevivir.

Y entonces, sus ojos se elevan de nuevo hasta los míos. Veo en ellos reconocimiento, un poco de ira, algo más de deseo y sorpresa. Mucha sorpresa.

Me lo transmite todo en unos breves instantes. Cuando aparto la vista, me doy cuenta de que estoy temblando. Me esfuerzo por mantener la compostura durante los escasos segundos que quedan de canción. Cuando el número llega a su fin, doy unos pasos lentos y medidos para alejarme. No es fácil. De hecho, es lo segundo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

Reese

Mi hermano tiene que golpearme en el hombro para conseguir que aparte la mirada de Kennedy mientras ella se aleja.

—¿Vamos?

Cinco minutos antes, no podía esperar a llegar a casa, pero ahora..., ahora, todo lo que quiero es ir detrás del escenario en busca de Kennedy. No sé qué haría después. Besarla. Sacudirla. Preguntarle qué cojones hace bailando en uno de mis clubs. Pero no puedo.

Bueno, podría, pero no lo haré. No debo hacerlo.

De pronto, me siento enfadado. Y frustrado.

—Reese, tío, ¿qué coño te pasa? —me dice Hemi.

—Ya voy —respondo, alejándome de la escena tan rápido que hago tambalear la silla. Estoy a punto de tirar a la camarera, que se dirige hacia nuestra mesa con la siguiente ronda para Sig y para mí.

Ella jadea sorprendida.

—Lo siento. Perdón.

—Ha sido culpa mía —respondo, agarrándola del brazo para evitar que se caiga.

Se inclina hacia mí y me mira con unos enormes ojos azules.

—Gracias —respira, rozándose el torso con los pechos.

Lo primero que pienso es que sus ojos son del color equivocado; deberían ser verdes como el mar espumoso. Mi segundo pensamiento es una retahíla de fuertes maldiciones. La tercera idea que atraviesa mi mente es que quizá, después de todo, esa chica sea justo lo que necesito esta noche.

—¿A qué hora sales?

—Depende de ti —responde ella de forma sugestiva. Por desgracia para ella, mi estado de ánimo ha cambiado. De forma drástica.

—Reese, dame las llaves. Esperaremos en el coche —interviene Hemi a mi izquierda, visiblemente molesto. Por desgracia para él, acaba de darme la excusa que necesitaba.

Saco las llaves del Mercedes del bolsillo y las dejo caer en la palma de su mano.

—Estaré con vosotros dentro de diez minutos.

En cuanto la novia de Hemi se aleja, dándome la espalda, me vuelvo hacia el esmoquin que me distrae frotándose contra mi pecho.

—¿Qué te parece el cuarto de baño de caballeros? —le susurro al oído.

—Esta noche, es mi lugar favorito —ronronea.

—Justo lo que pensaba.

A ver si eso hace desaparecer a Kennedy de mi mente.

Guío a Pandora hacia el baño masculino y me aseguro de que está vacío antes de cerrar la puerta y envolverla con mis brazos. Ella se deja sin oponer resistencia. Como yo sabía que haría.

Agarro su culo con una mano y una de sus redondas tetas con la otra, y aprieto mientras deslizo los labios por su cuello.

—Dime qué es lo que más te gusta —gime al tiempo que gira las caderas de tal forma que masajea mi palpitante polla.

—Quiero verte jugar con ellas —digo, tirando de las solapas del esmoquin y dejando al descubierto sus pechos desnudos— mientras me la chupas. —Le cubro los labios con los míos y le succiono el inferior para mordisquearlo.

En cuanto libero su boca, comienza a trazar un ardiente sendero de besos por mi cuello, bajando hacia mi torso y mi estómago antes de ahuecar la mano bajo mis testículos por encima de los pantalones. Gimo, apoyando la cabeza contra la fría pared de azulejos mientras me baja la cremallera para meter la mano en el interior.

El primer roce de su lengua en mi glándula me arranca un suspiro. Noto cómo lame y chupa, arrastrando los labios por la longitud desde la base hasta la punta, pero no es suficiente. Necesito... más. Tengo que follar algo —o a alguien— ya. La boca de la camarera se desliza por mi pene, albergándome todo lo que puede hasta llegar al fondo de su garganta. A ciegas, me inclino para enredar los dedos en su cabello, guiándola. Cada vez más fuerte, más rápido, más brusco.

Mi error es mover la cabeza y mirarla. Ella hace una pausa para observarme y lo único que puedo ver es que tiene los ojos equivocados. La boca equivocada. La cara equivocada.

Es la mujer equivocada.

Y Kennedy vuelve a inundar mi mente de nuevo. Se mete bajo mi piel.

Con un gruñido, retiro la polla de la boca de la camarera.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta con un mohín en un tono provocativo. Su voz me cripa los nervios.

—Nada que tú puedas solucionar. No es por ti..., es solo que... Quizá deberías volver al trabajo —le digo con toda la suavidad que puedo, cerrando la cremallera de los pantalones y alejándome de ella. Me siento tan frustrado que lo único que quiero es clavar el puño en la pared. Y hundir mi polla en Kennedy.

Furioso, me dirijo hacia el lavabo para lavarme las manos. En el espejo, no veo la silenciosa furia en los ojos que me devuelven la mirada. No, veo irritación evidente en los pálidos ojos verdes que nunca he logrado olvidar.

Con un movimiento de cabeza, miro hacia atrás y solo veo mi reflejo y, a mi espalda, a la camarera. Kennedy no está por ningún lado.

Salvo en mi cabeza.

De donde nunca se ha ido.

Kennedy

El corazón sigue martilleando dentro de mi pecho cuando me siento en la silla frente a mi tocador, detrás del escenario. Bajo la vista a las manos. Están temblando.

«Reese Spencer».

—¿Qué te pasa? —Miro a Karmen, que posee lo que en Chicago identifican con la típica belleza sureña, que cepilla la peluca de largo cabello negro que lucirá en el próximo número—. Parece que acabaras de ver un fantasma.

Suelto una risita seca.

—Sí, eso es más o menos lo que ha pasado.

—Cuéntaselo todo a mamá —me arrulla mientras arrastra el peine por las sedosas hebras. Cuando le lanzo una mirada irónica, ella me guiña un ojo—. No, venga, en serio. Cuéntamelo. Es la primera vez que te veo tan afectada desde que trabajas aquí.

Por lo general no hablo de mis asuntos con las demás chicas. Soy una persona introvertida. Siempre lo he sido. A veces por necesidad y otras por elección, pero siempre introvertida. Por eso me sorprende un poco que abra la boca y desgrane la mitad de la historia de mi vida.

—Acabo de ver a alguien al que no veía desde hacía años. Lo conocí cuando era muy joven. Lo consideraba..., ¡guau! Es decir, no era más que... —Hago una pausa y suspiro—. Era lo más —confieso, arqueando las cejas de forma significativa—. Pensaba que el sol salía y se ponía en sus ojos. —De hecho, recuerdo perfectamente haber visto un amanecer en sus insondables ojos de color aguamarina. Una vez. Antes de... Siento la devastadora punzada que provoca el recuerdo en mi corazón, como piel nueva tirando de una vieja cicatriz—. Pero luego se marchó y no regresó. No lo había visto desde entonces. Hasta esta noche.

Estoy perdida en mis pensamientos, en mis recuerdos, por lo que parece transcurrir una eternidad antes de darme cuenta de que ni Karmen ni yo hemos dicho una palabra más. Sacudo la cabeza para despejarme y le brindo lo que espero que sea una brillante sonrisa.

—Fue hace mucho tiempo.

Karmen me mira con expresión pensativa. Sé que es muy perspicaz.

—Lo amabas —observa.

Abro la boca para negarlo, pero no me salen las palabras. Es casi como si mi cuerpo no me dejara respirar ante semejante traición, como si eso minimizara el infierno que sufrí después de que él se fuera. Sí, lo amaba. Con toda mi alma. Lo adoraba. Y me dejó. Como si tal cosa.

—Todo lo que una joven ingenua puede amar a un tipo así, imagino —respondo.

—¿Un tipo cómo?

—Rico. Guapo. Privilegiado. Sin corazón.

—Cariño, los tipos así son los más fáciles de amar. Alguna parte de nosotras quiere que seamos la mujer que los domestique, que los haga cambiar. Quizá... ¡Dios, no sé! Solo sé que son los más peligrosos. Y, por lo que he oído, nuestra querida Pandora lo ha experimentado en sus carnes esta misma noche.

Todavía con mi mente bloqueada por los recuerdos, apenas presto atención a lo que dice sobre Pandora.

—Mmm..., ¿por qué dices eso?

—Se creyó que había conquistado a un pez gordo. Según ella, tenía una cita con el dueño del club, en el cuarto de baño de caballeros. Sin embargo, se ha enterado de la peor manera de que los hombres así lo son por una razón.

—¿El dueño? —pregunto con el ceño fruncido.

—Sí. No viene aquí demasiado a menudo. Solo lo había visto en otra ocasión. Pero, cuando lo hace, siempre provoca un gran revuelo. Aunque un tipo como él causa revuelo donde quiera que vaya; es ardiente como Georgia en pleno mes de julio. Sin embargo, los hombres así no cambian. Nunca. Por nadie.

—Está mejor sin él. Suena un poco salvaje. Quiero decir, ¿en el cuarto de baño? ¿En serio? —Sacudo la cabeza con disgusto.

Karmen sonríe.

—Oh, Pandora no se quejaba de eso. Esperaba más. Un tipo así consigue que todas las chicas esperen más.

—Sin duda, debería darse a valer. Sencillamente no entiendo cómo puede llegar a suceder algo así. ¡Está trabajando, por Dios!

Karmen encoge los hombros.

—Pandora le da al concepto «servir en la sección VIP» un significado diferente. —Se ríe por su ocurrencia.

Me yergo en la silla cuando una horrible sensación en la boca del estómago me hace jadear.

—¿Sección VIP? ¿En qué parte?

Solo he conocido a un hombre, a uno solo en mi vida, que sea capaz de captar ese tipo de atención. Capturó la mía hace catorce años. Y había vuelto a hacerlo esta noche, incluso a pesar de que casi me arruinó la vida.

—En la dos. ¿No lo has visto?

El reservado dos. La sección donde estaba sentado Reese. Aunque me gustaría pensar que Karmen está hablando de otro hombre, sé que no es así.

—Sí, creo que sí.

Cierro los ojos. Me niego en redondo a desperdiciar en Reese Spencer un solo dolor de cabeza más, un segundo de dolor o una sola lágrima. Ya le di demasiado hace catorce años.

Reese

Estoy de un humor de perros. Incluso tengo menos ganas de ir al funeral de mi tío que anoche.

Me desperté con una erección de campeonato. La misma con la que me fui a la cama. Por culpa de ver a Kennedy en el escenario. La que la camarera había chupado como una pelota de golf a través de una manguera en el cuarto de baño. Esa erección.

No es necesario decir que no tengo ganas de ver a mi padre. Va a asistir, en parte por respeto, pero sobre todo por el qué dirán. Yo iré porque quería a mi tío. Seguramente más de lo que quiero a mi padre; es triste, pero cierto.

El funeral se celebra en *Bellano*, el hogar de mis antepasados, que se encuentra en las afueras de Chicago. Es una de las pocas propiedades que permanecen inalteradas. Vale una maldita fortuna, pero jamás será vendida. Como hermano mayor, mi tío la heredó, y hoy sabremos quién es el responsable de mantenerla en la familia para la siguiente generación. Imagino que será mi padre, dado que Malcolm no tenía hijos.

Me doy cuenta de que los escasos árboles que bordean la carretera que conduce a *Bellano* comienzan a multiplicarse. Es el primer indicio de que la propiedad está cerca. Esos pocos árboles se convierten en algunos más, y esos algunos más en muchos hasta que el camino no es más que una delgada línea de asfalto que corta un denso bosque.

Más adelante, veo la diferencia en la vegetación y freno para reducir la velocidad. Giro a la derecha y llego hasta las anchas puertas de hierro forjado. Las dos mitades que forman una S justo en el medio cuando están cerradas se encuentran ahora abiertas, dando la bienvenida al funeral de Malcolm Spencer.

Conduzco despacio a lo largo del sinuoso camino que lleva a la mansión. Pasé allí muchos veranos. Veranos felices. Algunos de los mejores momentos de mi vida. Hasta que mi padre les puso fin para enviarme a la universidad de Oxford.

Al comenzar a bajar una ligera cuesta, aparece ante la vista la casa principal. A la mayoría de la gente le parecerá imponente, con esas torres exteriores de piedra gris, pero para mí resulta cálida y acogedora. Porque mi tío vivía aquí y siempre se portó bien conmigo.

Aparco en el mismo lugar que usaba durante mis visitas, a la izquierda del garaje para cinco coches, en el espacio que hay entre el césped y la entrada lateral a la cocina. Cuando apago el motor, permanezco tranquilamente sentado durante unos minutos, recordando todas las veces que había estado de esa misma forma. Miro hacia la ventana de la cocina medio esperando ver allí a Tanny, el ama de llaves de mi tío, como siempre. Sin embargo, hoy la ventana de la cocina está vacía. Mi tío ha muerto. Y estoy seguro de que Tanny se ha cansado de esperar que yo vuelva.

Me sorprende un poco la punzada de culpa que siento ante la idea. He pasado los últimos doce años perfeccionando el arte de no equivocarme y no sentirme culpable nunca. En cierta manera, ya no es una forma de pensar, sino un hecho. Por lo menos es lo que ocurre con los hombres de la familia. Los Spencer nunca se equivocan. Lo que significa que no tenemos de qué sentirnos culpables.

Hasta hoy. Esta es la primera vez que regreso a *Bellano* en más de una década. Jamás había vuelto. Porque mi padre había conseguido una réplica perfecta de un cabrón.

Yo.

Una profunda sensación de pesadez se aposenta en mi garganta mientras salgo del coche y camino hasta la puerta principal. Me aboto la chaqueta mientras recorro el vestíbulo, notando que huele igual que la última vez que estuve aquí: a humo de pipa. Es lo que fumaba mi tío. De alguna manera es como él. Incluso ese tabaco parece adecuado. Es un aroma cálido, hogareño, que te acoge con satisfacción. Igual que él.

Mi tío no era como mi padre. Gracias a Dios.

Dos sirvientes, vestidos con trajes negros y almidonadas camisas blancas, se ocupan de las puertas que conducen a la biblioteca, la estancia favorita de mi tío. Era apropiado que él quisiera que el servicio se celebrara allí, que los asistentes pudieran visitarlo por última vez en el lugar que más amaba.

En cuanto entro en la habitación, mi mirada recae sobre mi padre, que se encuentra cerca de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho con actitud desaprobadora.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

Mantengo los ojos clavados en los suyos, un hábito que inicié hace mucho tiempo. No importa lo que esté pasando, debo mantener siempre el contacto visual. Con un hombre como Henslow Spencer, mirar hacia otro lado es un signo de debilidad. Y no debes permitir que piense que eres débil, ni que retrocedes.

—¿Acaso te has olvidado de cuánto tiempo acostumbraba a pasar aquí con el tío Malcolm?

El mohín de disgusto que curva el labio superior de mi padre se refleja en el frío brillo de sus ojos de color azul acero.

—No, no lo he olvidado. No he olvidado cómo corrías aquí como un cobarde para contarle tus tontas fantasías. No, no he olvidado cuánto tiempo pasaste con mi hermano. Pero había pensado que quizá habrías adquirido un mejor criterio que cuando eras aquel chico insensato.

—¿Mejor criterio? —pregunto, mordiéndome la lengua para reprimir muchas otras cosas que me gustaría decir. Jamás le faltaría el respeto a mi tío montando una escena en su funeral.

—Sí, para no volver aquí —se burla, dejando claro su desdén por *Bellano*. Dejó de pensar en él como su lugar de origen el día que Malcolm se convirtió en su dueño.

—No todos lo odiamos —respondo, obligándome a esbozar una leve sonrisa para que nadie adivine la tensión que hay entre nosotros.

—No todos somos niños ignorantes.

Con gran esfuerzo, mantengo la sonrisa en su lugar y me inclino levemente para pronunciar una respuesta cortés.

—Si me disculpas, me gustaría presentar mis respetos.

No le doy oportunidad de responder. Me limito a seguir mi camino como si no me hubiera detenido.

Me dirijo a la parte delantera de la estancia, donde está el ataúd. Siento una punzada de pesar al ver que no hay nadie formando una línea de recepción frente a él. Mi tío era viudo y no tenía hijos. Solo estaban él y Tanny. Y yo. Hasta que los dejé hace tantos años.

Como siempre que pienso en ello, la amargura me corroe las entrañas. Amargura hacia mi controlador padre que se aprovechó del niño impresionable al que podía someter. Deseé haber aprendido a liberarme de su yugo unos años antes. Quizá entonces mi tío no hubiera muerto solo.

Hay un jarrón lleno de rosas sobre una pequeña mesa redonda a los pies del ataúd. Cojo una y camino hasta él para poner la flor sobre el pecho de mi tío, junto a otras que ya hay. Él adoraba las rosas. Después de la muerte de mi tía Mary, mantuvo su rosaleda durante años, asegurándose de que florecían los rosales cuando no lo hacía nada más. Estoy seguro de que esas rosas proceden de allí. Él no habría querido otra cosa.

Cuando retiro la mano, mis dedos rozan los suyos. Están fríos y rígidos. Sin vida. Igual que mi tío. Echo un vistazo a su cara, a los ángulos y planos que tan familiares me resultan. Se parecen mucho a los de mi padre, solo que más suaves, menos rígidos. Igual que Malcolm. El hermano «humano» de los Spencer. Mi padre... no lo era.

Y todavía no lo es.

Siento una suave mano en el centro de la espalda. Veo a una mujer delgada con el pelo corto y castaño claro a mi izquierda. Es la señora Tannenbaum, el ama de llaves de mi tío y su única compañía desde que Mary murió. Clava sus acusos y suaves ojos en los míos y hace todo lo posible para sonreír. A pesar de eso, su sonrisa

no es mucho más que una inestable rigidez en la piel de alabastro que rodea su boca.

Me inclino a abrazar su delicada figura. La sensación de sus brazos rodeándome es inmediatamente reconfortante. Igual que siempre, hace tantos años.

—Tanny.

—Harrison —responde con placer, estrechándome. Cuando se retira, ahueca la mano sobre mi mejilla y la acaricia con suavidad—. Me alegro de que hayas venido. —Las lágrimas llenan sus ojos y me hacen sentir otra punzada de culpa.

—Claro que he venido. —Su sonrisa dice que no estaba segura de que lo hiciera, lo que provoca que me sienta todavía peor. Me aclaro la garganta—. ¿Cómo estás?

—Aguantando. ¿Y tú?

—Bien —replico, examinando su rostro. Aunque sigue siendo una mujer atractiva con su pelo perfectamente peinado y unos brillantes ojos azules, parece haber envejecido cien años desde la última vez que la vi. Sabía que la muerte de Malcolm sería difícil para ella.

—Ha pasado mucho tiempo. Me alegro mucho de verte —declara con una expresión sincera—. Malcolm y yo te echamos mucho de menos por aquí. ¿Cómo has estado? ¿Has ganado peso? —pregunta al tiempo que me evalúa con ojo crítico.

No puedo evitar sonreír.

—¿Desde los diecinueve años? Estoy seguro de que he ganado un par de kilos.

—Lo necesitabas. Estabas muy delgado.

—No estaba tan delgado, Tanny. Me movía mucho.

—Bueno, ahora muestras un aspecto saludable y fuerte. Me alegra ver que te alimentas bien. Y sigues siendo tan guapo como siempre. ¿Todavía no te has casado?

—No, todavía no.

Me frota el brazo al tiempo que me guiña un ojo, como para tranquilizarme.

—No te preocupes por eso, cariño. La chica adecuada para ti está ahí fuera, en alguna parte. No te apresures. Espérala.

—Oh, no estoy apresurándome nada —confieso con sinceridad.

—Bien. Algunos errores acaban persiguiéndote toda la vida.

Algo en sus ojos me dice que tiene alguna experiencia personal con los fantasmas, pero no sé a qué puede referirse. Se me ocurre que, a pesar de lo que he vivido con ella, no la conozco en absoluto. En este mismo momento tomo la silenciosa determinación de visitarla más a menudo. Con la condición de que todavía tenga un trabajo allí cuando todo esté resuelto.

Pensar que mi padre podría despedirla cuando él se haga cargo de la casa me hace sentir una rabia feroz. Pero, por ella, oculto mi enfado detrás de una agradable sonrisa.

—Intento no cometer errores.

La expresión de Tanny muestra una leve desaprobación.

—Eso parece algo que diría tu padre.

No tengo la oportunidad de responder antes de que Tanny vea a alguien por encima de mi hombro y su rostro se ilumine de nuevo.

—Oh, si es mi hermosa niña... —dice, desplazándose más allá de mí con los brazos abiertos para otro abrazo.

Me vuelvo con una sonrisa, pero esta se borra de mi cara en el instante que veo a quién está abrazando Tanny.

Es Kennedy.

A la luz del día se parece más a mis recuerdos, a lo que yo esperaba ver, incluso después de todos estos años. Su cabello castaño cae como una reluciente masa lisa hasta la mitad de su espalda; su cara, limpia de maquillaje, porque realmente no lo necesita, y su delgado cuerpo oculto debajo de un vestido negro que cae hasta la altura de las rodillas.

Pero nada de eso hace que pueda olvidar la imagen que presentaba anoche.

Me inunda una avalancha de emociones entre las que destaca el deseo. Ahora tengo recuerdos de aquel baile seductor que añadir a los de mi juventud, a esos en los que saboreo su dulce piel en una cama de hierba suave, en el bosque, a no más de unos cientos de metros de donde nos encontramos. Las otras emociones son secundarias, pero no menos potentes.

Siento frustración, ya que, a pesar de todo, nada me gustaría más que hundirme entre esas larguísimas piernas y perderme allí por lo menos un día entero; ira, porque es demasiado inocente para bailar en uno de mis clubs de la manera en que lo hacía; más frustración porque me encantó, y más rabia porque otros hombres la vieron.

Es la ira lo que me impulsa.

—Bueno, bueno, bueno, si es la bailarina... —Mi tono es frío y amargo incluso para mí. Igual que el de mi padre.

Kennedy se endereza y se aleja de los brazos de Tanny con expresión furibunda y las mejillas sonrojadas. Alza la barbilla y mira a derecha e izquierda, como si quisiera comprobar si alguien más está escuchando. Por fin, centra su atención en mí. Su sonrisa es tensa pero educada.

—Reese, ha pasado mucho tiempo...

—Sí, cierto. Parece que las cosas han cambiado mucho desde que me fui.

Su sonrisa se tambalea.

—Es lo que pasa cuando la gente se marcha sin despedirse y no regresa durante casi quince años —replica con los dientes apretados.

Me lo merecía, pero no estoy habituado a vacilar por algo tan simple como la culpa. Esa es la razón por la que decidí dejar de sentirla. Es una sensación débil para personas débiles.

«El clon perfecto del cabrón perfecto», pienso por un momento antes de apartar la idea y volver a concentrarme en mi ira.

—No tengo tiempo para esto —concluyo, dando un paso adelante para agarrar a Kennedy por un brazo y arrastrarla conmigo a grandes zancadas por la habitación hasta la puerta que conduce al jardín de invierno, junto a la biblioteca.

—¿Qué demonios te pasa? —sisea Kennedy cuando la puerta se cierra a nuestra espalda y estamos fuera de la vista de la gente que llena la biblioteca. Suelta su brazo de mi mano.

—Soy yo el que hace las preguntas. ¿Quieres decirme qué hacías bailando en uno de mis clubs?

Alza la barbilla, desafiante.

—No supe que era tu club hasta anoche, cuando me dijeron que estabas en el cuarto de baño de caballeros con una de las camareras. Después se corrió la voz con rapidez —escupe con repugnancia.

Me rechinan los dientes. No sé por qué me importa que lo sepa. A pesar de que Pandora se limitó a chuparme la polla antes de que la detuviera, todavía me molesta.

—No cambies de tema. ¿Por qué estabas bailando en un lugar así?

Kennedy entrecierra los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Te avergüenzas del tipo de negocios que tienes, Reese?

—No me avergüenzo de nada. Mis clubs son los mejores del mundo, pero eso no quiere decir que sean el lugar adecuado para una chica como tú.

—¿Y qué se supone que significa eso? ¿Qué clase de chica soy?

—Solías ser una buena chica.

—El hecho de que haga lo que me gusta en un club como el tuyo no quiere decir que sea una mala chica. No es un club de *striptease*, por Dios.

—Sigue sin ser el lugar adecuado para ti.

La risa de Kennedy es tan amarga como su expresión.

—No me gusta tener que decírtelo, Reese, pero casi todo el mundo tiene que trabajar para ganarse la vida. Por si todavía no te has dado cuenta, tus clubs pagan muy, pero que muy bien.

Me la quedo mirando y ella me devuelve la mirada con la misma intensidad. Quiero gritar hasta que me escuche, agarrarla y hacerle prometer que no volverá a ir por allí, pero también me veo envuelto repentinamente por el deseo de ayudarla. Trabaja para pagar las facturas, igual que el noventa y nueve por ciento de la población. Pero saber que se ve obligada a bailar para dar placer a los hombres impacta en un lugar blando que ni siquiera sabía que tenía.

—Entonces déjame conseguirte un trabajo en las oficinas de administración. Hay docenas de puestos que podrías ocupar en la empresa.

—Estoy segura de que es tu manera de tratar de ser agradable, pero no necesito tu caridad, Reese. Hasta ahora me las he arreglado muy bien. Además, lo que me gusta es bailar. Es lo que siempre he querido hacer. Tu club solo es un peldaño en el camino. Créeme, Reese, tengo sueños para bailar en otros lugares distintos a tu club.

—¿Dónde?

—¿Por qué te importa?

—No lo sé. Quizá sea curiosidad.

Veo que aparece una arruga en la frente de Kennedy. Sus ojos de color verde mar buscan los míos como si quisiera saber si estoy realmente interesado o si es una pregunta trampa.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. —Y no es mentira. Como cuando éramos niños, me siento interesado por Kennedy de una forma inusual.

—En última instancia, me encantaría bailar con un grupo importante como la compañía Altman American Dance Theater. Pero como no es muy probable que lo consiga, me conformaré con otra más pequeña. Mi sueño es bailar. Solo bailar.

Su voz es tranquila. Sincera.

Y por razones que nunca sabré, hago algo muy estúpido.

—Entonces, trabaja este verano para mí. En mi barco. Luego te conseguiré una audición con Chance Altman.

Kennedy

—¿Qué? ¿Lo di-dices en serio? —tartamudeo.

—Lo digo muy en serio —responde Reese con rotundidad.

—Trabajar para ti... ¿Haciendo qué?

Él arquea sugestivamente una de sus oscuras cejas, haciendo que me recorra un escalofrío.

—Nada que no hayas hecho antes —responde él. Sus palabras me dejan fría. Cuando abro la boca para responder, continúa hablando—: Bailar, mezclarte con la gente, quizá servir algunas bebidas... Nada demasiado exigente.

—Y por hacer eso me conseguirás una audición. Con Altman, nada menos. ¿Cómo lo harás?

—Muy fácil. Ya he disfrutado del placer de la compañía de Chance en uno de mis barcos, así como en los clubs. Digamos que me debe una.

—Es que... No puedo... Y todo lo que tendría que hacer es trabajar para ti... En un barco. Durante el verano.

Reese sonríe. Aquella sonrisa que volvía mi mundo patas arriba. Y que luego me convirtió en una ruina humeante.

Me siento tan abrumada por la emoción del momento que me resulta difícil formular un solo pensamiento racional.

Ver a Reese anoche fue recibir una bala en el corazón. Sentir su mirada aguamarina hizo que lo recordara todo de golpe, adormeciendo mi mente.

Me atrajo, como la gravedad.

Me hizo sentir un deseo obsesivo.

Me envolvió en un dolor aniquilador.

Pensaba que lo había superado. Durante años he pensado que me había olvidado de él, pero al verlo de nuevo..., incluso solo tres minutos..., surgiendo de la nada... ¡Dios! Fue como ser arrollada por un coche a cien por hora. Todo volvió de nuevo. En el momento en que lo vi, todo lo que había sentido por él me inundó, como una avalancha. Una de la que había tardado media vida en salir.

Y un poco más tarde, descubrir lo que había hecho con Pandora solo unos minutos después de que nuestros ojos se encontraran fue como perderlo de nuevo. La decepción fue devastadora. Pasé el resto de la noche conteniendo las lágrimas, tanto viejas como nuevas, recordándome a mí misma que había dejado atrás a Reese hacía mucho, muchísimo tiempo. Cuando por fin me quedé dormida, seguí recordándome a mí misma que tengo que dejarlo en el pasado, no puedo permitir que me roce siquiera.

Sin embargo, aquí estoy, escuchando su propuesta, sabiendo que la realidad es que balancea ante mí la única zanahoria que podría hacer que vacilara a la hora de dar la vuelta. Para siempre... Jamás.

—¿Y si estoy casada? ¿No te has planteado eso?

Abre y cierra los ojos al tiempo que ensancha las fosas nasales con ira, pero luego me sorprende brindándome media sonrisa mientras sus ojos chispean con intensidad clavados en los míos.

—No estás casada.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque si fueras mía, jamás te dejaría bailar así. —Reese da un paso hacia mí y me roza la mejilla con la punta de un dedo—. A menos que fuera un espectáculo privado solo para mí.

Jadeo. No debería, pero lo hago.

—Quizá le gusta verme bailar —replico, luchando para no caer bajo el hechizo que supone tenerlo tan cerca.

—No le culpo. A mí, desde luego, me encantó verte. Pero no me gustaría que te viera el resto del mundo.

Reese parpadea y baja la mirada a mi boca, consiguiendo que mis labios me hormiguen de nuevo. Me siento atrapada en un lugar surrealista entre el pasado y el presente. Una parte de mí se tambalea al borde del océano de la pasión, deseando que Reese y yo flotáramos en esas aguas. Pero otra parte de mí, la que está llena de cicatrices, recuerda lo que es ahogarse en ese mar.

Desamparada. Sola.

Doy un paso atrás.

—Bueno, entonces imagino que es una suerte que no sea tuya, ¿verdad, Reese?

—Pero podrías serlo —susurra por lo bajo sin acercarse más, con la misma intensidad en la mirada.

El corazón me duele en el pecho. La chica que fui, la que lo amaba con toda el alma hace años, quiere correr hacia él, arrojarse en sus brazos y preguntarle dónde ha estado todo este tiempo. Pero la mujer que soy, la que tuvo que sanar todas las heridas de aquella chica, la que sufre las lágrimas, sabe que no hay nada por lo que volver atrás. Que nunca lo hubo.

—¿De eso se trata? ¿De que quieres tener otra oportunidad con la pequeña Kennedy? —No puedo reprimir la amargura de mi voz, por lo que ni siquiera lo intento—. Porque ya no soy esa chica.

—Oh, eso ya lo veo.

—No voy a volver contigo, Reese. Debes saberlo ahora. Si haces esa oferta y la acepto, será un trato de negocios.

Reese suspira.

—Quiero ayudarte, Kennedy. De verdad. Y lo haré. Pero no voy a negar que deseo estar contigo. —Da un paso hacia mí—. Y tengo intención de intentarlo.

Mis entrañas zozobran. Sus palabras..., los recuerdos que veo en sus ojos...

Pero recurro a la Kennedy más fuerte, la que surgió de las cenizas de aquella chica que se arrodilló a los pies de Reese. Me envuelvo en su confianza, en su determinación. Es esa mujer la que brinda a Reese su más impresionante sonrisa.

—Entonces espero que estés dispuesto a llevarte una decepción, porque no existe nada en el mundo capaz de conseguir que recorra de nuevo ese camino.

Reese asiente con la cabeza con aire regio, como asimilando un silencioso *touché*. Cuando me doy la vuelta, él lanza su disparo final:

—Eso sí, no esperes que te ayude a resistirte a mí, Kennedy. De hecho, te prometo que te lo haré lo más difícil que pueda.

Me flaquean las piernas durante un momento mientras me alejo de él con decisión vacilante.

Reese

No hay razón para que no haga planes para cuando Kennedy llegue a mi yate. Parte de mi personalidad es estar seguro de mí mismo y de mis poderes de persuasión. He pasado la mayor parte de mi vida aprendiendo a conseguir lo que quiero. Ahora sé cómo hacerlo con eficacia, da igual con quién esté negociando. Pero parte del juego es la anticipación. Estoy preparado para seguir ese camino; ansioso por dedicar tiempo a conocer a esta nueva Kennedy, la que baila como si estuviera haciéndolo solo para mí. La que tiene las piernas más largas que nunca. La que posee unos labios hechos para que yo los bese. La que me impulsa a atiborrarme de ella hasta que no pueda soportar verla.

Necesito llevármela a la cama y dejar de estar obsesionado con ella tan pronto como sea posible.

Al ser el dueño del club en el que trabaja, tengo acceso a todos sus datos, desde los exámenes obligatorios de salud —que incluyen los resultados que muestran que está limpia como una patena— hasta las marcas que utiliza para sus espectáculos: maquillaje, brillo de cuerpo (que nunca ha pedido), talla de zapatos y ropa. Incluso conozco el hecho de que adora los sombreros. Paso toda esa información a Kimmie, la encargada del entretenimiento en mis cruceros. Puede pedir trajes y vestuario para Kennedy basándose en lo que ha usado en el pasado.

Así que, en esencia, tengo toda la información que necesito para asegurarme de que todo esté preparado para ella cuando acepte mi propuesta. Y va a aceptarla. Incluso he llamado al hijo de un amigo de mi padre para asegurarme de que tiene el pasaporte en vigor, y lo tiene.

Lo último que falta es comunicar a Kennedy la hora en que la recogerá el coche. Marco el número que aparece en los datos de contacto y espero a que suene.

—¿Hola? —me saluda con la voz ronca y somnolienta.

—Mmm... Suena como una invitación —susurro. Y es así. Algo me dice que está cálida y desnuda bajo las sábanas; con la piel suave y el cuerpo dispuesto.

—*Te aseguro que estás confundido* —dice ella tras una breve pausa durante la cual casi puedo ver cómo abre los ojos como platos. No pregunta quién llama ni me confunde con otro hombre. Reconoce mi voz, lo que significa que ha pensado en mí. Quizá recordando..., quizá deseándome...

—Busca a alguien que se quede con tu gato durante tres meses y haz el equipaje para estar lista a las cuatro. Enviaré a alguien para que te lleve al aeropuerto. Y trae el pasaporte.

—¿Cómo sabes que tengo gato?

—Una suposición acertada.

Ella resopla ante mi respuesta.

—¿No estás siendo un poco presuntuoso? —pregunta con cierta brusquedad.

—No, en absoluto. Eres una mujer inteligente. Habrás barajado tus opciones, sopesando las ventajas de trabajar el verano en mi club e intentar tu sueño de una forma que puedes lograr o no, frente a trabajar para mí y conseguir una audición de las que solo se obtienen una vez en la vida, que jamás lograrás por tu cuenta, y habrás llegado a la conclusión de que solo hay una opción razonable.

—*Como tú sabías que haría* —replica ella por lo bajo.

No puedo evitar sonreír. Estoy seguro de que odia que haya adivinado la situación con tanta claridad. Pero si no supiera hacer ofertas que la gente no es capaz de rechazar, no estaría donde estoy. No sería lo que soy.

—No seas tan dura contigo misma. Son muy pocas las personas capaces de negarme algo.

—¿Quién más aparte de mí?

—No estás negándote...

—*Es posible que llegue a aceptar tu oferta, pero puedes estar seguro de que te negaré todo lo demás.*

—Eso ya lo veremos, ¿no crees?

La escucho resoplar con suavidad y sonrío de nuevo. Esto podría ser todavía más divertido de lo que pensaba. Y había imaginado muchas veces cómo podría ser.

—Nos vemos a las cuatro —la corto, antes de que pueda seguir discutiendo.

Cuelgo.

Todavía sigo sonriendo, pensando, planeando, cuando suena el teléfono que sostengo en la mano. Es un número que no conozco, y cambio al rol de Harrison Spencer de forma rápida y automática.

—Spencer —respondo con brusquedad.

—*Señor Spencer, me llamo Oswald Bingham y represento a Malcolm Spencer. ¿Podría asistir hoy a la lectura de su testamento? Ha sido mencionado en una disposición adicional agregada recientemente.*

Frunzo el ceño. Jamás hubiera esperado que mi nombre apareciera en el testamento de Malcolm. Hace que me sienta peor por mi prolongada ausencia.

—¿A qué hora?

—*A las tres, señor. La lectura se hará en Bellano. En el estudio.*

No me molesto en ocultar mi suspiro de irritación.

—De acuerdo, pero solo dispongo hasta las cuatro menos cuarto. Ni un minuto más. Tengo que coger un avión esta tarde.

—*Me aseguraré entonces de que lo consigues, señor. ¿Cuento con usted a las tres?*

—Sí —respondo.

—*Gracias.*

Cuelgo de un humor mucho más irritable que hace dos minutos.

Kennedy

Mientras me ducho y me visto, todavía dudo de lo inteligente de aceptar la oferta de Reese. Es una oportunidad de oro. Todo lo que tengo que hacer es resistirme lo suficiente hasta salir del barco y conseguir lo que voy a buscar.

Resistirme a él.

Como si fuera tan fácil. ¿Verdad?

Siguiendo un impulso, decido visitar a Tanny. A lo largo de mi vida, es la persona a la que siempre he pedido consejo. Con la que me siento cómoda. Y confío en su amistad. Crecer junto al límite posterior de *Bellano* con mi padre adoptivo, Hank, en la casa del jardinero, me proporcionó pocos compañeros de juego o amigos que vivieran cerca. Así que Tanny fue eso y más.

Y también Reese.

Al menos durante un tiempo.

Por costumbre, rodeo la propiedad y aparco junto a mi antigua casa, que se encuentra vacía desde que Malcolm contrató a una empresa para cuidar de los jardines. Recorro el viejo y familiar camino entre los bosques, que queda interrumpido por el exuberante césped que rodea la casa, justo detrás del garaje, junto a la puerta de la cocina.

Llamo a la puerta con los nudillos y espero que me respondan. Tanny es madrugadora, pero, incluso aunque no lo fuera, las once no es demasiado pronto para una visita improvisada.

Al cabo de un minuto escucho el clic de la cerradura y se abre la puerta de madera para revelar el rostro sonriente de Tanny tras la mosquitera.

—Me preguntaba cuándo te vería —dice con una sonrisa, girando el pestillo de la mosquitera para que pueda entrar.

—¿Qué te ha hecho pensar que sería hoy? —pregunto mientras accedo al interior de la cocina. Huele como siempre, como una mezcla de algo dulce para hornear, café y el tabaco de pipa de Malcolm. Es el aroma más reconfortante del mundo.

—Ayer fue un día difícil para todos nosotros. Para cada uno a su manera —añade de forma significativa al tiempo que me lanza una mirada de complicidad por encima del hombro mientras me sirve una taza de café.

—¡Tanny, fue horrible! Me vio bailar la otra noche. Eso por sí solo ya fue malo, pero encima tener que verlo y hablar con él... y que me pida que trabaje en su barco...

Se dio la vuelta al escuchar eso.

—¿Te ha pedido que trabajes en su barco?

—Sí. A cambio me conseguirá una audición con la compañía Altman. ¿Te lo puedes creer?

Sonrió con ligereza.

—Sí, claro que puedo creerlo. —No le pregunto lo que quiere decir con eso—. ¿Y has decidido qué vas a hacer?

Suspiro y trazo un círculo con los dedos en mis sienes palpitantes.

—Creo que lo haré. No sé si es lo mejor, pero no puedo dejar pasar una oportunidad así.

Tanny asiente con la cabeza, sorbiendo el café y degustándolo.

—Es decir, superé lo de Reese hace mucho tiempo. Y esto son negocios. Por no mencionar que podría significar un futuro brillante y diferente para mí.

—Es cierto, podría... —conviene ella.

—¿Verdad? —insisto, buscando su aprobación y su apoyo; parece que necesito que alguien me diga que estoy haciendo lo correcto.

—¿Serías capaz de vivir con el remordimiento de no haber aprovechado esta oportunidad?

—Aprendí hace mucho tiempo que puedo verme envuelta en la pena y aun así sobrevivir, Tanny. Pero la cuestión es si lo necesito. ¿Es tan sorprendente esta situación como parece? ¿Es demasiado buena para ser verdad?

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente, Kennedy? —pregunta Tanny, dejando la taza sobre la mesa y cogiendo mi mano libre entre las suyas.

—¡Oh, Tanny! Estoy preocupada. Enterré a esa pobre chica que conocíamos hace mucho, muchísimo tiempo, pero...

—Pero ¿qué? Si la enterraste, entonces no hay nada de lo que preocuparse, ¿verdad?

—No lo sé. Sí no me sintiera tan... tan...

—¿Tan qué?

—Tan atraída por él. ¡Dios! Es como si no hubiera odio suficiente para matar lo que provoca en mí. Lo que siempre ha provocado. Sé que no puedo confiar en él. Después de todo, es un hombre. Incluso aunque me haga sentir como ningún otro.

Una mirada de tristeza atraviesa la cara de Tanny.

—A pesar de todo lo que te ha ocurrido, de todas las razones que tienes para sentirte como lo haces, no puedes ir por la vida pensando que nunca encontrarás a un hombre en el que poder confiar.

—No sería el fin del mundo. —Trato de mantener mi expresión tan neutra como me es posible. Pero, como siempre, Tanny ve a través de ella.

Me aprieta los dedos.

—Pero todos queremos encontrar a alguien con quien compartir la vida, a alguien en quien confiar y a quien amar. Y puede que tú lo hagas más que nadie.

—Cuando era niña, solía pensar así, pero ahora...

—Es posible que esto sea bueno para ti, Kennedy. Quizá necesites cerrar esa etapa. Enterrar definitivamente a esa chica y centrarte en la mujer que ocupó su lugar. No te hiciste fuerte escondiéndote de la adversidad. Tienes que enfrentarte a él. Superarlo. No dejes que él dicte tu futuro. Eres demasiado inteligente para dejar que ocurra eso.

Todas mis palabras me parecen tontas ahora.

—Estás en lo cierto, Tanny. —Siguiendo un impulso, me inclino y la abrazo con ligereza—. No es más que un hombre. Un hombre al que conocí. No tiene control sobre mí si no se lo doy. No tengo nada que temer. Es el tipo que me va a llevar un paso más cerca de mi sueño. Eso es todo.

—Un paso más cerca de tu sueño... —repite Tanny, acariciándome la mejilla con un gesto tranquilizador. Lo más gracioso es que me da la sensación de que está hablando de mucho más que de mi pasión por la danza.

Reese

Me dirijo a *Bellano* unos minutos antes de la lectura del testamento. Cuando estoy aparcando en el sitio de costumbre, junto al garaje, veo el destello de una cabeza castaña con el que estoy muy familiarizado cruzando entre los árboles, a mi derecha.

Kennedy. Ha ocupado mi mente durante casi todo el tiempo a lo largo de las últimas treinta y seis horas; reconocería su cabeza al instante.

Tengo curiosidad por saber para qué estaba aquí, pero también me siento más distraído de lo que estaba. Saber que está en el bosque justo ahora... tan cerca del lugar donde tomé su virginidad hace tantos años... sola en la intimidad de los árboles... ¡Dios! Me hace palpar; deseo probar cómo el tiempo ha hecho madurar y ha edulcorado ese delicioso cuerpo.

«¡Joder!».

Con un sordo gruñido, salgo del coche y me dirijo a la entrada de la cocina. Miro hacia la ventana mientras me acerco a los escalones. La fuerza de la costumbre. Pero esta vez Tanny está allí, como acostumbraba a estar, sonriéndome mientras subo las escaleras.

Si tuviera que adivinar por qué, diría que todavía está en la cocina después de haber hablado con Kennedy.

—Buenos días, guapo. —Tanny me saluda con una sonrisa y un beso en la mejilla. Después de atravesar la puerta me ofrece una taza de café.

—Buenos días —respondo con educación. El olor de las flores del jardín me hace cosquillas en la nariz y me recuerda todos esos momentos de mi infancia que compartí con Tanny. Cuando me inclino hacia atrás para mirarla, veo que sus ojos azules brillan de felicidad. Se parece mucho a cuando era más joven; sigue siendo atractiva y cariñosa. Quizá la peor parte de la muerte de Malcolm ha pasado ya.

—Tienes buen aspecto.

Sonríe al tiempo que baja la mirada hacia su blusa blanca y su pantalón azul marino y sacude la mano para deshacerse de una pelusa imaginaria.

—Gracias. Me han llamado para la lectura del testamento, así que yo...

Rodeo sus delgados brazos con los dedos.

—Saldrá bien, Tanny. Te lo prometo. —Su sonrisa es todavía un poco triste.

—Lo sé, cariño. De una forma u otra.

Tomo un sorbo de café.

—Así que has tenido compañía esta mañana, ¿no?

—Pues lo cierto es que sí —confirma—. Y ahora tengo un poco más. Mis dos personas favoritas y dos días seguidos. No podría sentirme más feliz.

—Sí, me ha parecido ver salir a Kennedy. ¿Qué quería?

Tanny se ríe.

—Estaba de visita. ¿Está permitido, señor Fisgón?

Sonrío; quiero presionarla para obtener más información, pero sé que es mejor no hacerlo. Tanny es el tipo de persona a la que hay que abordar suavemente. A pesar de ser una mujer tan dulce y amorosa, puede ser muy terca cuando decide que algo no es correcto. A pesar de su apariencia, es una mujer dura, nada es capaz de doblegarla.

—Lo siento. Claro que está permitido. No he estado en contacto con Kennedy durante los últimos años, así que siento curiosidad. Eso es todo.

—Se ha desenvuelto muy bien. Yo no podría estar más orgullosa de la joven en la que se ha convertido. Pasó un verdadero infierno, pero no permitió que eso dictara su vida. Está hecha de una pasta más fuerte de lo que parece.

—¿Un verdadero infierno? ¿A qué te refieres? —Sus palabras despiertan mi curiosidad todavía más.

Tanny sacude la cabeza.

—No es algo que deba contarte yo. Si realmente quieres saberlo, deberías preguntarle a ella. E incluso así, no estoy segura de que ella quiera que lo sepas. Debe decidirlo ella.

Ahora sí que quiero insistir. Presionarla. Pero sé que no conseguiré nada. Tanny tiene un feroz sentido de la lealtad. Normalmente, suele protegerme a mí, pero también se extiende a Kennedy. Lo sé por los años pasados. Así que sé que no traicionará a ninguno de los dos.

«¡Joder!».

—Bueno, estoy seguro de que ya surgirá la oportunidad. Va a trabajar en uno de mis cruceros.

—¿Lo hará? ¿Tú crees? —pregunta Tanny con una sonrisa burlona.

Vacilo durante una fracción de segundo.

—Sí. ¿O te ha dicho algo diferente?

La sonrisa de Tanny se vuelve más amable.

—No, no me ha dicho nada diferente. Pero no creo que debas dar por supuestas demasiadas cosas con ella. No des nada por sentado. No es la misma chica que era hace años, Harrison.

—Ya es adulta, Tanny. Estoy seguro de que es perfectamente capaz de tomar decisiones por sí misma. Y enfrentarse a las consecuencias.

—Quizá no sea ella la única que me preocupa.

Echo un vistazo de nuevo al reloj. Además de Tanny, de mi padre y de mí, hay varios abogados y representantes presentes. Todos esperamos, con bastante impaciencia, a que llegue el abogado de Malcolm. Lleva ya casi veinte minutos de retraso. A este ritmo, me iré antes de que llegue.

Al otro lado de la mesa, veo que mi padre mira su reloj escasos minutos después de que yo mire el mío. Me resisto a curvar los labios ante esa semejanza. No quiero ser como él. Pero lo soy. Sé que lo soy. Y, hasta cierto punto, era inevitable; a fin de cuentas, he aprendido de él. De observarlo, de escucharlo, de estar cerca de él. En momentos como este es cuando veo las similitudes y aborrezco todas y cada una de ellas. Pero aún no he encontrado una razón suficiente para cambiar las cosas. Después de todo, Henslow Spencer es un hombre de éxito. Y, llegados a este punto, mi mayor motivación es tener más, lograr más, ser más...

Más, simplemente.

La puerta que hay a mi espalda se abre con un golpe sordo. No me vuelvo para ver quién ha entrado. Solo sé que como no sea el abogado, me largo.

Un hombre robusto con una chaqueta de lana con coderas de cuero camina hacia la única silla vacía en la mesa redonda de caoba. Deja su maletín encima de ella y nos mira a los ojos a todos, asintiendo con la cabeza en un silencioso saludo. Después de que haya sacado una gruesa carpetilla de Manila del interior de la cartera, cierra las hebillas y la deja en el suelo al tiempo que se aclara la garganta.

—Lamento el retraso, señores —comienza—. Cierta... información de última hora precisó de mi atención, pero ahora estoy preparado para dar comienzo a la

lectura de la última voluntad y testamento de Malcolm Henry Spencer.

Nadie dice una palabra mientras abre la carpétilla y hojea los documentos, hasta que finalmente separa uno con una nota de color azul claro.

A medida que comienza a leer las formales frases del testamento, reprimo las ganas de suspirar de aburrida frustración. No es que no agradezca lo que mi tío me deje —fue la persona a la que me sentí más próximo durante la primera mitad de mi vida—, pero tengo otras cosas que hacer, otras personas en mente, así que me resulta difícil mantenerme pacientemente sentado por esto cuando podría estar frente a Kennedy. Viéndola, estudiándola, formulando un plan para conseguir llevarla lo más rápido posible a mi cama.

El señor Bingham consigue captar mi atención al mencionar mi nombre.

—En deferencia al horario que debe guardar el señor Harrison Spencer, comenzaré con la finca de la familia, conocida por todos como *Bellano*. Por deseo del señor Spencer, «la finca pertenecerá a partes iguales a mi sobrino, Harrison Ronaldo Spencer, o a su pariente vivo más cercano, y a Mary Elizabeth Spencer, o a su pariente vivo más cercano. Todas las decisiones con respecto a los motivos, participaciones inmobiliarias y mantenimiento se realizarán de forma conjunta, con excepción de la presencia de la señora Judith E. Tannenbaum, a quien por este medio concedo el uso y disfrute de *Bellano* durante toda su vida».

Cuando Bingham hace una pausa para continuar, los susurros estallan alrededor de la mesa. Me siento tan sorprendido como los demás al escuchar que Malcolm me ha dejado *Bellano*, pero también, como los demás, me sorprende saber que existe una Spencer llamada así. Desde su existencia, *Bellano* nunca ha pertenecido a una mujer, y menos a una de la que nadie ha oído hablar.

Es mi padre quien, finalmente, hace la pregunta que pasa por la cabeza de todos.

—¿Quién es esa tal Mary Elizabeth Spencer?

El señor Bingham lanza una mirada nerviosa a su alrededor.

—Malcolm añadió esta disposición adicional unas semanas antes de su muerte. Yo estaba fuera de la ciudad, así que fue mi compañero quien hizo el trabajo. Por desgracia, la falta de conocimiento de la familia no le hizo obtener más información sobre la señora Spencer, así que todavía estoy intentando localizarla.

—Bien, pues será mejor que haga rápido el trabajo, Bingham, porque si no puede traer a esa supuesta heredera, una mujer a la que ninguno conocemos, puede apostar su culo a que impugnará ese testamento. *Bellano* es la casa familiar de los Spencer, y seguirá perteneciendo a los Spencer aunque tenga que llevar el asunto ante la Corte Suprema.

Por el rabllo del ojo, capto el movimiento de Tanny, que deja caer la cabeza y cierra los ojos. Estoy seguro de que está pensando que es una pena que unos hombres hechos y derechos actúen así solo unos días después de la muerte de un ser querido. Y sobre todo por culpa de unas posesiones. Me hace sentir avergonzado de ser tan parecido a mi padre.

—Señor Spencer, se lo aseguro, puede...

—No creo que usted me pueda asegurar nada, señor Bingham —le interrumpe mi padre.

Miro la pálida cara de Tanny, y eso me impulsa a actuar.

—Señor Bingham, ¿sigue siendo precisa la presencia de la señora Tannenbaum o la mía? Si no es así, agradeceríamos poder seguir adelante con los planes del día.

—Lo mínimo que puedo hacer es privar a Tanny de la parte más desagradable—. Por favor, envíe una copia del testamento a mi abogado. Creo que ya tiene sus datos.

Cuando vuelvo a mirar a Tanny, tiene clavados en mí unos agradecidos y llorosos ojos. Le sonrío y ella me hace un sutil guiño en señal de reconocimiento.

—Sí, los tengo. Y sí, esta es la única parte que se refiere a ninguno de los dos. Doy por hecho que Malcolm ya ha entregado a la señora Tannenbaum cualquiera de sus posesiones que quisiera que ella tuviera. ¿Es así, señora Tannenbaum?

—Sí, lo es —es su tranquila respuesta.

Nadie en la sala argumenta en contra. Lo que Malcolm tuviera a bien dar a Tanny sería, sin duda, menos de lo que se merece por estar con él todos estos años. Incluso mi frío y despiadado padre lo sabe.

—En ese caso, creo que seguiremos nuestro camino. —Me levanto y me dirijo a la silla de Tanny, tirando de ella hacia atrás mientras ella se levanta—.

Caballeros... —Hago un movimiento de cabeza a modo de saludo general y luego acompaño a Tanny fuera de la sala.

Una vez lejos del estudio, habiendo dejado atrás toda la tensión que había allí dentro, la miro.

—¿Sabes quién es Mary Elizabeth? ¿Malcolm te la mencionó en alguna ocasión?

Tanny alza la cara hacia la mí, y me doy cuenta de que está pálida.

—Harrison, ¿te importa si me retiro a acostarme? Está comenzándome una migraña. El estrés de los últimos días...

Pone una mano temblorosa en mi brazo y se aleja antes de que pueda responderle. Me inclino y la cojo en brazos.

—Yo te llevaré —aseguro con sencillez, recorriendo la corta distancia por el pasillo hasta su habitación en la parte trasera de la casa, cercana a la de Malcolm.

Todo está igual que cuando estuve aquí por última vez hace tantos años. Muebles antiguos tapizados con telas de color rosado y crema, un centro de flores recién cortadas en la cómoda y un libro en la mesilla de noche, justo al lado de las gafas de lectura. La habitación es elegante y femenina, exactamente igual que Tanny.

La deposito en la cama con suavidad y me acerco a las ventanas para bajar las persianas. Antes de irme, me inclino para besar la fría mejilla de Tanny.

—Descansa. Si necesitas algo, tienes mi número. Volveré para quedarme un par de semanas cuando regrese al país. Pero si te ocurre algo y me necesitas antes de esa fecha, llámame. ¿De acuerdo?

Ella asiente con la cabeza.

—Prométemelo.

Esboza una leve sonrisa.

—Te lo prometo.

—Voy a aclarar todo este embrollo. No te preocupes.

Su sonrisa se hace más profunda.

—No pensaba preocuparme. Venga, vete. Pásalo bien con Kennedy.

—Entonces, ¿viene? —Me siento aliviado. Lo que Tanny había dicho antes había sembrado en mí la duda.

—Sí, creo que irá.

—La cuidaré bien, Tanny.

Ella alza la mano para pellizcarme la barbilla.

—Más te vale, jovencito.

Me río.

—Dios no quiera que sufra tu ira.

—Me alegro de que lo sepas —dice con una sonrisa antes de que salga por la puerta—. Ahora vete, adelante. Que tengas un buen viaje. Y diviértete.

No le digo lo divertido que va a ser; me limito a sonreír mientras cierro la puerta.

Kennedy

No debería haber esperado hasta el último minuto para hacer el equipaje. Supongo que estaba esperando alguna señal de que hacía lo correcto. Pero no he tenido ninguna, así que he optado por salir del paso lo mejor que puedo. Al final, he seguido mi instinto. Las demás razones para tener en cuenta se contradicen entre sí. La cabeza me dice que soy fuerte y que puedo hacerlo; el corazón, que estoy loca por arriesgarme a estar cerca de Reese otra vez. Ninguno de ellos ha llegado a un acuerdo, por lo que he tenido que consultar a otra de mis facultades: el instinto. Y me dice que no solo puedo hacerlo, sino que tengo que luchar por mis sueños. Esta podría ser la única oportunidad de perseguir cualquier esperanza de atraparlos.

Pero mi instinto no me indica qué debo meter en las maletas. Con eso me refiero a que Reese no me ha dicho prácticamente nada sobre ese crucero. Lanzo a la maleta una amplia variedad de ropa junto con mis artículos de tocador y un par de trajes de baño, por si acaso. Miro mis pertenencias durante cinco minutos por lo menos mientras atormento a mi cerebro pensando qué más podría necesitar. Renuncio a intentarlo cuando me doy cuenta de que solo puedo pensar en lo que sentí cuando Reese me tocó la cara otra vez, y decido que lo más prudente es preguntar.

Pero, en lugar de llamar, tomo el camino más cobarde y envío a Reese un mensaje de texto:

Yo: ¿Qué debo meter en las maletas? No sé a dónde vamos ni lo que necesito en lo que se refiere al trabajo.

Mientras espero su respuesta, Bozey, mi gato de raza Maine Coon tricolor, dibuja un cálido ocho alrededor de mis piernas, como recordándome que no me olvide de hacer los arreglos pertinentes para él. Me inclino para cogerlo en brazos y se acurruca contra mi pecho.

—No voy a olvidarme de ti, Bozey. —Froto la nariz contra su hocico. Se retuerce para hacerme saber que estoy invadiendo los límites de su espacio personal, pero tolera bastante bien los mimos. Es un gato de buen carácter, y me siento culpable por dejarlo—. Clive te cuidará bien —le aseguro, refiriéndome a mi anciano vecino, que adora a Bozey casi tanto como yo. También el animal lo aprecia a él.

Le doy a Bozey una golosina extra justo en el momento en que el pitido del móvil me alerta de que ha entrado un mensaje. Es de Reese. Su respuesta no resulta sorprendente.

Es un hombre.

Un mujeriego.

Reese: En lo que a mí respecta, no tienes que llevar nada de ropa. Considera que es algo opcional cuando estés en mi compañía.

Me imagino con facilidad su hermosa sonrisa y el diabólico brillo de sus ojos de color aguamarina, y una parte de mí se derrite un poco. Solo un poco.

Debo protegerme contra eso, contra él. Como voy a seguir haciendo durante las próximas semanas hasta que pueda dejar a Reese en el pasado. Una vez más. Quizá esta vez para siempre.

Yo: ¿Clima cálido? ¿Clima frío? ¿Es necesario llevar la ropa de baile? ¿Tendré uniforme?

Trato de mantenerlo en un plano profesional; me da igual si lo quiere de esa manera o no. ¡A la mierda!

Reese: Clima cálido. Trae lo que quieras, pero la ropa de trabajo corre de mi cuenta.

En mi cabeza, mi respuesta es brusca, pero profesional:

Yo: Eso es lo que quería saber. Gracias.

Incluso aunque su respuesta no lo es:

Reese: De nada. Encantado de responder a todas tus preguntas y de atender a todas tus necesidades.

Me debato durante un momento pensando si debo responder o no, pero finalmente lo hago, incapaz de resistirme a la oportunidad de dejar las cosas claras una vez más:

Yo: No vas a atender ninguna de mis necesidades.

Cuando leo su respuesta, casi puedo percibir el tono sugerente de su voz:

Reese: Entonces, supongo que tendré que conseguir que me necesites a mí.

Ignorando el escalofrío que se propaga por mis brazos, decido ser prudente, y, llegados a ese punto, lo más oportuno sería dejar de jugar con fuego. Decírselo a Reese no es, por lo visto, suficiente. No me queda más remedio que confiar en que mostrárselo sí lo será.

Reese

Mientras camino hacia la puerta del número siete de la pequeña agrupación de casas de ladrillo, percibo un movimiento en la cortina de la ventana del número anterior. Miro a la derecha y veo el rostro de un anciano mirándome desde una esquina del cristal. Lo saludo educadamente con la cabeza, gesto que él responde de la misma forma. Me mira hasta que llego a los escalones que hay frente a la puerta de Kennedy, un lugar en el que dejo de estar al alcance de su visión.

«Otro tipo hechizado por Kennedy», pienso con una sonrisa irónica. Seguramente tiene un montón de admiradores. Y no puedo culparlos.

Llamo a la puerta y doy un paso atrás para apoyarme contra una de las gruesas columnas blancas que sostienen el porche. Escucho una serie de golpes y ruidos antes de que se abra la puerta, revelando a una Kennedy jadeante.

—Pensaba que ibas a enviar un coche o algo así —me saluda antes de soplar para apartarse un sedoso mechón de los ojos.

Me vuelvo para mirar mi elegante Mercedes negro aparcado justo delante de su casa.

—Que yo sepa, es en eso en lo que he venido.

—Pero pensaba... Es decir, parecía que... Bah, no importa —balbucea, agitando la mano de forma despectiva antes de llevar una maleta enorme hasta la puerta. Con un gruñido atraviesa el umbral y la deja caer sobre el escalón superior como si fuera un bloque de cemento—. Estoy casi lista. Espera.

Dicho eso, desaparece de nuevo en el interior. La puerta permanece abierta, por lo que puedo ver cómo gira sobre sí misma en el centro de la sala, recolocando los cojines del sofá verde oliva y recogiendo algo de la alfombra roja. Se detiene y mira a su alrededor, seguramente siguiendo un listado mental. Cuando parece satisfecha, deja caer lo que sostiene en la mano en el cubo de la basura y se inclina para acariciar a su gato detrás de las orejas al tiempo que le susurra que es un buen chico y que va a echarlo muchísimo de menos.

No puedo dejar de apreciar la forma en que los vaqueros se ciñen a sus largas y delgadas piernas ni cómo dibujan su redondo trasero a la perfección. Sé el aspecto que tienen sus nalgas. La visión de su baile la otra noche se ha quedado grabada permanentemente en mi cerebro.

Siento que se forma un gemido en algún profundo lugar de mis entrañas.

No me muevo cuando se acerca a la puerta. Me quedo apoyado en la columna mientras echa el cerrojo y se vuelve para decir adiós a su vecino, el que he visto mirando a través de las cortinas.

Por fin, se gira hacia mí.

—¿Preparado?

Sus mejillas están rojas y sus ojos, brillantes, y tiene la respiración algo entrecortada, lo que da un énfasis provocativo a su voz, por lo que me resulta muy difícil mantener las manos alejadas de ella.

—¡Oh, muy preparado! —aseguro mientras me enderezo, extendiendo la mano para retirarle un mechón de pelo que se le ha quedado pegado al brillo de labios—. La cuestión es si lo estás tú.

Me mira fijamente. Sabe perfectamente a qué estoy refiriéndome. Lo puedo asegurar por la forma en que alza la barbilla y sostiene mi mirada con audacia. Me sorprende con una risa.

—Créeme, no necesitas preocuparte por mí.

Su valentía y firmeza quedan desmentidas por la leve dilatación de sus pupilas y el ligero temblor de sus labios. Quiere tenerlo todo bajo control, resistirse a mí como a un buen trozo de tarta, pero en el fondo sabe que hay algo entre nosotros. Y que es inevitable.

Conseguir que lo admita va a ser muy divertido.

Kennedy

Miro a Reese con discreción por el rabillo del ojo mientras conduce su potente Mercedes, concentrado en la carretera. Muchos aspectos de él son exactamente como los recuerdo: el color de sus ojos, la rebelde onda que se forma en su pelo cuando lo lleva demasiado largo, la forma de sus labios y cómo los frunce cuando está ensimismado...

Pero, por otro lado, ha cambiado mucho. Es más viejo, parece más duro, con más mundo... Ahora es un extraño para mí. Pero, aun así, hay algo en él... Incluso yo puedo sentirlo. Algo que me atrae con intensidad.

Reese sigue siendo el hombre más guapo que conozco. Moreno, con el cabello ligeramente ondulado, penetrantes ojos de color aguamarina, largas pestañas... Tiene la piel bronceada y sin mácula, la nariz recta, los pómulos altos... Su boca forma un arco esculpido a la perfección en el centro de su mandíbula cuadrada. ¡Dios! ¡Es guapísimo! Rico. Poderoso. Encantador. Resultaba irresistible cuando era un jovencito, pero ahora... las mujeres no tienen ninguna oportunidad ante él. La única razón por la que yo sí la tengo es por nuestra historia pasada. Nuestra pésima historia. Mis cicatrices deberían conseguir que me concentre en lo que debo hacer.

Al menos parcialmente.

Sujeta el volante entre sus grandes manos con confiada facilidad. Aparto la vista de ellas porque me recuerdan cosas en las que prefiero no pensar. Cosas que hacen que se me anude el estómago de forma dolorosa.

Cuando alcanza la velocidad máxima en la autopista mira hacia mí y esboza una ligera sonrisa al pillarme observándolo.

—Una moneda por tus pensamientos —propone en voz baja.

—Estaba pensando lo mucho que has cambiado.

—¿En catorce años? —se ríe—. Sí, he cambiado. Tú también.

Ante eso, asiento con la cabeza y vuelvo a mirar por la ventanilla.

Al ver que no intento continuar la conversación, lo hace él.

—¿Cómo te ha ido, Kennedy? ¿Por qué no me cuentas qué ha sido de tu vida durante la última década y media?

Hay mucho que decir y, sin embargo, nada en absoluto. Él se ha perdido cada minuto de ese tiempo cuando se fue; por lo tanto, no tiene derecho a saber nada.

Ni siquiera pienso compartir mis recuerdos sobre ese tiempo.

—No hay mucho que contar. Me hice bailarina. Y trabajo en uno de tus clubs.

Él se mantiene imperturbable.

—¿Cómo supiste que querías bailar?

—Siempre he querido bailar.

—Nunca me lo dijiste.

—Hubo muchas cosas que no te dije, Reese.

—Bueno, dímelas ahora.

—¿Por qué? ¿Qué interés tienes? —Me vuelvo para mirarlo. Mi voz muestra mi irritación, mi frustración. No quiero que sepa que significa algo para mí—. Es decir, esto no es necesario. Voy a trabajar para ti. Lo único que necesitas saber sobre mí lo tienes en la documentación relativa a tus empleados.

—Lo que yo quiero saber sobre ti no está en ningún archivo.

—Entonces quizá necesitas tener mejores archivos.

Muy a mi pesar, Reese se ríe, haciendo que me baje un escalofrío por la columna. Ese sonido... Siempre me ha encantado ese sonido ronco y profundo.

—Un gran consejo. Creo que empezaré ahora mismo. Así que, cuéntame, ¿cómo fue que acabaste en mi club?

Suspiro. Era evidente que no iba a dejarlo estar con tanta facilidad.

—Conozco a una chica que baila allí. Me dijo cómo era, que no era necesario desnudarse. Al menos, que no mucho; que se podía ser creativo con los números siempre que resultaran sexys y eso. Me gustó la idea de poder bailar como quería, de hacerlo de forma que me sintiera cómoda. Así que habló con el gerente, me hizo una prueba y me contrató en el acto. Fin de la historia.

—Sabía que me gustaba ese chico por algo —murmura Reese, guiñándome un ojo, lo que hace que se me encojan los dedos de los pies. Los maldigo en silencio por no ser más fuertes—. ¿En qué piensas cuando haces eso?

—¿Cuándo hago qué?

—Cuando frunces los labios y el ceño de esa forma. Ayer te vi hacer lo mismo en casa de Malcolm.

La pregunta me toma por sorpresa y eso hace que le responda con más sinceridad de la que debería.

—No sé en qué momento lo hice ayer, pero ahora estaba maldiciendo a los dedos de mis pies.

—¿Por qué?

No respondo, pero siento que las mejillas me arden de vergüenza.

«¡Has caído en su trampa, idiota!».

—¿Es así como vas a comportarte durante los próximos tres meses? —me pregunta.

Me vuelvo para ofrecerle toda mi atención y lo miro con mi expresión más seria.

—Sí, así mismo.

—Sabes que no tienes por qué, ¿verdad?

—Oh, claro que tengo que hacerlo —insisto.

—¿Por qué?

—Te he dicho ya que no estoy interesada en nada más que en conseguir una audición con Altman. Mantendré mi parte del trato, pero eso no incluye responder a tus preguntas.

—¿Por qué eres así?

Eso me irrita, así que planto las manos sobre los muslos.

—Porque tuvimos nuestra oportunidad, Reese, y no funcionó. Fin de la historia. Esto... este arreglo es solo temporal. Tiene su finalidad para cada uno de nosotros. Punto.

Él no dice nada durante unos segundos. Su cara ha adoptado una expresión reflexiva. No está enfadado ni ofendido, solo pensativo.

—Voy a conseguir que cambies de opinión, Kennedy. De una forma o de otra.

El corazón me da un vuelco. Imagino lo persuasivo que Reese puede llegar a ser. Aun así, no me importa. No puede importarme.

—Será mejor que guardes tu energía. No vas a conseguirlo.

Permanece en silencio durante una dilatada pausa.

—Tenías razón —dice finalmente de forma enigmática.

—¿Sobre qué?

Reese me muestra su sonrisa más brillante.

—He cambiado.

Al ver que no continúa, no me queda más remedio que indagar.

—¿Qué se supone que significa eso?

Todavía conserva aquella curva devastadora y atractiva en los labios.

—Ya lo verás.

Dejo que el silencio se instale entre nosotros, sobre todo porque discutir con Reese está resultando una labor completamente inútil.

Reese

Conduzco hasta la pista de aterrizaje privada que uso para el avión compartido. Un chico de la tripulación está esperándonos junto a las escaleras del aparato. Sé que pertenece a la tripulación porque está vestido de blanco por completo. Desde la camisa y la chaqueta hasta los pantalones y los zapatos todo es blanco.

Cuando detengo el vehículo cerca de él, se acerca para abrir la puerta de Kennedy. Una vez que ella está de pie, corre hasta mi lado. Salgo y le entrego las llaves junto con un billete doblado. El joven lo acepta con un silencioso movimiento de cabeza y me dirijo hacia Kennedy. Le pongo la mano en la parte baja de la espalda y la guío hasta las escaleras plegables. Siento que se tensa bajo mi contacto, pero no se aleja. Contengo una sonrisa. Sé que sigue reaccionando a mí. No tengo que tocarla para saberlo, pero, ¡joder!, quiero hacerlo.

Mientras el chico traslada nuestro equipaje desde el maletero del coche al avión, Kennedy y yo subimos hasta la cabina de pasajeros. Hemi, Sloane y Sig ya están a bordo. No me sorprende nada que Kennedy ocupe un asiento individual en vez de sentarse en uno de los sofás de dos plazas. Es la única manera de asegurarse de que no me siento a su lado. Sin embargo, está lo suficientemente cerca para tocarla. No me importa, dentro de poco no podrá evitarme con tanta facilidad. Y, aunque no soy un hombre paciente, si es por esto, no me importa esperar. Por ella, esperaré lo que haga falta. De hecho, eso puede conseguir que el resultado final sea todavía más dulce.

Kennedy

Consigno llegar al asiento tapizado de cuero, me siento y dejo el bolso a mis pies antes de cruzar las piernas. Echo un vistazo a mis compañeros de vuelo y por el raballo del ojo veo que Reese se hunde en los cojines de un sofá de dos plazas y pone el brazo sobre el respaldo. Intento no mirarlo directamente a los ojos; he descubierto que, cuanto menos lo hago, mejor estoy.

—Kennedy, te presento a Hemi, mi hermano, y a su novia, Sloane. El caballero de la izquierda es el hermano de ella, Sig. —Sonríó a cada una de las personas que menciona y ellos responden de la misma forma con educación.

Por fin tengo oportunidad de conocer a Hemi. Aunque Reese me hablaba mucho de él cuando éramos niños, Hemi no visitó demasiado a su tío, y nunca llegué a conocerlo. Lo habría recordado porque es guapísimo, como su hermano. No pueden negar el parentesco. Los dos tienen el pelo oscuro, la misma piel bronceada e idénticas sonrisas impresionantes. La única diferencia apreciable parecen ser los ojos; Hemi los tiene más oscuros, casi de color azul marino. Tiene un *piercing* en una de sus cejas oscuras y se intuye algún tipo de tatuaje por debajo del borde inferior de la manga de la camiseta. Lleva las palabras «chico malo» escritas en la frente, y no me extraña que Sloane se haya enamorado de él, sobre todo cuando veo cómo la mira. Es evidente que se adoran, se nota a primera vista. Sloane es guapa de un modo joven y fresco. Y, sin duda, besa el suelo que pisa Hemi. No puedo evitar sentir una pequeña oleada de envidia. Tienen lo que todas las chicas sueñan tener.

Hasta que les rompen el corazón y se dan cuenta de que, cuando ese amor perfecto y verdadero desaparece, solo queda una profunda devastación que las deja destrozadas. Después de haber experimentado tal sensación una vez, es difícil que yo me vea impulsada a cometer el mismo error.

Vuelvo la mirada y la sonrisa hacia Sig. También es un chico muy guapo, con los mismos ojos castaños que su hermana y el pelo oscuro. Sin embargo, es tan masculino como femenina es ella. Incluso sentado, noto que es un hombre muy grande. Me imagino que, cuando está de pie, medirá al menos uno noventa de duros músculos y de tierna y provocativa sonrisa.

Comparada con ellos me siento vieja y fea, lo que no sirve para que crezca mi confianza ni para mejorar mi estado de ánimo. Casi de inmediato noto que me retraigo.

—Kennedy y yo crecimos juntos —informa Reese al grupo.

—No lo usaremos en tu contra, Kennedy —comenta Sig al tiempo que me guiña un ojo con picardía. Gira su silla hacia mí para observarme con detalle y, finalmente, arquea una ceja oscura tras parpadear.

—¿Te unirás a nosotros en el barco?

—Sí. Aunque yo voy para trabajar.

—¿Haciendo qué?

—Creo que seré... vuestro entretenimiento —explico, tratando de no permitir que eso me haga sentir como una mierda. De forma inconsciente, alzo la barbilla y sostengo la sonrisa, recordándome que no tengo nada de qué avergonzarme. Bailo para ganarme la vida. Y trabajo para conseguir mi sueño. Algunos tenemos que tomar el camino más largo y duro. Eso es todo.

—¿Ah, sí? —se interesa Sig con una mirada de curiosidad—. ¿Y cómo vas a entretenernos? —La sonrisa agradecida me hace sentir menos consciente de mí misma, y su amable y sugerente carácter consigue que me sienta a gusto. Me cae bien al instante.

—Soy bailarina.

Sig se incorpora, mostrando ahora abiertamente su interés.

—¡Dios! Reese es un cabrón muy afortunado.

—¿Y eso por qué?

—Porque tiene fichadas a todas las tías buenas de los alrededores.

—Oh, no, de eso nada. Nosotros solo somos..., er..., viejos amigos. En realidad trabajo en uno de sus clubs.

—¿En cuál?

—En el Exotique.

Sig me mira boquiabierto.

—¡Joder! Eres el bombón de la otra noche, ¿verdad? La que bailó con la camisa y el sombrero, ¿no? ¡Increíble! ¡Estuviste genial!

No puedo evitar sonrojarme ante aquella entusiasta y agradecida respuesta.

—Gracias. Pero no solo voy a bailar. Por lo que he entendido, también voy a servir copas.

Miro a Reese buscando su confirmación y me sorprende la expresión de ira e irritación que veo en su rostro.

—Todavía no he decidido lo que vas a hacer exactamente —dice con firmeza.

Después de un breve y tenso silencio, Sig toma la palabra. Lo miro, haciendo caso omiso a Reese y su mal humor.

—Bueno, si tienes tiempo, quizá podrías enseñarme algunos movimientos. Ya sabes, unas clases particulares.

La sonrisa que me brinda Sig es mucho más adorable y encantadora que ofensiva, así que me río.

—Yo no hago ese tipo de baile.

—Vaya, es una pena. Pero si cambias de opinión, estaré encantado de prestarte mi regazo y ayudarte con el vestuario. Ya sabes, recurre a mí para lo que necesites. Estoy rendido a tus pies.

Su amplia sonrisa me arranca otra a mí.

—Me da la impresión de que eres incorregible.

—Si esa palabra incluye fuerte, protector y apuesto como un demonio, es posible que tengas razón.

Y así parece ser todo con Sig. Tiene una respuesta para cualquier cosa y una forma encantadora de convertir mis comentarios en insinuaciones sexuales, lo que resulta al mismo tiempo halagador y entretenido.

Provoca mi risa como no ha hecho nadie en años. Disfrutar de su compañía y su audaz coqueteo es cómodo, en especial si tengo en cuenta que sirve de excusa para evitar cualquier clase de interacción con Reese. Sin oposición por mi parte, permito que Sig domine mi tiempo y mi atención durante el vuelo a la Costa Oeste.

Sin embargo, cada vez que echo un vistazo a Reese —algo que ocurre más a menudo de lo que quiero o pretendo—, no puedo reprimir que me atraviesen sensaciones contrapuestas de dolor y placer. A veces, es como si nada hubiera cambiado. Pero no es así.

Reese

Cuando otra azafata se acerca a mí, me resulta difícil mantener mi temperamento bajo control.

—¿Quiere beber algo, señor Spencer? —me pregunta en voz baja.

—En este momento no —es mi cortante respuesta.

—¿Hay algo más que podría hacer por usted? —pregunta inclinándose un poco hacia delante y bajando la voz.

Clavo los ojos en el perfil de Kennedy durante un buen rato antes de prestar a la joven toda mi atención. Ya ha volado conmigo antes. Este avión lo comparto con mi padre y otros dos socios de negocios con constante necesidad de viajar. La empresa que utilizamos para la tripulación de vuelo sabe que tengo unas exigencias muy específicas en lo que se refiere a las asistentes de vuelo femeninas. Mis clientes esperan que el personal que atienda nuestros encuentros sea agradable visualmente, y la empresa siempre ha sido complaciente al respecto. Las chicas son examinadas a fondo y con regularidad, igual que mis empleadas en los clubs, y siempre son jóvenes, guapas y, en ocasiones, dispuestas a llegar... más allá. Como esta.

Percibo cierto ardor en sus ojos de color azul oscuro. Observo la forma en que se humedece los labios y cómo presiona sus pechos para que asomen por el escote. Es atractiva, tanto como cualquier chica que hubiera contratado por mi cuenta. Pero hoy no capta mi atención; hoy es una molestia. No es a ella a quien deseo. Hoy solo tengo ojos para Kennedy.

—A pesar de lo agradable que suena, no necesito nada en este momento —le aseguro con amabilidad.

Ella asiente con la cabeza y se endereza antes de atravesar la cabina y preguntar a los demás si desean comer o beber algo. Mi mirada se desplaza hasta Kennedy de nuevo y veo que está mirándome. No sonrío ante lo que dice Sig mientras él se dirige a ella como si la conociera de toda la vida. No, esta vez toda su atención está concentrada en mí. Y no se ríe.

Le hago un pequeño gesto con la cabeza antes de mirar por la ventanilla. Ni siquiera me molesto en reprimir la sonrisa que, de pronto, asoma a mis labios.

¡Maldita sea! Este juego podemos jugarlo los dos.

Dejo que mi irritación se disuelva en una tranquila determinación. Si hay algo que me ha enseñado la vida, es no darme nunca por vencido. Si las cosas no van como quiero, hago algo para cambiar la marea. Si la primera respuesta es no, sigo intentándolo hasta que sea la correcta. Si algo se interpone en mi camino, he aprendido a apartarlo. Es posible que Kennedy no pueda admitir todavía que volverá a ser mía, pero así será. Lo sé.

Mi ayudante en el crucero, Karesh, nos espera con una limusina en el aeropuerto. Es capaz, fiable y muy minucioso con los detalles, que son la combinación de cualidades que considero obligatorias en alguien en su posición. Sabe cómo me gustan las cosas y se asegura siempre de que estén dispuestas así, a la carta.

Discutimos en voz baja todos los arreglos mientras nos dirigimos a Marina del Rey. Ya está dispuesto que un barco más pequeño nos transporte desde allí al punto donde el crucero está atracado, en aguas más profundas.

Cuando el conductor se detiene junto al muelle, veo que nuestro equipaje ya está siendo trasladado al yate.

Hemi se acerca a mi lado y me da una palmada en la espalda mientras señala el yate que está anclado en la bahía.

—¿Es ese tu nuevo juguete, hermanito?

—No, el nuevo está en el Caribe. Este es el segundo que compré.

Sloane se acerca hasta detenerse junto a Hemi y le rodea la cintura con los brazos. Después de unos segundos, dirige la mirada en dirección a la embarcación.

—¡Oh, Dios mío! ¿Es ese? ¿Es el barco en el que vamos a ir a Hawaii? —Su voz está llena de entusiasmo.

—Sí, ese es —le dice Hemi. Ella clava en él sus ojos brillantes y le da un rápido beso.

—Va a ser una pasada, nene —asegura ella.

Él asiente con la cabeza y la besa en la frente, haciendo que el momento se transforme en algo muy íntimo. Me aclaro la garganta y me alejo unos pasos. Justo a tiempo, los transportes regresan desde el yate. Doy una fuerte palmada.

—Vamos a subir para poder seguir adelante —les digo, ansioso por ponerme en camino.

Karesh guía a Hemi, Sloane y Sig por el muelle hasta el punto donde espera el barco más pequeño. Miro hacia atrás y veo que Kennedy se está quedando rezagada. Camina lentamente, con la mirada fija en el horizonte y el ceño fruncido.

—¿Pasa algo malo? —pregunto.

Al principio no dice nada, se limita a seguir mirando el mismo punto. Por último, se vuelve hacia mí con la mirada empañada.

—¿Ese es tu barco? ¿Dónde vamos a pasar el verano?

—Sí.

—Entonces, ¿ahora tu vida es así? No lo sabía.

—Esta es solo una de mis empresas. No es donde vivo. Simplemente es lo que hago.

Kennedy me mira a los ojos.

—En tu caso, creo que es más o menos lo mismo, ¿no?

Se aleja con aire infeliz. No sé muy bien cómo tomarme su comentario, así que lo dejo pasar. No tiene sentido perder el tiempo en cosas que no puedo entender ni controlar. En especial cuando tengo que concentrar mi energía en lo que sí puedo.

Kennedy

Un hombre agradable y tranquilo llamado Karesh nos hace un recorrido por el barco.

—Este es el *Domani*, el segundo de los tres yates de recreo que posee el señor Spencer.

—¿Qué significa ese nombre, *Domani*? —pregunta Sloane, leyéndome la mente.

—Significa «mañana» —explica Karesh—. El primer yate recibe el nombre de *Ieri*, que significa «ayer», y el último que adquirió, *Sempre* —concluye.

—«Para siempre» —susurro. Recuerdo haber escuchado esa palabra italiana en algún lugar, quizá en boca de Malcolm. Creo recordarlo diciendo que su madre nació en Sicilia, lo que explicaría la piel morena de todos los hombres Spencer.

Seguimos a Karesh de un impresionante espacio del yate a otro, todo ello rodeados por un horizonte sin fin y una superficie de agua que se extiende hasta donde la vista puede alcanzar. Hemos dejado el puerto y no había percibido siquiera que ya nos estábamos moviendo.

Es lo más opulento que he visto en mi vida. Incluye todo lo que uno puede imaginar, desde biblioteca y sala de exposiciones a una pequeña piscina y un gimnasio. Aunque más compacto, no le falta ninguna de las comodidades que se podrían encontrar en cualquier resort terrestre. Al menos que yo pueda apreciar.

Me pregunto cómo llegó a ocurrírseme cuando era más joven que Reese y yo podríamos tener algún futuro. Es como si procediéramos de planetas diferentes. En su momento, sabía que él era distinto; el niño rico por excelencia y yo la clásica chica pobre..., pero esto resulta... asombroso. No es que fuéramos de mundos opuestos; veníamos de galaxias distantes. Fui idiota al involucrarme con alguien como Reese. Lo único que puedo hacer ahora es no volver a cometer el mismo error.

Y no pienso hacerlo.

Nunca.

Cuando nos deslizamos por la cubierta de camarotes, Karesh comienza a mostrarnos cuáles serán nuestras habitaciones. Logro echar un vistazo a cada una de ellas cuando pasamos por delante. Todas están equipadas con camas de matrimonio, mullidos edredones y alfombras de tres centímetros de espesor. Son mejores que la que tengo en el dormitorio de mi casa, y de la que hasta hoy estaba muy orgullosa.

Muy pronto, todos están instalados en su camarote mientras yo sigo a Karesh hasta otra parte del barco.

—Estas son las habitaciones de la tripulación —explica—, y como vas a trabajar para el señor Spencer durante este viaje, tu alojamiento se encuentra aquí. — Pasamos ante varias puertas más estrechas. Una de ellas está abierta y veo que en el interior hay dos juegos de literas, uno contra la pared de la izquierda y otra contra la de la derecha. Trago saliva. Soy una persona muy reservada, y no se me ocurrió preguntar cómo sería el alojamiento. Sin embargo, ya es demasiado tarde para poner condiciones. Los Ángeles queda muy lejos.

Pasamos una estancia que, según nos explica Karesh, es el salón de la tripulación. Se trata de una habitación bastante grande con cocina americana contra la pared trasera y una larga mesa de separación con la zona de estar. El espacio principal cuenta con tres sofás, dos sillas y un televisor de pantalla gigante montado en la pared. Veo a varias personas reunidas alrededor de dos hombres que juegan al fútbolín, en una de las esquinas. Nadie se molesta en mirarnos a medida que pasamos, algo que agradezco. Necesito orientarme un poco antes de conocer a los demás.

Karesh sigue dejando atrás más camarotes hasta que finalmente se detiene ante la última puerta. La abre y extiende el brazo hacia delante, indicándome que entre primero. Así lo hago.

Este camarote es diferente al resto. Es más claro —con una ventana en la parte alta de la pared—, y tiene una cama de matrimonio en lugar de las literas que ocupan los demás. Hay también un lavabo en una de las esquinas, así como una silla con aspecto cómodo que parece atornillada al suelo. Contengo la respiración, casi temiendo preguntar si es el mío.

—Aquí es donde te alojarás —me informa Karesh.

—¿En serio?

Él asiente con la cabeza y sonrío.

—En serio.

Me muerdo el interior de la mejilla al tiempo que paso la mano por la encimera que rodea al lavabo.

—Por favor, no te lo tomes como una queja, pero ¿por qué me habéis asignado este camarote? ¿Qué les pasa a los demás?

—El señor Spencer me indicó que te instalara en este.

—¿Te dijo por qué?

—Yo solo sigo órdenes. No hago preguntas.

Asiento con la cabeza y sonrío.

—Entiendo. Vale, gracias. Este camarote es... genial.

—Me alego de que te guste —me responde con aire satisfecho—. Tu equipaje llegará en breve. Si necesitas algo más, no dudes en pedirlo. Solo tienes que marcar

el 300

desde cualquier teléfono del barco. Puedo encargarme de satisfacer cualquier necesidad una vez lleguemos a Hawaii.

—¿Nos dirigimos a Hawaii?

—Sí, será nuestra primera parada. Allí es donde dejaremos al hermano del señor Spencer y a sus acompañantes al tiempo que recogeremos a nuestros clientes.

—Oh, entiendo. Y después, ¿adónde iremos?

—A la Polinesia Francesa —responde.

—Ah... —replico con un inseguro entusiasmo. No sé dónde narices se encuentra la Polinesia Francesa. Es lo que ocurre cuando no terminas la secundaria. El programa GED se salta parte del temario—. Es increíble.

—Sí, lo es —asegura—. Te dejo que te pongas cómoda. Si no has recibido el equipaje dentro de diez minutos...

No le da tiempo a terminar la frase porque se ve interrumpido por un joven rubio.

—Señor, aquí está.

—Justo a tiempo, Brian —interviene Karesh, dando un paso atrás para no interrumpir su camino—. Brian, ella es Kennedy. Se encargará del entretenimiento. También puede servir copas si se necesita más ayuda. Kennedy, te presento a Brian. Es el entrenador a bordo y quien se encargará de tu comodidad durante el tiempo que dure tu estancia.

—Un placer conocerte, Brian.

—Lo mismo digo —replica él con una amplia sonrisa.

Karesh me hace un gesto de cabeza.

—Nos reuniremos dentro de una hora para la cena en la rotonda.

—Gracias, Karesh —digo antes de que se vaya. Me acerco a Brian, que sostiene mi enorme maleta—. Ya me ocupo yo.

Como si no pesara nada, Brian agarra el asa con una mano y la mantiene fuera de mi alcance mientras me detiene con la otra.

—No. Es cosa mía. Muy pronto estaré trabajando tus músculos.

Me brinda una sonrisa encantadora mientras pasa junto a mí para depositar la maleta en la cama. Se gira, sacudiéndose las manos, y me guiña un ojo.

—Bienvenida a bordo, Dorothy. Ya no estás en Kansas.

Me sorprende cuando me besa la mejilla en el trayecto de regreso a la puerta. Estoy segura de que mi expresión lo dice todo cuando cierra la puerta a su espalda, dejándome de pie en medio de mi nueva habitación, un poco flipada por las libertades que se ha tomado.

En los instantes posteriores a su marcha, me doy cuenta de tres cosas sobre Brian. La primera es que no creo que quisiera dar a entender nada despectivo con aquel comentario sobre Dorothy, de *El Mago de Oz*. La siguiente es que mi instinto me asegura que es gay. Y tres, y a me caía bien. Esos tres detalles, aparentemente sin importancia, me ponen de buen humor y me predisponen de forma más positiva hacia el verano que cualquier otra cosa hasta el momento.

Nunca ha resultado fácil encontrar a alguien a quien considerar amigo. La confianza es complicada para mí, y me muestro reservada hasta el instante en que me siento muy cómoda en presencia de alguien, lo que dificulta que la gente llegue a conocer cómo soy en realidad. Es algo que acepté hace mucho tiempo, y ya lo he asimilado. Esa cuestión ha servido también para que aprecie a aquellos que puedo llamar «amigos» de verdad, los que me han dado la oportunidad de mostrarme tal cual soy. Todos ellos se han convertido en las mejores personas con las que tengo la suerte de contar, y atesoro su amistad. Seguramente sea una coincidencia que se trate de gente de edad avanzada como Tanny, Malcolm o Clive. Sin embargo, me da la sensación de que pronto añadiré a Brian —un hombre mucho más joven— a esa lista. Habrá que aguardar a ver cómo se desarrollan las circunstancias. Por ahora se las ha arreglado para hacerme sentir bienvenida y cómoda, algo que necesitaba con desesperación.

Comienzo a deshacer el equipaje para instalarme en el camarote, y descubro con rapidez que hay todo tipo de interesantes espacios de almacenamiento. Por ejemplo, hay cajones ocultos debajo de la cama y del lavabo, lo que resulta muy útil. No he traído demasiadas cosas, pero no dispondría de espacio suficiente para almacenarlas si me hubieran asignado uno de los camarotes compartidos, en especial cuando veo que el armario está lleno de ropa.

Imagino que es para mí. No solo porque es nueva y de mi talla, sino porque se parece a la indumentaria que utilizo cuando me pongo a bailar. Es justo de mi estilo. Quien quiera que trabaje para Reese es muy bueno.

Entre los modelos, hay algunos vestidos preciosos y ropa cómoda. No sé en qué circunstancias se espera que los use, pero imagino que me informarán cuando llegue el momento. Por lo que sé, Reese podría tener a su servicio personal para ese tipo de cuestiones. En un barco como ese, nada me sorprendería.

Para esta noche, la primera que paso a bordo, no sé qué ponerme para la cena, así que recorro a mi propia ropa, unos pantalones de gamuza en suave color chocolate y una blusa sin mangas en tono crema. Es el tipo de indumentaria que funciona en una amplia variedad de situaciones, y no me hará destacar.

Me cepillo el pelo hasta que cae en brillantes ondas alrededor de mis hombros y me pinto los labios con brillo. No me acicalo más; no necesito impresionar a nadie.

Después de estar cinco minutos encerrada en mi pequeño camarote con una ventana desde la que no puedo ver, a menos que me suba a la cama, resuelvo que me siento demasiado inquieta para permanecer allí hasta la hora de la cena. Así que decido dirigirme a una de las cubiertas al aire libre para disfrutar de las vistas.

Me equivoco tres veces en el trayecto desde mi camarote hasta la parte delantera del yate, donde pensaba que estaban las escaleras que conducen a las cubiertas superiores. Por suerte, uno de los giros equivocados me lleva a unas escaleras que conducen a la cocina, donde veo a Brian hablando con un hombre que imagino que es el chef, debido a su gorro de cocinero y el largo delantal blanco.

Brian me dirige una sonrisa en cuanto aparezco por la puerta, un poco más allá de la larga mesa de acero. Parece tener en la mano una larga lista de alimentos que el chef deja caer sobre la superficie.

—Vaya, mira quién está aquí... —dice, gratamente sorprendido, brindándome otra de esas brillantes sonrisas que no muestran ni pizca de interés sexual.

—Creo que me he perdido. Me dirigía a alguna de las cubiertas para tomar un poco el aire antes de la cena.

—Bien hecho. Disfruta mientras puedas. Una vez que suban los pasajeros, no podrás ir allí. Te acomodará como todos los demás en las trincheras.

Noto una pesada bola en la boca del estómago solo de pensar en pasar los próximos tres meses encerrada en una pequeña habitación sin aire en la proa de un barco. Oculto mi ansiedad bajo una leve y plácida sonrisa que he aprendido a grabar de forma permanente en la cara.

—Ah, vale.

—A menos que estén fuera del barco, en puerto.

—Vale.

—O a menos que te solicite alguno de ellos. Consiguen lo que quieren, claro está, incluso aunque sea la compañía de un empleado en concreto durante el resto de la noche.

—¿Durante el resto de la noche? —Me siento invadida por la alarma. Sin duda, eso no puede significar lo que parece.

—Bueno, para la velada. Cualquier cosa más allá es una decisión personal..., no un requisito del trabajo.

—Vale —repito por tercera vez, soltando el aire con cierto alivio.

—Has girado demasiadas veces a la izquierda, deberías haber hecho «izquierda-derecha-izquierda» en vez de «izquierda-izquierda-izquierda».

—Entonces debo volver a bajar las escaleras y...

—Chica, no es necesario. Solo tienes que atravesar esa puerta —dice, señalando la que hay al otro extremo del lugar donde nos encontramos— y estarás en el bar. Esa salida conduce a la cubierta izquierda.

Asiento con la cabeza, agradecida, y sigo caminando hacia el exterior, todavía más decidida a disfrutar de la experiencia y el paisaje, ya que podría ser la única oportunidad de hacerlo durante un tiempo. Nunca he estado en un crucero ni, en realidad, en un barco. Esta es la primera vez, y espero que no sea la última.

Camino hasta el punto más alejado en la proa de la nave y me agarro a la V que forma la barandilla. El viento es cálido y me llena de energía, el sol brilla en mi cara, y todo lo que puedo oír es el sonido de la pulverización de la estela con la que el barco corta el agua. Vuelvo la cabeza y miro de izquierda a derecha, oteando el horizonte, y me siento anonadada por lo pequeña e insignificante que me siento. Solo se ven kilómetros y kilómetros de océano. Es a la vez humillante e impresionante. Y tal vez intimidante.

Me inclino sobre la barandilla para mirar la parte delantera de la embarcación, que se encuentra muy por encima de la superficie del agua. Es entonces cuando los veo.

Jadeo. Seis delfines saltan y juegan en el agua justo por delante de la nave, como si desafiaran al barco a que los toque y este no se atreviera.

La luz naranja rebota en sus cuerpos de color gris pálido, haciendo que brillen cuando trazan su valiente arco frente al yate. Se chillan entre sí con la boca abierta, pareciendo que están sonriéndome, ya que salen del agua un instante para desaparecer dos segundos más tarde. Apenas soy consciente de la risa encantada que bulle en mi pecho y surge de mis labios.

—Es increíble, ¿verdad? —me dice una voz profunda y familiar al oído. Al instante me pongo rígida y la risa muere en mis labios al tiempo que el corazón duplica sus latidos por minuto.

Vuelvo la cabeza y me encuentro a Reese casi presionado contra mi espalda. El sol moribundo arranca destellos dorados de su pelo y sus ojos brillan como aguamarinas. Por un momento, me siento tentada a contar cada tono que distingo en aquellos iris exóticos, pero su brillante sonrisa me roba el aliento y me recuerda que estoy jugando con un peligroso fuego. Sin ningún lugar adonde ir, no puedo alejarme de él. Mi única opción es no hacerle caso y concentrar mi atención en la escena que estaba disfrutando.

Pero no hay manera de ignorar a Reese cuando quiere llamar la atención. Se inclina un poco más hacia mí, haciendo que destaquen los firmes músculos de su pecho, la plana superficie de su vientre y la dura longitud de sus muslos en cada parte que roza de mi espalda.

—Esta es la vista más increíble del mundo —susurra al tiempo que presiona su cuerpo contra el mío, lo que me lleva a pensar que está refiriéndose a mí en vez de a las maravillas naturales que nos rodean.

—Estoy segura de que estás acostumbrado a paisajes tan hermosos como este.

—He visto algunas de las creaciones más impresionantes de Dios, pero esta siempre ha sido especial para mí.

No me atrevo a dejar que me arrulle con sus encantadoras maneras. Eso ya terminó mal una vez y él ni siquiera lo sabe, por lo que no ha pedido disculpas por ello.

Tampoco es que haya nada que pudiera decir para borrar lo que pasó.

Mis pensamientos desencadenan una explosión de ira. Me giro en el interior de sus brazos, utilizo la barandilla para empujarme hasta que él retrocede y me deja pasar.

—Bueno, esta es la primera vez para mí, así que me gustaría disfrutar de ella mientras puedo, así que, si no te importa...

Dicho eso, vuelvo por donde he venido y giro hacia el otro lado de la cubierta en lugar de ir para dentro. Medio espero que Reese me siga, pero la siguiente voz que escucho pertenece a Sig.

—No sé qué es más bonito, si la vista o tú.

Me vuelvo y lo veo detrás de mí, con las manos en los bolsillos de los pantalones negros, con el pelo oscuro agitado por la brisa. Su sonrisa es juguetona y ligera, como siempre, y consigue con facilidad que le responda.

—¡Guau! ¿Te ligas a muchas chicas con frases como esa? —pregunto con otra sonrisa.

—Esta es la primera oportunidad que me surge para probarla. ¿Cómo ha ido todo hasta ahora?

Extiendo la mano y la giro un par de veces.

—Psss...

—Entonces dime, ¿qué tiene que hacer un tipo como yo para impresionar a una mujer como tú?

—¿Por qué quieres impresionarme?

—Porque eres guapísima y misteriosa, y bailas como si lo hicieras para mí. Me fascinas. ¿Tengo que añadir más?

Me siento muy halagada, y lo cierto es que no sé qué decir, pero, como de costumbre, la parte más arrogante de mi personalidad, la que aprendió a autodefenderse cuando era muy joven, toma el mando.

—Bailo así para todo el mundo. Es mi trabajo.

En lugar de sentirse ofendido y actuar como un hombre con el orgullo herido, se limita a sonreír.

—Joder, ya lo sé, pero no tienes por qué arruinar mi fantasía. Soy un hombre. Un hombre grande. Con un ego a juego. Déjame creer que bailabas para mí, mujer —bromea.

Me río.

—Vale, vale..., lo hice para ti.

Él asiente con la cabeza y sonrío.

—Eso está mejor.

Sig se acerca a mí y me mira fijamente a los ojos durante unos segundos antes de volver a detenerse a mi lado, ofreciéndome el brazo.

—¿Vamos?

Con un gesto exagerado de cabeza y poniendo los ojos en blanco, meto la mano por debajo de su codo y dejo que me lleve a otra puerta que da acceso a la zona de la rotonda y el comedor. Lo primero que veo cuando traspaso el umbral es a Reese, de pie en el otro extremo de la sala, hablando con Brian y mirándome.

Incluso a pesar de la distancia, verlo es suficiente para que me dé un vuelco el corazón. Sigue siendo tan guapo como era cuando me enamoré de él, cuando puso mi mundo patas arriba: pelo oscuro que se riza a la altura del cuello, ojos brillantes que parecen traspasarme, una mandíbula firme que hace que me den ganas de acariciarla. Y sus labios..., siempre he pensado que la boca de Reese es la más perfecta que Dios ha creado; en parte angelical y en parte malvada. La parte mala, por supuesto, es que me hizo promesas que nunca tuvo intención de cumplir.

Como ocurre siempre que me siento cautivada por Reese como hace tiempo, la chica herida resurge para impedir que cometa el mismo error una segunda vez. Es ella la que le dirige una sonrisa helada y concentra su atención en Sig, que sigue a mi lado. Sin embargo, mi sonrisa se vuelve profunda y genuina cuando, por el raballo del ojo, veo que la expresión de Reese se vuelve atronadora.

Me dan ganas de reír.

«¡Chúpate esa, ególatra!».

Cuando entro en el comedor, estoy de mejor humor, que no hace más que incrementarse cuando me doy cuenta de que no han asignado los asientos y puedo sentarme donde quiera, que casualmente es entre Sloane, que me cae muy bien, y Sig, que evidentemente también me gusta.

La comida es deliciosa y la compañía, agradable. Aunque Reese responde a los comentarios y se comporta de una manera educada, casi puedo sentir la tensión que subyace debajo de su contenida fachada. Por mucho que me cueste admitirlo, eso me afecta.

Él me ha hecho saber que me desea y pretende tenerme. Y me ha asegurado que va a conseguir que ocurra. Es evidente que estamos comprometidos en una batalla de voluntades. Pero algo dentro de mí me susurra que esto solo es el principio, que Reese todavía no se ha esforzado y que, cuando lo haga, esta batalla se complicará mucho para mí. Y será mucho más peligrosa.

Pero eso es en parte lo que hace que sea tan emocionante. En algún lugar en el fondo de mi mente y de mi corazón me pregunto si seré lo suficientemente fuerte como para resistir. O si quiero hacerlo. Me pregunto si una parte de mí no querrá recuperar lo que teníamos hace tantos años, cuando el amor era todavía joven e inocente, perfecto e ileso, para disfrutarlo un momento. O un mes. O un verano. Si sería posible eso...

Por un lado, albergo serias dudas al respecto. Pero, a otro nivel, creo que no soy lo suficientemente fuerte como para poner a prueba esas aguas sin desmoronarme en mil pedazos cuando las cosas no salgan bien. Ya le he dado a Reese mi ternura, lo que queda ahora es mi parte más dura y firme. La más fuerte.

Cuando arquea una de sus cejas oscuras, salgo de mi ensimismamiento. Reese me está mirando. Y yo, perdida en mis pensamientos, he estado observándolo.

Dirijo al instante mi atención a Sig, que está a mi lado riéndose de algo, y me río con él, aunque no tengo ni idea de qué estamos hablando. Sin mirarlo, casi puedo sentir la diversión de Reese. Su diversión y la sagacidad de su mirada.

Reese

No he podido alejar los ojos de Kennedy en toda la noche. La he visto coquetear con Sig; interactuar con Sloane y Hemi. He notado que intentaba con todas sus fuerzas no mirarme y que trataba de hacer todo lo posible para ignorarme.

Y, lo mejor de todo, he sido testigo de su fracaso.

He visto sus miradas subrepticias. He observado la forma en que se coloca el pelo detrás de la oreja cuando hablo y he visto la forma en que se frota los brazos para borrar los escalofríos cuando nuestros ojos se encuentran. Puedo sentir su atracción por mí como si fuera humedad flotando en el aire. Hace que quiera despojarla de su ropa, desnudarla y ponerla sobre la mesa para lamer la humedad de su piel mientras la gente me mira. La desean. Pero no pueden tenerla.

A pesar de que me frustra que esté empeñada en resistirse a mí, también me emociona hasta cierto punto. Tener que conquistarla cuando está tan obcecada en resistirse provocará que la emoción sea aún mayor. Y mis instintos más básicos se ven estimulados por ello.

Así que al final aprieto los dientes y aguanto porque soy lo suficientemente inteligente como para saber que la mejor estrategia es dejar que se confíe durante este tiempo antes de empezar a ir a por ella. Me satisface dejarla pensar que está ganando. Hasta que esté preparado para ganar yo. Y luego se acabó el juego. Tan sencillo como eso.

Después de tomar una copa de brandy en el salón, la emoción del día empieza a hacer mella en todo el mundo. Uno a uno, todos comienzan a excusarse y se van a la cama, Kennedy incluida.

Por supuesto, Sig se ofrece a acompañarla a su camarote. Eso hace que me rechinen los dientes, pero sonrío y les deseo buenas noches de todas formas. Cuando la veo salir del salón, con la cabeza erguida, los hombros derechos y la mano de Sig en la parte baja de su espalda, siento una punzada de... algo. Algo que solo sentí hace mucho tiempo... por una chica que conocí en el bosque.

Varios minutos después de que se hayan ido, minutos durante los cuales no puedo hacer desaparecer esa sensación que me corroe las entrañas, me levanto y me dirijo hacia las escaleras para tomar el pasillo que lleva a la proa del barco, donde está la habitación de Kennedy.

Mientras camino, empiezo a imaginar a Sig enredando los dedos en el pelo de Kennedy, besando esos labios tan sexys, empujándola de nuevo en la oscuridad de la habitación. Mis pasos se hacen más pesados. Mi enfado va creciendo según me acerco a la puerta cerrada. Noto una intensa opresión en el pecho y el pulso se me acelera como si mi cuerpo estuviera preparándose para pelearme con el futuro cuñado de mi hermano si ha cometido el grave error de estar con Kennedy en su camarote.

Toc, toc, golpeo la puerta de Kennedy. Soy consciente de lo furioso y agresivo que suena. Cuando he salido del salón, no me imaginaba qué podía estar ocurriendo, pero aun así han logrado cabrearne.

Cuando Kennedy abre la puerta, apenas asomando la nariz, lucho para mantener aquella repentina furia bajo control.

—¿Estás sola? —pregunto con voz ronca.

Ella frunce el ceño.

—Claro —responde como si yo estuviera siendo ridículo. No permito que perciba la forma en que desinflo los pulmones al soltar el aliento que estaba conteniendo.

—¿Puedo pasar?

Ella me mira de forma sospechosa durante unos segundos antes de asentir y dar un paso atrás para dejarme entrar.

A pesar de la escasa luz, veo que ya se ha cambiado de ropa. Ahora lleva unos diminutos pantalones cortos y una camiseta gris desgastada con la palabra «Exotique» estampada en la parte delantera. La prenda llama la atención hacia las exuberantes curvas que oculta, y aprieto los puños para no tomarla entre mis brazos y dejar que la sensación de su piel calme mi irritación.

—¿Qué quieres, Reese? —pregunta mientras se sienta en el borde de la cama y cruza los brazos sobre el pecho.

A pesar de lo agitado que estoy, logro encontrar la forma de burlarme de ella.

—Si eso no es una pregunta capciosa, no he oído ninguna.

Ella me lanza una mirada fulminante, pero por la forma en que mueve las manos, como hacía cuando éramos jóvenes cada vez que se ponía nerviosa, sé que no es tan inmune a mi presencia como piensa.

Sin embargo, su siguiente pregunta me sorprende.

—¿Por qué me has dado este camarote, Reese?

—¿Por qué no te lo iba a dar?

—Porque ningún otro es tan bonito como este.

—No has visto los otros.

—Sabes a qué me refiero.

—¿Tan malo es que quiera que te sientas cómoda? ¿Que tengas un poco más de espacio y una ventana?

—Es que si estás esperando algo a cambio...

—Kennedy, ya te he dicho lo que quiero.

—Y yo te dije que no iba a ocurrir.

Puedo decir que mi sonrisa la sorprende.

—Dios, me encanta que seas tan luchadora. Has cambiado mucho, ¿no?

Ella alza la barbilla un poco.

—Me he visto obligada.

No puedo contenerme y me acerco más. No quiero esperar ni un segundo más para tocarla. Es simplemente imposible. Tengo que tocarla.

Kennedy no se mueve hasta que me detengo frente a ella, rozando mis rodillas con las suyas, sentada en la cama. Inclina la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual, pero por lo demás no mueve ni un músculo. Ni siquiera estoy seguro de que esté respirando. Ni siquiera estoy seguro de estar respirando yo.

Me agacho y paso un largo mechón de pelo sedoso por encima de su hombro, rozando su cuello. Siento cómo se estremece, como si hubiera sufrido una descarga de la electricidad que siempre crepita entre nosotros.

—Pero hay cosas que nunca cambian, ¿verdad? —pregunto en voz baja, sintiéndome cada vez más parecido al chico que era cuando tenía diecinueve años.

Los ojos de Kennedy me miran con frialdad.

—En eso te equivocas. Todo cambia, Reese. Todo.

Le lanzo una sonrisa irónica.

—Seguramente tengas razón. Pero eso no significa que todo cambie para peor. Algunas cosas solo mejoran.

—Pero la mayoría no.

—Eso no es cierto. Y menos en nuestro caso.

—No puedes saberlo.

—Si, claro que puedo. Puedes tratar de fingir que no lo sientes —la reto—, pero sé que sí lo notas. Hay algo entre nosotros, Kennedy. Siempre lo ha habido.

—Te equivocas —me dice ella con valentía, pero percibo el temblor en su voz. Veo la bravuconería forzada en su mirada.

—No me equivoco. No sobre esto. Somos quienes somos. Sé que piensas que deberías resistirte a ello, que es un camino que no quieres recorrer, pero créeme, te gustará.

—En la vida no todo consiste en buscar el placer, Reese. —Kennedy se levanta. Su cuerpo se desliza hacia arriba, contra el mío, de una forma que hace que quiera lanzarla sobre la cama y quitarle aquella pequeña camiseta—. Y ya no confío en ti.

—Quizá lo hagas. Si fueras un poco más abierta, verías que tengo razón.

—Quizá no quiera.

—Pero sí quieres. Lo sabes. Y voy a demostrártelo.

—¿Demostrarme qué? —pregunta.

No le respondo. Solo sonrío mientras me inclino hacia delante para rozarle los labios con los míos. Esa pequeña muestra solo me hace desear más. Pero el escalofrío que la recorre cuando la toco hace que me resulte más fácil alejarme. Eso solo me demuestra lo que me dice mi instinto; al final será mía. Vendrá a mí. Y yo estaré esperando.

—Aquí tienes tu horario. Es posible que lo necesites. —Le entrego la nota que le he traído y me giro para marcharme. Salgo de la habitación, dejándola allí de pie.

Me marcho dejándola anhelante.

Kennedy

—Entonces, ¿vas a contarme qué es lo que está pasando entre tú y el príncipe azul? —Brian ni siquiera hace una pausa mientras se inclina sobre mi pierna para estirarla.

—¿De qué estás hablando?

Clava en mí sus ojos castaños.

—¡Oh, venga! ¿Has pensado que no iba a darme cuenta?

—¿De qué?

—De la forma en que te mira... y la forma en que intentas no mirarlo. De verdad, no te hagas la inocente conmigo.

—No hago nada.

—¿Y por qué? Esto es un crucero de fantasía. ¿No quieres un poco de magia para ti?

—Esto no es una fantasía, sino un choque de trenes.

—¡Guau! Apenas sueñas amargada —se burla él con una sonrisa—. ¿Puedo suponer que os conocíais de antes?

Siento que me pongo en guardia, como siempre.

—Algo así.

—Bueno, quizá eso te dé algo de ventaja. Estoy seguro de que la vas a necesitar. Nunca he visto que ese hombre no consiga lo que quiere... o a quien quiere.

Brindo a Brian mi sonrisa más brillante mientras se echa hacia atrás y vuelve a inclinarse de nuevo hacia mí.

—O... tal vez, esto sea bueno para él —sugiero.

—La cosa se pone interesante —responde—. Y ya sabes que quiero que me cuentes todos los detalles.

—No soy una de esas personas que cuenta los detalles —admito con franqueza—. Y tampoco habrá ninguno que discutir.

—Este es un viaje largo. El barco no es muy grande. Necesitarás un amigo; créeme.

Yo solo sonrío, dejando que muera la conversación. Y justo a tiempo; tanto Brian como yo miramos hacia la puerta cuando oímos que se abre unos segundos después para dar paso a Reese. Está tan guapo y atractivo como siempre, con una camiseta blanca bastante ceñida y un pantalón negro. Nunca he podido olvidar lo grandes que son sus piernas; musculosas, bronceadas y no demasiado velludas.

Saluda a Brian con la cabeza y me lanza esa sonrisa suya capaz de derretir los huesos. Y, claro está, mis huesos se derriten. Entones me enfado. No me gusta reaccionar ante él de esa manera, pero, por mucho que lo intente, no parezco capaz de detenerme.

Determinada, concentro mi atención en Brian.

—¿Qué estabas diciendo? —pregunto de forma educada, clavando en él los ojos. Es todo lo que puedo hacer para no mirar a Reese mientras cruza el gimnasio por detrás de Brian.

Mi entrenador se ríe.

—Sí, eso es lo que yo pensaba.

Lo miro con cierto desdén y luego nos reímos. Durante otra hora más, Brian estira y trabaja mis músculos sin descanso, incluso más que el entrenador personal del Exotique. Durante ese tiempo, Reese nos mira. Cada vez que lo observo de reojo, sus ojos están clavados en nosotros, dejando un rastro ardiente sobre cada centímetro de mi cuerpo. Y a pesar de que no soy tan descarada, a pesar de que no quiero hacerlo, me encuentro estudiándolo también. Puedo ver sus músculos tensos mientras se entrena, levantando y apretando diversos aparatos. Miro cómo se mueven bajo la piel bronceada. Observo sus labios cuando exhala aire y, por el rabillo del ojo, noto que me devora con la vista.

Cuando llega el momento en que Brian tiene que enfriar mis músculos, mi corazón está acelerado y tengo la frente cubierta por una capa de sudor que no es producto del esfuerzo físico. Es como si me hubiera pasado la última hora siendo adorada y acariciada; despojada de mi ropa y consumida por Reese.

Desde el otro extremo de la estancia.

Estoy lista para marcharme y alejarme de él en cuanto Brian me deje marchar. Necesito espacio, distancia. Pero muy pronto me doy cuenta de que esas dos cosas no las voy a conseguir cuando estoy atrapada en un yate trabajando para él.

Y porque él no oculta que me quiere entre sus brazos.

Es evidente que Reese no tiene previsto darme ni un respiro. Me ducho y estoy sentada en la cocina de la tripulación comiendo unos cereales cuando entra Karesh. Se detiene ante mí justo en el momento en que frunzo los labios para soplar una cucharada caliente.

—¿Encuentras todo a tu entera satisfacción?

Le brindo una sonrisa con un guiño.

—Sí, muchas gracias, Karesh —respondo con la cuchara flotando ante mi boca.

—No dejes que te interrumpa —me pide, devolviéndome la sonrisa—. Solo venía a decirte que tu presencia ha sido solicitada en la cubierta principal a lo largo del día. Se servirá un desayuno tardío por si deseas comer algo más. Lleva el bañador. Encontrarás todo lo necesario en tu camarote, pero si no fuera así, házmelo saber de inmediato y me encargaré de que lo recibas.

Me limito a asentir con la cabeza y a sonreír de nuevo, mi mente ya da vueltas sobre qué podría significar todo esto.

¿Para qué me han convocado? ¿Quién ha solicitado mis servicios? ¿Qué esperan de mí?

Como si las preguntas fueran visibles en mi expresión, Karesh me aprieta el hombro de forma reconfortante.

—No le des demasiada importancia. Solo tienes que asistir y divertirte. Después de todo, este es un crucero de placer.

Con una palmadita en el hombro, Karesh asiente de nuevo antes de darse la vuelta para irse, como si sus palabras lo explicaran todo en vez de empeorarlo.

¿Un crucero de placer? ¿Para quién? No para mí, estoy aquí para trabajar. Nada más.

Cada vez más molesta, tiro los cereales sin comerlos, lavo el recipiente y regreso a mi camarote para examinar el armario a rebosar. No es hasta que abro los cajones de la parte inferior que veo, entre otras cosas, los bañadores que Reese me ha proporcionado con tanta generosidad. Por supuesto, son mucho mejores que los que me he traído, aunque un par son bastante más reveladores que cualquier cosa que me haya puesto. Toco las lentejuelas y la intrincada pintura de las prendas mientras pienso qué debo ponerme.

Mi mirada regresa una y otra vez a un remolino azul, parecido al plumaje de un pavo real. Lo saco del armario y busco un top de flores con un pareo a juego en tonos verdes y azules. Me lo pongo, notando la forma perfecta en que se ajusta a mi cuerpo antes de recogerme el pelo en la parte superior de la cabeza y calzarme unas sandalias verdes con pedrería. Incluso hay gafas de sol en un cajón, así que elijo unas y me las pongo. Como si algo pudiera ocultarme de la mirada de Reese.

Recuerdo las instrucciones de Brian para orientarme una vez que salgo del camarote: izquierda-derecha-izquierda. En efecto, mis pasos me llevan directamente a las puertas que conducen a la cubierta superior.

Reese está sentado en la zona cubierta del bar que se encuentra detrás de la pequeña piscina y el jacuzzi. En cualquiera de los extremos hay cuencos y platos,

apilados y rebosantes de comida. A su lado está Hemi. Sloane y Sig están sentados al otro lado de la mesa.

Me ve en el mismo instante en que piso la cubierta. También lleva gafas de sol, pero juraría que sus ojos se encuentran con los míos detrás de los cristales. Lo observo, sintiendo que me falta la respiración cuando curva los labios en una sonrisa, se levanta y se dirige hacia mí.

No puedo dejar de mirarlo, admirando una vez su forma de caminar, como un león perezoso. Tiene un bañador un par de tonos más oscuro que sus ojos y una camisa blanca desabrochada que revela su amplio pecho y sus marcados abdominales. Está despeinado por el viento y lleva la mandíbula cubierta por una barba incipiente. A pesar de lo guapo que me parecía cuando éramos más jóvenes, el atractivo que destila ahora deja a su yo más joven a la altura del betún. Ahora representa la perfección física.

Coge mis dedos con una de sus grandes manos y se lleva los nudillos a los labios.

—Estás preciosa —me dice por lo bajo, frotando el pulgar rítmicamente entre dos de mis dedos. La acción hace que me recorra un escalofrío, y me tensó para contenerlo.

Reese sonríe; una sonrisa diabólica que me hace preguntarme si conoce la forma en que me afecta. Porque lo sabe. Estoy segura.

Arranco mis dedos de los suyos y fuerzo una sonrisa.

—Dime, ¿por qué estoy aquí?

—Porque quiero que estés aquí.

—¿Para qué? —Sé que es una pregunta capciosa, pero quiero que Reese se muestre claro ante mí. Me siento mejor si me muestro un poco descarada y difícil.

Me siento más fuerte y controlada si soy yo la que coge al toro por los cuernos, por así decirlo.

—Para hacerme compañía.

—Parece que tienes ya mucha —comento, señalando con la cabeza a su familia, que sigue sentada a la mesa, fingiendo no vernos.

—Pero no son la que quiero.

—¿Esto forma parte de mi trabajo?

—Tu trabajo es entretener a la gente que disfrute de este crucero. Y eso me incluye a mí.

Busco sus ojos. Disfruta teniéndome a su completa disposición. Y aunque una parte de mí se excita ante la idea, otra quiere alejarse de él y del dolor que me provocó una vez. Sin embargo, me recuerdo a mí misma que este es un medio para un fin. Un final que podría ser muy dulce para mí. Con esto en mente, le brindo una brillante sonrisa.

—Entonces, adelante.

Él no hace ningún comentario. Solo arquea una ceja y extiende un brazo hacia el bufé del desayuno dispuesto en la barra. Respiro hondo y lo precedo, concentrándome en mantener la sonrisa ante las curiosas miradas de Sloane y Hemi y la más complacida de Sig. Al mismo tiempo, siento los ojos de Reese clavados en la espalda, calentando mi cuerpo.

Durante todo el día me han tratado como a una princesa. No he tenido que hacer nada, he comido las más increíbles viandas imaginables y he bebido los más deliciosos cócteles del planeta mientras escuchaba a los Spencer y los Locke contar historias sobre su vida y su infancia. Y durante este tiempo, Reese nunca se ha alejado de mi lado.

Apenas ha apartado los ojos de mí en ningún momento. Se ha tendido a mi lado en la cubierta, se ha bañado conmigo en la piscina, ha disfrutado del hidromasaje del jacuzzi a mi lado y ha utilizado todas las excusas posibles para tocarme. Y cada vez que lo ha hecho, ha conseguido que sea menos inmune a él.

Tampoco es que sea realmente inmune a sus caricias. Solo se trata de que veo más al chico del que me enamoré en los ojos del hombre poderoso en el que se ha convertido.

Acabamos de terminar una merienda ligera a base de fruta fresca y queso, acompañados por una especie de limonada con ron que hace que la cabeza me dé vueltas. Eso, junto con el brillo y el calor del sol, hace que me sienta feliz y un poco somnolienta.

Atontada, alzo la cabeza desde el sillón acolchado cuando cae sobre mí una sombra. Es Reese, que se había excusado un momento antes y ya está de vuelta.

—Si vas a tomar el sol, necesitas echarte protector solar. Estás comenzando a ponerte roja.

—Oh —suspiro, no demasiado preocupada. Soy morena de tez, así que no me quemo con facilidad—. Lo haré dentro de unos minutos.

Sin añadir palabra, Reese se da la vuelta y camina al interior, regresando a los pocos segundos con un tubo blanco.

—Venga —dice, sentándose en el borde de mi hamaca a la altura de mi cintura—. Déjame...

Se me ocurre que debería declinar su ofrecimiento con suavidad, pero no es un pensamiento demasiado persistente en la cálida miel que inunda mi cerebro, así que lo paso por alto. Miro cómo Reese abre la tapa para verter un poco de loción en su palma antes de frotarse las manos. Cuando su piel entra en contacto con la mía, dejo salir un suspiro como si fuera una ligera nube que el viento se lleva.

Cierro los ojos, arrullada por la voz profunda de Hemi, que habla con su novia y su cuñado mientras Reese desliza los dedos desde mi hombro a mi muñeca, cubriendo mi brazo con una capa de crema. Siento el cosquilleo de su cadera contra la mía cuando se inclina sobre mí para darle el mismo tratamiento al otro brazo. Después de una breve pausa, durante la cual puedo oír cómo abre y cierra el tubo de loción, siento su mano justo debajo de mi garganta mientras frota el bálsamo perfumado contra mi piel.

Reese baja la palma de la mano poco a poco, igual que ha hecho en mis brazos, y roza mi pecho de un lado a otro hasta que llega al borde superior del bikini. Contengo el aliento cuando noto que está muy cerca. Deliberadamente, desliza los dedos por debajo del borde del material elástico y roza la piel de mis pechos. Abro los ojos de golpe cuando siento que mis pezones se convierten en apretadas protuberancias.

Los ojos de Reese están clavados en mí. No está viendo lo que hace ni cómo reacciona mi cuerpo, sino que me mira a mí. Observa mi reacción en mi rostro, en el temblor de mis labios y en el rosado rubor que sé que cubre mis mejillas.

Sin apartar la mirada de mis ojos, Reese vierte más loción en su mano y la coloca sobre mi vientre. Una vez más, sus dedos coquetean con el borde de la parte superior del bikini, jugueteando por debajo de mis senos y provocando un sordo latido entre mis piernas. Nos miramos el uno al otro mientras sigue hacia mi estómago. Mueve su piel sobre la mía hasta que rodea mi ombligo.

Su mano patina sobre la curva de mi cintura, hacia abajo, hacia mi espalda por los costados antes cruzar de nuevo sobre el vientre y dirigirse a la banda que cubre mis nalgas. Los músculos se tensan cuando Reese da la vuelta a la mano, con los dedos apuntando hacia abajo, y desliza la punta de ellos debajo de la tela del traje de baño. Quiero echar un vistazo hacia la izquierda para saber si los demás nos están mirando, pero no puedo dejar de estudiar las chispas que arden en sus iris azul verdosos. Sé que el cuerpo de Reese oculta el mío de los demás, y eso provoca que sienta un aleteo en mi vientre.

Me humedezco los labios cuando leo ese conocimiento en los ojos de Reese. Sabe que estoy excitada. Sabe que él me excita.

—Si estuviéramos solos, extendería esta loción por cada sedoso centímetro de tu piel —susurra Reese. Lo escucho porque tengo el oído afinado para escuchar su voz por encima de cualquier otro sonido del mundo—. A menos que desees que lo haga igualmente, sin importar quién esté mirando.

Una luz malvada parpadea en sus ojos, y, por espacio de un suspiro tembloroso, sopeso permitir que lo haga. Pero luego mi nublada mente registra la ausencia repentina de voces y me doy cuenta de que la conversación que mantenían se ha detenido.

Es necesario que recurra a toda mi fuerza de voluntad para alejar los ojos de Reese y mire al trío sentado a mi izquierda. Hemi y Sloane se miran el uno al otro sonrientes. Sig tiene los ojos abiertos como platos y clavados en mí.

—¡Mierda! ¿Cómo me he perdido la parte de la protección solar? Yo soy el próximo —dice con cómico entusiasmo dando una palmada y levantándose de su silla. Hemi y Sloane se ríen.

El momento se ha perdido, por lo que rodeo la amplia muñeca de Reese con los dedos y detengo el movimiento de su mano. Es como si envolviera una barra de acero. Sé que si Reese no quiere parar, no hay nada que pueda hacer al respecto. Y la firmeza de su mandíbula me lo confirma. Sin embargo, respeta mis deseos y permite que lo separe. Percibo el pesar de su expresión, un sentimiento que por mucho que lo lamente tiene eco en mi propio ser. Tomo nota mental para no beber alcohol cuando esté con Reese. Es evidente que no puedo permitirme el lujo de bajar la guardia ni por un segundo.

—Nunca llegarás a bailar para nosotros si te conviertes en cenizas —añade Sig mientras lo miro.

—No podemos permitirlo —confirma Reese, que sigue sin apartar la vista de mí—. Sobre todo porque esta noche bailará.

Sig lanza un grito de emoción que me arranca una sonrisa. Me siento y me alejo de Reese para poder recuperar algún tipo de compostura y aclarar mis pensamientos. Eso no alivia por completo el efecto que tiene sobre mí.

—Pensaba que no disfrutaríamos del entretenimiento, porque no somos clientes.

—Normalmente ese sería el caso —responde Reese. Sé que sigue con los ojos clavados en mí—. Kennedy es la única bailarina a bordo, pero estoy seguro de que puede ofrecernos un número que compense a los demás.

—Claro que puede —conviene Sig de forma imperativa.

Me aclaro la garganta.

—Bueno, si ese es el caso, será mejor que baje y empiece a prepararme.

Reese me pone una mano en el brazo para detenerme.

—No he dicho que vayas a hacerlo ahora.

—Es que necesito tiempo para prepararme —respondo, alejándome.

—Todavía faltan muchas horas.

Me pongo en pie y trato de librarme de la desconcertante red que se ha ingeniado en tejer a mi alrededor.

—Será la primera vez que baile aquí. No sé dónde está el material.

—Yo te daré todo lo que necesites —responde en voz baja.

—No. Tú te quedas con tus invitados. Recurriré a Karesh.

Antes de que Reese pueda seguir discutiendo, Sig nos interrumpe.

—No olvides para quién bailarás esta noche —se burla con un guiño.

Puedo sentir los ojos de Reese clavados en mí.

—Oh, no lo haré —respondo.

Cuando regreso a mi habitación, tomo la ruta que seguí la primera vez que salí de los alojamientos de la tripulación, a través de la cocina. Hay allí cuatro personas, todas con gorros de cocinar y delantales, concentradas en los fogones, sobre los que seguramente estarán preparando la cena. El tipo al que vi ayer, el que supuse que era el chef, con un alto gorro blanco sobre unos rizos de color rojo oscuro, levanta la mirada de la carne cruda que está examinando y me sonríe.

—¿Puedo ayudarla? —me pregunta de forma cortés.

—Me preguntaba si podría conseguir una botella de agua para llevármela a mi camarote. Entre el sol y las bebidas... —Sacudo la cabeza dejando la frase inconclusa. El chef se limpia las manos y se acerca hasta donde estoy.

—Eres Kennedy, ¿verdad? —pregunta sin dejar de sonreír mientras llega hasta mí.

—Sí —respondo. Sus ojos castaños son amables y cálidos—. Creo que no nos han presentado.

—No, no lo han hecho, pero Brian me ha hablado de ti. Soy Lee Howard, el chef. Es un placer conocerte.

Me tiende la mano y se la estrecho con firmeza.

—Es un placer también para mí, Lee.

—Técnicamente toda la tripulación debe obtener sus suministros en la cocina de la zona de servicio —me susurra con complicidad tirando de mí para acercarme—, pero esas mejillas sonrosadas me indican que necesitas cosas todavía mejores.

—Oh, lo siento. No... ni siquiera se me ocurriría... —Ahora me siento idiota por haberme detenido aquí como si perteneciera a la gente de la cubierta en vez de a las abejas obreras de abajo. Extiendo la mano para detenerlo cuando se vuelve hacia un frigorífico enorme—. La conseguiré allí abajo. Lo siento mucho.

Hace un gesto quitándole importancia y continúa rebuscando en el refrigerador.

—Ten —me dice al tiempo que me entrega un brillante botellín de agua con gas que seguramente cuesta veinte dólares en lugar de las botellas de cincuenta centavos que disfruta la tripulación.

—No, no puedo. De verdad. No sería correcto.

—Venga, cariño, disfrútala mientras puedas. —Lee me pone la botella en la mano y me hace girar hacia la salida que me llevará a mi camarote—. Ven a hablar conmigo cuando quieras. Cualquier amigo de Brian es amigo mío.

Echo un vistazo por encima del hombro para verlo y él me sonríe y hace un gesto con la mano antes de dirigirse de nuevo al otro lado de la cocina para volver a comprobar la carne.

«Comprobar la carne... Eso suena mal», pienso, riéndome para mis adentros antes de abrir el botellín y beber un poco de agua por los pasillos que llevan a mi habitación.

Una vez dentro, el tenue frescor del interior del camarote me impulsa a dejarme caer sobre la cama y dar unos cuantos sorbos de agua, disfrutando de la luz que brilla sobre mi cabeza mientras pienso en lo que ha ocurrido a lo largo del día.

Reese se ha mostrado encantador y atento, provocativo y sexy. Me ha tratado como una piedra preciosa... igual que hacía antes.

Frunzo el ceño ante los amargos pensamientos que me invaden, pensamientos de todas las fantasías que tenía con él, lo que ocurrió en realidad y cómo se marchó sin decir palabra... Y lo que pasó después. Vuelvo entre el resplandor del placer y los oscuros recuerdos cuando escucho un golpe en la puerta. El corazón se me acelera en el pecho y noto un burbujeo de excitación en el estómago.

Me incorporo en la cama y me apresuro hacia la puerta, deteniéndome solo un segundo para respirar hondo y borrar cualquier emoción de mi expresión antes de abrirla. No quiero que Reese piense que me siento feliz de verlo.

Sin embargo, al otro lado de la puerta no está Reese, sino Karesh. Me trago mi decepción y la oculto tras una sonrisa cortés.

—Hola, Karesh.

Él asiente con la cabeza.

—Hola, Kennedy, ¿puedo pasar?

—Por supuesto —indico, dando un paso atrás para permitir que acceda al interior del camarote. Por un momento, considero ocultar la valiosa botella de agua, pero ya es demasiado tarde. Sus perspicaces ojos han tomado nota de ello. O al menos eso es lo que me indica mi intranquila conciencia.

—Las bebidas y el sol... —me disculpo con una sonrisa, inclinando la botella como si no hubiera razón alguna para ocultarla. Karesh se limita a sonreír.

—Me han dicho que bailarás esta noche. Si tienes alguna duda, por favor, pregúntamela.

—Oh... —digo, sintiéndome idiota por todo el asunto del agua—. Sí, por supuesto. Creo que puedo encontrar todo lo que necesito.

—El escenario está justo debajo del salón. Debes estar preparada a las nueve.

—Eso no será problema.

—Si me indicas qué música te apetece bailar, se la comunicaré a Armand. Es el chico que lleva el sistema de sonido del barco.

—Está bien. Mmm..., creo que voy a inclinarme por *Feelin' Good* de Michael Bublé, si la tiene.

—Si no, puede conseguirla. Podemos adquirir prácticamente cualquier cosa que quieras o necesites. Si no es inmediatamente, en un par de días, dependiendo de dónde se encuentre la embarcación.

Asiento con la cabeza.

—Creo que tengo todo lo necesario, pero gracias.

—Además... —comienza Karesh, aunque se interrumpe para aclararse la garganta—. El señor Spencer quería que te entregara esto.

Karesh me tiende un sobre blanco. Lo cojo, con ganas de saber qué quiere Reese que tenga con tanta formalidad.

—Gracias.

Asiente de nuevo.

—También ha solicitado tu presencia en la cena de esta noche.

La sangre inunda mi cara y se acelera en mis venas. Es placer, así de simple. Por mucho que me disguste, que Reese esté pendiente de mí me hace feliz.

—¿A qué hora? —pregunto, esperando que Karesh no note mi alegría.

—A las siete.

Asiento con la cabeza.

—Si necesitas algo, recuerda que estoy al otro lado del 300. En cualquier caso, te dejo con tus preparativos.

—Gracias.

Es el turno de Karesh de asentir de nuevo, ya que da la vuelta y sale de mi camarote. Es tan formal que me hace sentir basura. Por suerte, crecí codeándome con gente rica, así que no es nada nuevo. Al menos sé comportarme, porque estoy acostumbrada a ello.

En cuanto cierro la puerta y escucho que sus pasos se desvanecen, desgarro el sobre y extraigo una hoja de papel doblada. Impreso en la parte superior está el nombre completo de Reese seguido del nombre de un médico y la dirección de un laboratorio. Debajo están los números que identifican al paciente y una larga lista de pruebas con el enunciado a la izquierda y el resultado a la derecha.

Abro la boca. Son pruebas para verificar si se padecen enfermedades de transmisión sexual. Son todas negativas, lo que es genial, pero en ese momento no podría importarme menos. La furia me calienta la piel y mi sangre se inunda de adrenalina.

¿Cómo se atreve? ¿Cómo se atreve ese imbécil presuntuoso a entregarme los resultados de sus pruebas a través de su lacayo como si acabar en su cama fuera una conclusión inevitable?

—Puede congelarse el infierno antes de que cene con él esta noche —murmuro mientras me acerco al teléfono que hay junto a la cama para marcar con rabia el tres y los dos ceros.

—Karesh — responde su voz al instante.

—Hola, soy Kennedy. Pensándolo bien, no creo que sea capaz de asistir a la cena de esta noche.

—¿Te encuentras mal? — pregunta.

Reprimo una risa amarga y me abstengo de dar explicaciones detalladas sobre lo mal que estoy. Pero Karesh no quiere saber si mi humor es malo, sino si estoy enferma de verdad.

—No, pero he bebido un poco de más y quiero estar despejada antes del número.

Aunque me encantaría darle a Karesh un mensaje envenenado para Reese, sé que es algo que no lograría transmitir de forma adecuada. No, es algo que tendré que decirle cara a cara. Y, por el momento, me recreo en eso durante el resto del día; esta noche me sentiré más que feliz de hacerle ver su estupidez.

—Muy bien. Se lo diré al señor Spencer.

—Gracias.

Si Reese quiere disfrutar de un número esta noche, voy a satisfacerle. Un espectáculo adecuado para sus huéspedes. Como estoy contratada para hacer. Va a darse cuenta de que no soy suya, y nunca lo será.

Reese

He tenido que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no acudir antes al camarote de Kennedy. No ocurre a menudo que tenga que esperar para conseguir lo que quiero, pero Kennedy es diferente. Tuvimos una historia. Una historia importante. Y ella está determinada a dejar que se convierta en un problema. A pesar de que no me gusta y de lo difícil que me resulta avanzar despacio, estoy decidido a hacer lo que sea necesario para volver a tenerla en mi cama. Lo que comenzó como un simple deseo se ha convertido en una obsesión. Se ha metido bajo mi piel, en mi sangre, y no me voy a sentir satisfecho hasta que me hunda en su cuerpo, apretado y mojado.

Cuando por fin llegan las nueve y estamos reunidos en la sala de espectáculos, rodeados de paredes cubiertas de terciopelo y envueltos en el resonante latido de la música, me siento ansioso y listo para actuar.

Con una despreocupación que desmiente el remolino que bulle en mi interior, alargo las piernas, cruzo los pies y degusto mi copa de whisky de setenta años sin alejar los ojos del telón a través del cual surgirá Kennedy en cualquier momento. Cuando las luces se apagan y la música se desvanece, me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración con anhelo y suelto el aire lentamente.

La voz de Michael Bublé comienza a resonar en los altavoces. Todos permanecemos expectantes a que Kennedy aparezca..., solo que no lo hace. Suenan las primeras líneas de la canción y no hay ni rastro de ella. El telón se abre muy despacio y aparece una silla con respaldo recto sobre el brillante suelo del escenario. Pero Kennedy no está.

La voz del cantante eleva el tono a mi alrededor, haciendo crecer con ella mis expectativas. Entonces, cuando la música comienza a acompañar al solista con un estruendo, el telón se abre del todo con brusquedad y aparece ella. Lleva un nuevo sombrero. Uno de copa alta, negro, colocado en un ángulo arrogante que deja su rostro en sombras. Se complementa perfectamente con la camisa y la chaqueta de esmoquin que está usando.

Al ritmo de la música, Kennedy pasa junto a la silla, rodeándola hasta ponerse detrás para arrastrarla con ella cuando se acerca al centro del escenario. Cuando el ritmo se sosiega, Kennedy posa la silla, levanta una de sus largas piernas y planta un vertiginoso tacón en el asiento. De cintura para abajo solo lleva unas bragas negras que se vislumbran de vez en cuando. Nunca le había querido arrancar a alguien un esmoquin, pero ahora sí. Más de lo que me resultaría cómodo admitir.

La veo doblar la parte superior de su cuerpo sobre la pierna, y arrastra los dedos de las manos desde el tobillo hasta lo alto del muslo, empujando las colas del esmoquin hacia atrás para insinuar las curvas rotundas de sus deliciosas nalgas. Gira sobre sí misma para sentarse remilgadamente en el borde de la silla antes de inclinarse hacia atrás y rozar el suelo, separando las piernas en un fluido movimiento antes de incorporarse. Entonces da la vuelta a la silla y la pone delante.

Durante poco más de tres minutos, la veo frotarse contra esa silla. Sus sinuosos movimientos me recuerdan a los de un gato cuando roza su cuerpo alrededor de las piernas de su dueño. No se arranca el sombrero hasta que el número toca a su fin, como aquella noche en el Exotique, cuando lo lanzó a la multitud.

Solo que esta vez se lo tira a Sig.

El cabello flota alrededor de su rostro, pero no lo oculta, así que puedo ver con claridad la sonrisa que le brinda. Y también soy testigo de la mirada que le dirige mientras se tiende sobre la silla arqueando la espalda.

—Ven aquí y te ayudo con el resto —dice Sig, haciendo que tenga que apretar los dientes.

Kennedy le sonríe al tiempo que se humedece los labios con la lengua. Durante unos segundos, siento la tentación de levantarme, sujetar mi silla y dejarla caer sobre la cara de Sig hasta que escuche crujir sus huesos. Pero no lo hago. Solo Dios sabe cómo, pero no lo hago.

Cuando Kennedy termina su baile y se pasea de aquella manera despreocupada suya para salir del escenario a través del telón, estoy que echo humo. Me quedo sentado silenciosamente en mi asiento, escuchando los comentarios de Hemi y Sloane mientras pienso que será mejor que Sig mantenga la boca cerrada si sabe lo que le conviene.

—Me encantaría ser así de sexy —le dice Sloane a Hemi, sin dejar de admirar el número de Kennedy.

—Eres la mujer más sexy del mundo, nena. Si fueras tú la que hubiera estado bailando en ese escenario apenas cubierta con un esmoquin, ahora ya estarías desnuda. Cubierta solo por mí.

—¡Dios mío! ¿Por qué no os calláis? Estaba llevándolo bastante bien antes de que metierais esas ideas en mi cabeza —se queja Sig.

Cuando no puedo soportarlo más, me levanto de un salto y atravieso el escenario antes de que digan una palabra más. Recorro la brillante superficie negra a grandes zancadas y me cuelo entre las dos mitades del telón en busca de Kennedy. Solo que no está. Tras buscarla durante unos minutos en todos los lugares lógicos, me dirijo al pasillo que conduce hasta la parte de la embarcación donde se encuentran los camarotes de la tripulación. Cuando llego al suyo y levanto el puño para golpear la puerta, sigo invadido por la ira.

Kennedy

Decido no responder a la primera tanda de golpes en mi puerta, pero la segunda es tan intensa como para que la madera vibre sobre sus goznes, así que imagino que será mejor que la abra antes de que la destroce. Lo último que necesito es que me echen la culpa de que Reese haya derribado la endeble puerta del camarote.

Me acerco y la abro dispuesta a reprocharle su comportamiento, pero me contengo al notar su furia.

Reese me agarra por los brazos y me arrastra contra su pecho al tiempo que me hace retroceder para entrar en el camarote, cerrando la puerta de una patada a su espalda.

—¿Qué coño ha sido eso?

Me niego a encogerme ante su ira. Me revisto de tranquilidad y de una actitud «no me importa lo que digas» que no siento y le sostengo la mirada.

—Un baile. He hecho mi trabajo, entreteniéndooos. Es para lo que me has contratado.

—No te he contratado para que te insinuaras a todos los hombres del barco —escupe él con furia.

—Pensaba que era parte de mi actuación. Lo mismo que esta tarde en la cubierta.

Sé que mis palabras le molestan cuando veo que en sus ojos aparece un brillo ominoso.

—Bien, entonces imagino que será mejor que saque el mayor provecho posible de tu trabajo.

Su voz tranquila, pero también más enfadada, estimula de nuevo mi propio temperamento.

—¿Por eso me has enviado esos análisis clínicos? ¿De verdad piensas que mi trabajo incluye acostarme contigo? Porque si ese es el caso, ya puedes ir dejándome en el próximo puerto, me las arreglaré para regresar a casa.

—Le indiqué a Karesh que te entregara esos resultados para que te sintieras cómoda cuando llegara el momento. Para cuando termines en mi cama —responde con énfasis—. Pero puedes estar segura de que cuando ocurra no será como parte de tu trabajo. Será porque no puedes soportar no sentir mis manos. Porque no puedes soportar no sentir mi boca en ti.

—Vas a cansarte de esperar, porque estoy genial sin sentir nada de eso.

—¿De verdad? —pregunta Reese con una extraña expresión en su rostro. Solo tardo unos segundos en darme cuenta de lo que es. Determinación. Reese piensa que estoy desafiándolo. Y sé, por el gesto de su mandíbula, que está más que dispuesto a aceptar el reto.

Su agarre se estrecha en mis brazos y me gira con él para apoyarme contra la puerta y apretar su cuerpo contra el mío. La acción me sobresalta y me hace jadear. Reese aprovecha que abro la boca para cubrir mis labios con los suyos.

En el instante en que su lengua roza la mía, pierdo la capacidad de pensar con claridad. Lo único que puedo hacer es sentir y recordar. El ataque es tan inesperado y a la vez tan familiar que mis sentidos se ven anulados por la tormenta.

Reese sigue teniendo el mismo sabor. Y el mismo olor varonil y limpio, que se esconde bajo el aroma de la colonia de marca. Y provoca en mí la misma sensación... ¡que Dios me ayude! Jamás he sido capaz de olvidar la forma en que su cuerpo se adapta al mío. Cada plano, todos los músculos rígidos presionando contra mi suave carne, calentándola. Excitándola.

Reese inclina la cabeza hacia un lado, profundizando el beso mientras desliza los dedos por mis brazos para entrelazarlos con los míos y subir nuestras manos enlazadas por encima de mi cabeza, contra la puerta. Se inclina más sobre mí, clavando su erección en mi vientre. Mi cabeza da vueltas vertiginosas cuando él libera mis manos para poder bajarme el esmoquin por los hombros.

Sus labios y su lengua me entretienen mientras sus dedos liberan los pequeños botones de la camisa. No sé cuándo comienzo a enredar los dedos en su pelo, pero de pronto soy consciente del sedoso contacto que me recuerda otros besos tan apasionados como este, hace ya mucho tiempo.

El primer roce de las manos de Reese contra la desnuda piel de mi abdomen casi hace que intente zafarme de él, pero luego me rodea la cintura para ahuecarlas sobre mis nalgas y me alza contra él. De forma automática, rodeo sus caderas con las piernas, buscando el contacto más íntimo y perfecto. Reese gime contra mis labios, lo que provoca una explosión en mi núcleo.

El placer lo invade todo. Su beso se intensifica, su cuerpo hace vibrar cada célula del mío. Dejo caer la cabeza hacia atrás de forma involuntaria para darle mejor acceso a mi cuello. Sus labios trazan un recorrido desde mi oreja hasta mi clavícula y comienzo a caer, a caer sin fin.

Siento el colchón contra mi espalda en el mismo momento en que Reese separa la camisa y cierra los labios sobre mi pezón. La humedad y el calor de su lengua atraviesa la fina tela del sujetador, haciéndome gritar y apretar su cabeza contra mi pecho mientras él mueve las caderas entre mis piernas abiertas.

Pero entonces, con la misma rapidez que ha empezado, todo se acaba. Reese levanta la cabeza para mirarme fijamente a la cara. Su respiración es tan jadeante como la mía, y sus ojos brillan como piscinas líquidas en los magníficos rasgos de su cara.

—Jamás te he olvidado, Kennedy. Nunca he dejado de pensar en ti, en nosotros. Te deseo. Lo sabes. Y te prometo —dice al tiempo que inclina la cabeza para besarme en la barbilla— que conseguiré que seas tú la que venga a mí. —Flexiona las caderas como si estuviera en mi interior a pesar de la ropa que nos separa—. Eso sí, no luches contra ello demasiado tiempo.

Se apoya en los brazos para elevar su peso sobre mí y vuelve a rozar mis labios con los suyos otra vez y también el pezón, todavía dolorido. Luego se levanta de la cama y atraviesa el camarote y la puerta, que cierra con suavidad a su espalda.

Tres días después, por fin alcanzamos nuestro primer objetivo: Hawaii. El barco se ha transformado en un hervidero de entusiasmo y actividad.

En cuanto a mí, no sé qué hacer. No he visto ni oído a Reese esta mañana, así que no sé cuál es el papel que debo interpretar. Durante los dos últimos días, ha venido a buscarme tan pronto se despierta. Vamos al gimnasio y luego me lleva a cubierta con él durante el resto del día. Después, cada noche, viene a recogerme para la cena.

Hasta hoy.

Que todavía no lo he visto.

Me molesta sentirme decepcionada, echar de menos su visita. Me digo que solo me he acostumbrado, pero sé que es algo más. Tal y como ha prometido, Reese está tejiendo un hechizo sobre mí para que cada vez tenga más ganas de estar con él. No me ha pedido que vuelva a bailar desde la noche que vino a mi camarote. Cuando llega la hora de dormir, todas las noches permanezco despierta, preguntándome si vendrá a mí otra vez y pensando qué haré si es así. Luego, cuando no aparece, me muevo y doy vueltas en la cama hasta que el sol asoma por el mar, y él aparece de nuevo por la mañana.

Hasta hoy.

Justo cuando me estoy preparando para ir a entrenar con Brian, suena un golpe en la puerta. Sonríe de forma automática. Es decir, hasta que abro y veo a Sloane donde debería estar Reese.

Tiene los labios apretados y una expresión triste.

—¿Qué te ocurre? —pregunto, un poco alarmada.

Ella se acerca y me rodea con los brazos, estrechándome y apretándome con fuerza entre ellos.

—Me gustaría que vinieras con nosotros.

Sonrío, aliviada y halagada a la vez.

—A mí también, pero tengo que trabajar, así que...

Se echa atrás para mirarme, con la luz de la amistad brillando en sus ojos.

—Bueno, estoy segura de que volveremos a vernos. —Me guiña un ojo antes de cogerme de la mano—. Ven. Tienes que despedirte de Hemi y de Sig. De lo contrario, Sig estará quejándose el resto del viaje.

Me río y tiro de la puerta para cerrarla mientras me arrastra por el pasillo. He congeniado con Sloane desde que la conocí y voy a echar de menos su presencia a bordo.

Cuando llegamos a la parte superior de las escaleras, miro por la ventana y veo que Reese se aleja de Hemi y Sig. Estoy segura de que estaba despidiéndose de ellos. Clavo los ojos en el lugar por el que desaparece mientras recorremos el resto del camino bajo el sol, pero no hay señal de que vaya a regresar. Intento no sentirme decepcionada por ello.

Hemi espera con una sonrisa que lleguemos junto a ellos. Sloane se acurruca bajo su brazo como hace muy a menudo, y lo mira con adoración mientras él habla.

—¿Seguro que no quieres venir con nosotros? —pregunta—. Estoy seguro de que a Sig no le importará.

Lanzo una mirada de reojo a Sig, que sacude la cabeza con firmeza.

—No. Ni un poquito.

Sonrío. No puedo dejar de hacerlo cuando estoy con ellos.

—Supongo que será mejor que me quede a bordo. Tengo que trabajar.

—Y qué buen trabajo haces, si me permite decírselo, señora Moore —se burla Sig, atusándose un bigote imaginario.

—Admito que seguramente me aburriré mucho después de que os vayáis.

Noto la mirada que intercambian Hemi y Sloane.

—Mmm..., no creo que eso sea un problema —asegura Sloane—. Me da la impresión de que Reese te mantendrá muy ocupada. —Me guiña un ojo de forma tan exagerada que me hace reír, y acompaño su comentario con un gesto de la mano, aunque me siento secretamente emocionada ante su suposición.

—Ten cuidado —me dice Hemi, ya en serio—. Reese es un tipo bastante intenso.

—Lo sé. Hace mucho tiempo que lo conozco.

Cae sobre nosotros un extraño silencio hasta que Sig me rodea con sus brazos con fuerza.

—Cada vez que quieras viajar al sur, llámame. Te enseñaré lo que nunca has soñado —dice al tiempo que arquea sugerentemente las cejas.

Le doy un suave golpe en el brazo y me suelta. Todavía sacudo la cabeza ante sus bromas cuando los tres bajan del yate, dejándome sola hasta que lleguen nuevos clientes y alguien me diga qué demonios se supone que debo hacer.

Regreso a mi camarote. No llevo ni cinco minutos en el interior cuando vuelve a sonar un golpe en la puerta. Una vez más, la anticipación hace que me dé un vuelco el corazón, pero esta vez, cuando abro la puerta, veo a Brian de pie ante mí.

—Bienvenida a pasar un día en el bosque, Caperucita Roja —me saluda con una amplia sonrisa.

—¿Eh?

—Dado que no tenemos clientes hasta la noche, podemos dedicar el día a explorar un poco. ¿Tienes otros planes?

—Mmm... No que yo sepa.

—Bien, entonces recoge tus cosas. Te vienes conmigo —dice con entusiasmo—. Hay un par de lugares que nos gusta visitar en la isla cuando tenemos oportunidad, pero Lee no puede venir. Así que hoy serás mi acompañante. Ponte unos zapatos cómodos y coge un traje de baño. También necesitarás un sombrero y una toalla. Nos encontraremos en la cubierta superior dentro de veinte minutos.

Dicho eso, se inclina para besarme en la mejilla antes de alejarse por donde ha venido.

Agradezco que Brian y yo nos hayamos convertido en amigos tan rápido. Lo aprecio mucho. Y a pesar de que me alegra que me haya pedido que lo acompañe y poder visitar la zona con él, todavía me siento decepcionada de no haber sabido nada de Reese.

Mientras lleno una bolsa de playa con lo indispensable, que incluye una toalla, me digo que estoy en Hawái y que no necesito a Reese para pasar un buen rato o disfrutar de la belleza del lugar. Todavía sigo diciéndomelo cuando subo a la cubierta superior para reunirme con Brian.

Resulta que no divertirse con Brian es algo imposible. Lo que comenzó como una mañana tristonza se convierte en un hermoso día de excursión en Hawái. Lo primero que hace es conducirme hasta un jeep alquilado, en el que nos desplazaremos los kilómetros necesarios para realizar una ruta de senderismo que conduce a la cima del volcán Hualalai. Después, vamos de compras a Kailua Kona, y realizamos posteriormente un corto trayecto en bicicleta a una playa privada más allá de un bosquecillo cerca de la costa. Allí, nadamos en las aguas más increíbles de la tierra.

A medida que chapoteamos en las cristalinas aguas del Pacífico, la conversación se hace más íntima, incluyendo comentarios sobre nuestras respectivas vidas amorosas.

—Sí, Lee y yo solemos venir aquí. Es un lugar maravilloso para disfrutar de algo de tiempo a solas sin la mirada vigilante de otros miembros de la tripulación o de los jefes. —Me guiña un ojo con complicidad.

—Entonces, Lee y tú sois...

—¿Amantes? —pregunta con una sonrisa—. Sí, podría decirse que sí.

—No quería..., es decir..., no estoy acostumbrada a hablar de este tipo de cosas con nadie.

—¿No hablas con tus amigas de estas cosas?

Me encojo de hombros, centrándome en el movimiento de sus manos debajo de la brillante superficie.

—En realidad, no. Me resulta difícil abrirme a la gente.

—Bueno, entonces vamos a tener que trabajar la confianza, chica —dice Brian con rotundidad—. Ven —me dice, cogiéndome de la mano y arrastrándome hasta la orilla—. Vamos a liberarnos.

—¿Cómo vamos a liberarnos? —pregunto, clavando los talones en la arena para que no me lleve fuera del agua.

—Vamos a desnudarnos y a tomar el sol por todas partes.

Me echo hacia atrás, intentando soltar mi mano.

—Tienes que estar de broma. ¡No pienso quitarme la ropa en público!

Brian me lanza una mirada vacilante.

—No estamos en público —intenta convencerme, moviendo la mano para abarcar la playa vacía rodeada de árboles.

—Aun así...

—Aun así nada. Necesitas relajarte. Y yo soy la persona indicada para que lo consigas.

—No lo creo.

Brian se detiene de nuevo y me mira frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Has descuidado tu arreglo personal y escondes una trenza como la de Rapunzel en alguna parte?

No puedo evitar sonreír ante su expresión ofendida.

—Estás loco, ¿lo sabías? ¿Qué te pasa con los cuentos de hadas?

—No intentes cambiar de tema. Has despertado mi curiosidad. ¿Qué ocultas?

—Nada, por Dios.

—Bien. Entonces, vamos. Desnudémonos.

Me arrastra hasta las toallas y libera mi mano para comenzar a hacerlo. Lo observo bajarse el bañador con descaro; tiene un cuerpo de infarto. Me doy cuenta con rapidez de que es evidente que toma el sol desnudo con bastante frecuencia. No tiene ninguna marca más blanca por ninguna parte.

—Este es el Obispo —me indica cuando me pilla mirándole el pene.

Subo la vista a sus ojos mientras los labios se me estremecen por la risa.

—¿Llamas «Obispo» a tu... tu... pito?

—¡Pues claro! Si tuvieras un pito como este, ¿no le pondrías un nombre impresionante?

Dejo escapar una risita y asiento mirándolo.

—Seguramente.

La sonrisa que me devuelve es feliz y relajada.

—Ahora te toca a ti.

Como si supiera que su atención puede hacerme sentir incómoda, Brian se tiende sobre la toalla, cruza las manos detrás de la cabeza y cierra los ojos. Lo observo durante unos segundos, debatiendo conmigo misma si debo meterme de nuevo en el agua o tumbarme sin más sobre la toalla.

—Que tenga los ojos cerrados no significa que no sepa que todavía llevas demasiada ropa —canturrea, consiguiendo que ponga los ojos en blanco—. Y no hagas eso con tus grandes ojos verdes.

Eso hace que suelte una carcajada.

—¿Estás seguro de que los tuyos están cerrados?

—Hazlo de una vez, por el amor de Dios.

Suelto el aire con fuerza.

—De acuerdo, pero no vas a decírselo a nadie.

—No puedo hacer ninguna promesa. A fin de cuentas, voy a tener que vender tus atributos a los clientes.

—¡Ni hablar! —exclamo, llevándome los dedos a los lazos del bikini.

Brian se ríe.

—No lo haré. A menos que quieras que lo haga, por supuesto.

—No quiero —le aseguro al tiempo que me apresuro a soltar las lazadas del sujetador y la braga del bikini y a tumbarme en la toalla.

—De todas formas, dudo que fructificara.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que nuestro intrépido jefe sería capaz de cortar en pedacitos muy pequeños a cualquiera que se fije en ti y luego de tirarlos al mar.

Vuelvo la mirada hacia Brian. Él me está observando con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué dices eso?

—Chica, todo el mundo sabe que tiene algo contigo.

—No lo tiene.

Brian resopla.

—Lo que tú digas.

Cuando lo veo cerrar los ojos y volver la cara hacia el sol, me mordisqueo el labio.

—De todas formas, ¿qué es lo que te lleva a decir eso? —pregunto después de un minuto.

Brian curva los labios en una sonrisa.

—Lo conozco. Lo he visto con un montón de mujeres hermosas y sé cuándo desea a una. Y créeme, ese hombre te desea.

No es esa la respuesta que esperaba.

—Bien, pues será mejor que se vaya acostumbrando, porque no va a conseguirme.

—Mmm... Mmm... —masculla Brian—. Por cierto, buenas tetas.

Giro de golpe la cabeza para encontrarme a Brian sonriendo de oreja a oreja. Le golpeo el brazo, duro como una piedra.

—Se suponía que no ibas a mirar.

—Tenía que asegurarme de que no tenía necesidad de alquilar una podadora mientras estábamos aquí.

—Estás loco —aseguré con media sonrisa burlona.

Los dos permanecemos allí tendidos tranquilamente, disfrutando de la combinación de compañerismo y cálido sol, que resulta un eficaz relajante muscular. No pasa mucho tiempo antes de que comience a quedarme dormida. Es entonces cuando siento unos ojos sobre mí. La sensación es como un pequeño cosquilleo en la nuca. Cruzo los brazos protectoramente sobre mi pecho mientras me siento y miro alrededor. No veo a nadie. Parece que estamos solos. Pero cuando vuelvo a acostarme de nuevo en la toalla, me pregunto si Reese podría haber encontrado la manera de encontrarnos. Al pensar en él, mis pezones se erizan de forma automática. Imaginar su boca sobre mí provoca una reacción totalmente física.

Eso significa el final de cualquier clase de relajación que pudiera haber encontrado.

Reese

Es discutible que sepan que lo sé, pero soy plenamente consciente de la relación que mantienen Brian y Lee. Tendría que ser tonto para no darme cuenta. Un hombre tiene un sexto sentido para esas cosas.

Nunca he dicho nada porque no se ha convertido en un problema. Y espero que no lo llegue a ser.

Cuando fui a buscar a Kennedy a última hora de la mañana y no la encontré en su camarote, no tardé demasiado en descubrir que había bajado a tierra con Brian. Lee se sintió más que feliz de decirme adónde la había llevado Brian. No sé si es porque Brian se lo dijo o porque tienen algunos lugares especiales a los que van cuando no están trabajando. Sea como sea, la encuentro.

Escucho el murmullo de conversaciones y risas por lo bajo mientras recorro el camino en sombras que atraviesa la densa vegetación. Reconozco el tono más agudo de la voz de Kennedy, así que sé que estoy en el camino correcto. Esperaba encontrarla al llegar al final de la selva, pero nadie podría haberme preparado para verla desnuda en una playa de arena blanca, bañada por los dorados rayos del sol. Los celos se apoderan de mí cuando veo a un hombre a su lado.

El hecho de que Brian sea gay no supone diferencia alguna para mí. No quiero que ningún hombre disfrute de Kennedy a menos que ese hombre sea yo.

Mientras los miro, con mi ira cocinando a fuego lento, pensando cómo debo acercarme a ellos, Kennedy sigue tendida tranquilamente con expresión relajada, como si estuviera quedándose dormida. Dejo que mis ojos vaguen por su figura perfecta, con los altos pómulos vueltos hacia el sol. Los brazos junto a los costados. Los pechos, exuberantes y redondos, firmes en lo alto de su estrecha caja torácica. El estómago plano y las caderas suaves. El pequeño triángulo de vello entre sus delgados muslos. Nunca la he deseado más de lo que la deseo en este momento. Nunca.

Quiero tocarla..., acariciarla con mis manos y sumergir los dedos dentro de ella..., saborear su piel cremosa, sentir su líquido deseo bañando mi polla en el fondo de...

Ve el surco en su frente antes de que mueva la cabeza. Como si pudiera sentir mis ojos en ella, cruza los brazos sobre los pechos y se sienta para mirar a su alrededor. No puedo ver sus ojos porque tiene los párpados entrecerrados, pero me la imagino escudriñando el área para detectar la presencia de alguien. Cuando parece satisfecha, convencida de que siguen solos, se relaja de nuevo, dejando caer los brazos.

La saliva inunda mi boca cuando me imagino chupando uno de esos pequeños pezones rosados. Mientras observo, con el ceño fruncido, mi pene salta dentro del bañador.

Reprimo un gemido mientras lucho contra el impulso de acercarme a ella para lamer su piel caliente y chupar la humedad entre sus piernas. Pero eso no es algo que vaya a suceder hoy. No es como pueden discurrir las cosas en este momento, con Brian a su lado.

Además, quiero que sea ella la que me lo pida. Y eso ocurrirá pronto. Mucho antes de lo que ella piensa.

Kennedy

Me siento feliz y agotada en el momento en el que Brian y yo regresamos al barco. Se había desatado una tormenta, pero ya estábamos a bordo, por lo que nuestro día no se ha visto interrumpido en absoluto.

Me tiendo en la cama, poco dispuesta a permitir que desaparezca la sensación de bienestar que tengo desde que me relajé en la playa, cuando alguien abre la puerta de golpe, llevándome a un estado de alerta instantánea.

Incluso con la tenue luz de la única ventana del camarote puedo ver lo hermosa que es la mujer que acaba de aparecer ante mi puerta. Su pelo largo y ondulado de color canela enmarca el pálido óvalo de su rostro. Su boca en forma de corazón dibuja una pequeña O y es perfectamente distinguible su silueta de reloj de arena, que queda a contraluz por la iluminación del pasillo.

—¿Quién eres tú? —me espeta.

—Soy Kennedy —respondo, todavía intentando recuperarme del choque que supone su irrupción.

—¿Qué haces aquí?

—Es mi camarote.

—¿Desde cuándo?

—Desde la semana pasada, cuando salimos de Los Ángeles.

—Oh, bueno, es evidente que ha habido algún error —asegura con una sonrisa—. Ya me encargo de solucionarlo. No es importarte.

—¿Qué clase de error?

—Este camarote es mío. Siempre me instalo aquí.

—Nadie me lo dijo. Karesh me indicó que era aquí donde Reese deseaba que me alojara, así que...

Veo cómo arquea una ceja de fuego.

—¿En serio?

—Sí, pero si es tu camarote, estoy segura de que pueden instalarme en otro lugar.

La mera idea de verme atrapada en uno de esos diminutos cuartos compartidos sin ventana es suficiente para arrojar una oscura sombra sobre lo que hasta ahora era un hermoso día. Pero nunca había sido mi intención usurpar el lugar de nadie, solo cumplía órdenes.

—No me refería a eso. Este es el único camarote que dispone de una cama más grande y, bueno..., ya sabes..., a Reese le gusta venir a visitarme.

Veo su sugerente guiño. Y el estómago se me revuelve en consecuencia.

—¡Oh! Entiendo.

—Sí...

—Bien, en ese caso, permite que llame a Karesh y que me busque otro camarote. No me llevará demasiado tiempo recoger mis cosas.

—Está bien —dice la joven con expresión feliz mientras entra en el camarote arrastrando su maleta—. Por cierto, me llamo Amber.

—Un placer conocerte, Amber —digo de forma automática, tratando de imprimir una pizca de sinceridad en mi voz, aunque sea falsa. Cruzo la sala tras la estela de su perfume de marca y cojo el teléfono para llamar a Karesh.

—¿Qué haces a bordo? —me pregunta Amber mientras se apoya contra el armario.

—Bailo —respondo al tiempo que escucho el timbre de la línea del teléfono.

Amber abre el armario y la escucho jadear.

—¿Todo esto es tuyo? —se interesa justo en el momento en que me responde Karesh.

—Hola, Karesh. Estoy segura de que estás ocupado en este momento, pero ¿sería posible que me encontraras otro camarote? Es evidente que este pertenece a Amber.

—No, Kennedy. El señor Spencer me pidió que te instalara en ese.

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas al recordar el razonamiento que ha esgrimido Amber de por qué Reese quiere que ella ocupe este camarote. Todo forma parte de sus planes para acostarse conmigo. Eso es todo. Nada más. No tuvo la consideración de ofrecerme un poco de intimidad, ni tuvo en cuenta que pueda disponer de una ventanita o que este lugar sea más cómodo. No es producto de un tratamiento especial debido a lo que compartimos hace tanto tiempo. No, era solo una maniobra conveniente para él.

«Bien, antes muerta que convertirme en una conclusión inevitable».

—Karesh, no trato de complicarte la vida ni nada, pero como no me encuentres ya un camarote, lo buscaré por mi cuenta.

—Voy a hablar con el señor Spencer de nuevo. Hasta entonces, quédate ahí.

Cuelga antes de que pueda hacer ningún comentario más. Miro el aparato durante un par de segundos antes de ponerlo en la base. Miro a Amber; sigue delante del armario abierto con una mirada un tanto agitada.

—Así que eres la de turno.

—¿Cómo?

—Que eres la que recibe ahora sus favores. Ya hubo otra antes, pero no duró mucho. Volvió conmigo antes de que pasara una semana.

No sé si Amber trata de retorcer el cuchillo que me ha clavado, pero, si es así, sin duda lo consigue.

—Bueno, no necesitas preocuparte por mí. No tengo intención de ser la próxima en su larga lista de conquistas. —Hago una pausa, sintiéndome culpable de cómo han debido de sonar mis palabras—. Sin ánimo de ofender.

—No me he sentido ofendida. Reese es un hombre que vale la pena. Si no lo sabes a estas alturas, peor para ti. Pero ya te digo de antemano que estoy dispuesta a luchar por él.

—No vas a tener que hacerlo. No tengo interés ninguno. Ninguno en absoluto.

—Cariño, es lo que yo pensé al principio. Igual que todas las demás. Me gradué con honores en Stanford y provengo de buena familia. De una familia bien de Boston. No soy una rubia tonta. Podría vivir de forma muy agradable sin ningún hombre. Incluso como bailarina. Pero cuando conocí a Reese..., bueno, ya sabes. Es el tipo de hombre que lo cambia todo. Sé que alguno de estos días sentará la cabeza, y te aseguro que quiero que lo haga conmigo.

—Entonces, te deseo buena suerte —digo, luchando contra las ganas de vomitar encima de su hermoso vestido violeta. Paso ante ella para recoger mi maleta del pequeño cubículo a los pies de la cama. Empiezo a abrir cajones y a lanzar la ropa dentro de ella—. Vaciaré el resto del armario en cuanto encuentre otro camarote.

—No hay prisa. Te ayudaré a encontrar otro vacío. Quizá no tengas que compartirlo con nadie.

Amber me dirige una cálida sonrisa y me ayuda a vaciar el último cajón y apila de forma ordenada mis camisetas en un rincón de la maleta. Cojo mis artículos de higiene personal del lavabo y los dejo caer en el interior de un neceser que guardo en la maleta antes de cerrarla. Amber coge el asa y la deja en el suelo.

—Déjala aquí mientras echamos un vistazo. Puedes volver luego a por ella. Se supone que debo presentarme a la cena dentro de una hora, así que todavía

dispongo de mucho tiempo. Y luego tengo que bailar.

El corazón se me hunde más cuando escucho esta noticia. No he sido solicitada en la cena ni tampoco me han comunicado que debo bailar. Pero, claro, teniendo en cuenta la llegada de Amber, tampoco debería estar sorprendida. Le dirijo una temblorosa y agradecida sonrisa. Ella me la devuelve al tiempo que enlaza su brazo con el mío como si fuéramos amigas íntimas y nos ponemos a buscar un nuevo hogar para mí.

Reese

Cada minuto que pasa sin que reciba ninguna señal de Kennedy me pone más y más furioso. Le he dicho a Karesh que la avise de la cena, sin embargo, ella no ha aparecido. Cada vez me resulta más difícil relacionarme con mis invitados y ocultar mi creciente descontento.

—¿No te parece, Reese? —pregunta Amber desde el otro lado de la mesa. Concentro mi atención en ella mientras me devano los sesos tratando de encontrar alguna pista sobre qué versaba la conversación. Me guiña uno de sus ojos azul violeta al tiempo que curva los labios en una sonrisa, que no aprecio como haría normalmente. Kennedy es la única mujer que ocupa mi mente.

—Disculpa —le digo. Deslizo la silla hacia atrás y dejo la servilleta a un lado cuando me levanto de la mesa.

Cuando llevo recorrida la mitad de la habitación, siento una mano en el brazo. Me vuelvo y veo que Amber me ha seguido.

—Ahora no, Amber —la corto.

—¿Estás buscando a Kennedy? —pregunta.

Frunzo el ceño.

—¿La has conocido?

—Sí, antes.

No tengo que adivinar lo que significa eso.

—¿Qué le has dicho? —Mi irritación va en aumento. Sé que las mujeres pueden llegar a ser muy maliciosas. Estoy seguro de que le ha pintado el peor panorama posible, y adivino que ella es la culpable de la ausencia de Kennedy.

Amber arquea las cejas.

—Estaba en mi camarote. Se ofreció a trasladarse a otro, así que la ayudé. No ha habido ningún problema. No le he dicho nada.

—Ese camarote no es tuyo, y no eres quién para asignar nuevas cabinas —escupo con irritación.

—Ya veo. Pensaba que había sido un malentendido. Y ella no se opuso. No es que la echara.

—Oh, sí, estoy seguro de que no se opuso. —Me duele la mandíbula de apretar tanto los dientes—. ¿En qué camarote está?

—En el cuatro. Justo al lado de la cocina. Traté de encontrarle uno que no tuviera que compartir, y ya sabes que todo el mundo odia estar al lado de la cocina.

—Claro, tenías que ponerla ahí. —Cierro los puños con fuerza.

—No fue así. Trataba de ayudarla —se defiende Amber—. Ve a buscarla si tan preocupado por ella estás.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer. Y a partir de ahora, mantente lo más alejada de ella posible.

Amber me observa con una mirada penetrante durante varios segundos antes de asentir dos veces con la cabeza y, sin decir palabra, se da la vuelta para alejarse.

Furioso, me dirijo a las escaleras para ir a las habitaciones de la tripulación. Cuando llego al camarote cuatro, la puerta está cerrada. Respiro hondo, intentando controlarme para no perder los estribos y echar abajo la maldita puerta de una patada.

Llamo y espero una contestación, aunque no recibo ninguna. Eso solo consigue que me enfade más. Insisto, de nuevo sin respuesta.

—Kennedy, sé que estás ahí —adviento.

Vuelvo a golpear la puerta, dándole una oportunidad más. Como no responde, giro la manilla, que se abre con facilidad. Paso al interior y me doy un momento para que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Cualquier palabra de reproche muere en mi boca cuando veo a Kennedy acurrucada en la litera inferior de la izquierda. Tiene los ojos cerrados e, incluso con la escasa iluminación, veo que tiene la frente arrugada y el rostro pálido.

Cruzo el camarote y me inclino sobre ella, que no se mueve en absoluto.

—¿Estás bien? —Mi voz es tranquila y fría, pero mis entrañas se encogen por la ansiedad. ¿Está enferma? ¿Le ocurre algo? No parece encontrarse bien...

—Vete —dice en voz baja.

—Kennedy, cuéntame qué te pasa. —Sé que mi tono es más agudo de lo normal, pero quiero respuestas.

—Creo que me he mareado —gime, sin abrir los ojos.

Ni siquiera se me ha ocurrido que la tormenta y el mar agitado pudieran molestarla. No ha tenido ningún problema hasta ahora. Claro que hasta este momento el mar ha estado tranquilo.

—Estoy seguro de que tenemos algo a bordo que puede ayudarte. Ahora vuelvo.

Me marcho en busca de Karesh, que está en la oficina, trabajando, como de costumbre.

—¿Disponemos de algo contra el mareo?

—Sí, claro. ¿Se encuentra usted mal? —pregunta, levantándose al instante.

—No, y o no. Es Kennedy —declaro. Mi ira vuelve a resurgir—. ¿Por qué no me has dicho que está en un camarote diferente?

—No sabía que se había trasladado. Le envié un mensaje a su camarote para que estuviera en la cubierta para la cena, y Caesar me dijo que estuvo de acuerdo.

—¿Acaso sabe Caesar qué aspecto tiene Kennedy? ¿No se ha subido al barco en Hawaii?

—Sí, en efecto. Supuse que... He cometido un error, señor. No volverá a ocurrir.

Aprieto los dientes.

—Eso espero. Sin embargo, ahora mismo necesito darle algo.

—Yo me encargo de ella, señor. ¿En qué camarote está?

—Lo haré yo. Dame lo que sea, y o se lo llevaré.

—Sí, señor —responde Karesh, cruzando la oficina para abrir el segundo cajón de uno de los tres armarios. Mi ayudante posee muchas virtudes. Ha recibido formación médica, por lo que es quien ejerce de sanitario hasta que obtenemos ayuda en la isla más cercana.

Saca una pequeña caja y coge un blíster de aluminio que me tiende.

—Debe tomar una cada cuatro o seis horas. Es posible que Kennedy prefiera tenerlas a mano para cuando el mar se ponga difícil. Si necesita más, dígamelo.

—Está bien —respondo, volviendo a salir.

—Una vez más, señor, espero que disculpe mi confusión.

—Sí, pero que no vuelva a ocurrir. Kennedy es... es... es diferente. No es como las demás. Y no quiero que la trates como si lo fuera.

Karesh asiente.

—Sí, señor. Me considero debidamente informado.

Regreso junto a Kennedy, todavía cabreado por que esté en un camarote diferente. Me detengo en la cocina de la tripulación a coger un botellín de agua de la nevera. Cuando entro de nuevo en su camarote, está vacío.

Vuelvo a salir al pasillo; mi efervescente temperamento bulle de nuevo mientras pienso a dónde puede haber ido. ¡Trata de escapar de mí incluso estando enferma!

Pero entonces escucho algo en el cuarto de baño, donde está la puerta abierta. Me doy la vuelta a tiempo de ver salir a Kennedy, tambaleante y casi perdiendo el equilibrio por el movimiento del barco. Se apoya en la pared y cierra los ojos; su cara está pálida y muestra una sombra verdosa.

—¿Qué demonios haces levantada?

—Creí que iba a vomitar de nuevo, pero no me queda nada en el estómago. Solo eran arcadas.

Metó la botella de agua en un bolsillo de la chaqueta y las pastillas en el otro antes de inclinarme para cogerla en brazos. Me dirijo hacia su camarote, pero una vez allí, me detengo al imaginarla levantándose de nuevo y seguramente cayéndose al ir al cuarto de baño. Por esa razón, paso de largo.

—¿A dónde vas? Mi camarote era ese...

—No, esta noche no lo es.

—Reese, bájame. Puedo caminar. Y puedo quedarme en mi habitación.

—Estoy seguro de ello —respondo, apretando los brazos alrededor de ella.

—Reese, lo digo en serio. No necesito que me trates de una manera especial. No quiero que lo hagas. Sé por qué lo haces, y no va a funcionar. No pienso acostarme contigo.

Me detengo en seco y bajo la vista a las verdes piscinas que son los ojos de Kennedy.

—No lo hago para que te acuestes conmigo. No puedo dejarte aquí abajo cuando estás mala. ¿No puedes permitir que te cuide?

—No.

—¿Por qué?

—Porque soy tu empleada. No harías esto por otro miembro de la tripulación, y no quiero que lo hagas por mí.

Quiero dejarla en el suelo, para sacudirla y besarla a la vez.

—Eres mucho más que una empleada, Kennedy. Y vas a tener que acostumbrarte a ello.

—Estoy segura de que Amber también lo fue en algún momento, ¿verdad?

El barco se tambalea de nuevo. Por costumbre, separo las piernas para no perder el equilibrio. Kennedy oculta la cara en mi pecho y emite una especie de gorgoteo. Odio verla así. Y no me gusta nada que ella no quiera que la cuide. Pero todavía me gusta menos que piense que significa lo mismo para mí que alguien como Amber.

La sostengo con fuerza y la llevo en silencio al otro extremo de la embarcación. Sé que jamás aceptaría permanecer esta noche en mi camarote, así que me detengo justo antes de mi puerta, ante la del camarote vacío que hay al lado. Karesh sabe que cuando yo estoy a bordo, ese cuarto tiene que permanecer vacío. No me gusta que nadie duerma al lado. Ni siquiera las mujeres con las que mantengo relaciones sexuales.

Pero esta noche haré una excepción. Por Kennedy. Porque quiero tenerla cerca para su comodidad y la mía. No quiero perderla de vista.

Abro la puerta y la llevo a la cama, donde la deposito con suavidad sobre el edredón de color crema. Al instante, se encoge y se acurruca en posición fetal.

—Ten —le digo, sacando el botellín de agua y las pastillas de los bolsillos—. Esto debería ayudarte.

Abro la botella y aprieto el blíster para sacar uno de los comprimidos antes de tenderle ambos artículos. Ella se mete la píldora en la boca y bebe un buen sorbo de agua. Me entrega la botella mientras se estremece.

—Gracias.

—Pronto te sentirás mejor.

Dejo la botella en la mesilla de noche. Ninguno de los dos dice nada durante unos minutos.

—No tienes que quedarte conmigo, Reese. Me pondré bien.

—No voy a marcharme hasta que sepa que estás bien.

—Ya estoy bien. Solo un poco mareada.

—De todas formas, pienso quedarme.

La oigo suspirar, pero no discute. Camino hasta la silla que hay en una de las esquinas y me siento. Observo cómo se relaja lentamente su expresión y que su respiración se hace más profunda. Me siento impotente, pero sé que he hecho lo único que puedo contra su mareo. Tiene razón. Es probable que no pase nada si me voy. El problema es que no quiero. Y para mí, eso es un problema muy grave.

Kennedy

Me siento drogada cuando abro los párpados para mirar a mi alrededor. Algo me sacude el hombro con cuidado.

Es Reese. Me está hablando, instándome a tomar otra píldora con un sorbo de agua. Aturdida, obedezco y vuelvo a bajar la cabeza. El sueño me invade con rapidez.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que me muevo de nuevo, confusa y aturdida. Veo que Reese me observa desde la silla. Me pasan por la cabeza y el corazón un millón de cosas, pero no quiero pensar en ninguna de ellas. No tengo energía.

Me consuela saber que me está cuidando, que no está en la sala, con Amber. Me relajo y me doy de nuevo la vuelta para dormir.

Me despierto otra vez. No sé cuánto tiempo ha pasado. Siento la cabeza pesada y la visión borrosa, pero al menos la habitación parece un poco más estable. Eso o mi estómago ha aprendido a tolerarlo.

Sé dónde estoy. Y que la silla donde Reese estaba sentado cuando desperté la última vez se encuentra ahora vacía. Me siento aliviada y decepcionada a la vez. Me dijo que se quedaría. Me siento aliviada de que no lo haya hecho, porque resulta totalmente humillante que alguien me vea de esta manera, y mucho más alguien a quien trato de recordar que soy mucho más fuerte de lo que piensa. Pero, al mismo tiempo, me siento decepcionada. Su rápida retirada me indica simplemente que Reese es el mentiroso que siempre he intuido, y que no le importo lo suficiente como para decirme la verdad cuando estoy enferma, y menos cuando ya estoy bien.

Cojo la botella de agua y tomo un gran sorbo con el que me enjuago la boca antes de tragarlo. Después ruedo sobre mi espalda, teniendo mucho cuidado de hacerlo lentamente por si acaso esas horribles náuseas no han disminuido por completo. No puedo dejar de observar lo lujoso y cómodo que es este colchón en comparación con los que hay en los camarotes de la tripulación. Y mucho más cálido.

En un abrir y cerrar de ojos me doy cuenta de que la temperatura no surge de debajo de mí, sino de mi lado. Giro la cabeza lo suficiente como para ver que Reese está tendido a mi derecha, y su aliento me hace cosquillas en la mejilla al tiempo que el calor de su cuerpo irradia hacia mí como un horno. Por más que trato de protegerme contra el placer de encontrarlo aquí, es inútil. Mi corazón se derrite sin remedio.

Se ha quedado.

Como me dijo.

Tiene los ojos cerrados y respira profunda y regularmente. Por lo general esos iris de color agua son mi perdición. No puedo arriesgarme a mirarlo durante mucho tiempo. Pero ahora que está relajado por el sueño, puedo estudiarlo todo el tiempo que quiero.

Y quiero.

Cuando está así, se parece más al chico al que conocí. Más suave. Más dulce. Enamorarme de Reese cuando tenía diecinueve años no supuso ningún esfuerzo. Además de ser guapísimo —aunque de una forma más juvenil—, era fuerte, inteligente y divertido. Y nunca me trataba como si fuera una chica adoptada de la que hubiera que tener lástima. Durante aquellas semanas de verano hace ya tanto tiempo, yo era una chica y él un chico. Dos personas que se reunían en el bosque para escapar de sus respectivos mundos y encontrar consuelo en la mutua compañía primero y, con el tiempo, en brazos del otro.

Me acerco un poco más a la calidez de Reese y cierro los ojos, dejando que mi mente vague de nuevo a la última vez que lo vi. Que regrese al final de mi infancia. Cuando yo no sabía que no existía nadie en quien pudiera confiar.

Verano, hace 14 años

Empujo la última rama de pino que se interpone entre el claro y yo, y contengo la respiración mientras avanzo. Dejo que mis pulmones se desinflen con un largo silbido, como un globo, cuando veo que el prado que se extiende ante mí está vacío. La hierba, exuberantemente verde, está aquí. Las diminutas flores púrpuras están aquí. Incluso la tranquilidad celestial está aquí. Todo como debe estar, solo que me encuentro sola. Reese no está esperándome.

Doy un paso hacia el claro, y me mordisqueo los labios temblorosos mientras me recuerdo a mí misma que existe la posibilidad de que no acuda. Sé que ha venido el padre de Reese y que él mismo teme lo que significa eso para él y su futuro, pero me ha prometido que se reunirá conmigo, que nada ni nadie podrá evitarlo. Y le había creído.

Abatida, me paseo por el pequeño claro escondido, lamentando cada pequeña flor que aplasto con los pies. Cada una parece un sueño roto, una promesa incumplida. Un corazón destrozado.

El chasquido de una ramita llama mi atención y alzo la cabeza para escuchar mejor. Nadie había encontrado antes este refugio; rezo para mis adentros que no sea esta la primera vez.

Otro chasquido, esta vez acompañado por el susurro de hojas crujiendo bajo unos pies en movimiento. Definitivamente está acercándose alguien.

Contengo la respiración y miro en la dirección de la que parece surgir el sonido. Mi corazón se infla como una pelota dentro de mi pecho, rebosante de la repentina esperanza de que sea Reese.

Entonces, él entra en el claro y el sol arranca oscuros reflejos dorados de su cabello; mechones más claros que se ha ganado durante el trabajo que ha realizado al aire libre en *Bellano* con su tío. En las esquinas de sus impresionantes ojos de color aguamarina se forman unas arruguitas cuando sonríe, y, como siempre, me derrito.

—Has venido —dice con sencillez.

—Te dije que lo haría. Pensé que quizá tú...

Los pasos de Reese quedan silenciados por la espesa hierba mientras cruza el pequeño claro hacia mí.

—Te aseguré que nada me alejaría de ti.

—Lo sé, pero sabía que tu padre estaba aquí.

—Todavía no ha llegado. Malcolm me ha dicho que espera que llegue esta tarde.

—Entonces este podría ser el último día que pasemos juntos. —Siento que el pánico me araña el pecho. Reese es lo único que espero todos los días; la salvación que me ofrece la vida. Sin él, el mundo es un océano de intención desesperada en el que me ahogo sin remedio. Es como mi salvavidas, lo único a lo que puedo aferrarme que no amenaza con arrastrarme al abismo.

—No. Kennedy, te dije que...

—Ya sé lo que me dijiste, pero estoy muy asustada...

—No lo estés. No puede obligarme a hacer algo que no quiero. Y ya sabes que si me voy de aquí, te llevaré conmigo.

—Tienen que pasar tres años para que me pueda ir contigo. Hank no dejará que me vaya antes de que cumpla dieciocho años.

—Entonces hablaré con él.

Los dos sabemos que a pesar de lo poderoso que es el apellido de Reese, nada lograría que Hank renunciara a mí. Ni siquiera Reese me puede salvar de ciertas cosas. Pero ahora no quiero pensar en eso. Le brindo mi sonrisa más valiente y asiento, poco dispuesta a perder ni un minuto más en un tema tan desagradable.

De pronto, la desesperación me invade. Siento una profunda necesidad, una urgencia vital de compartir con él todo lo que pueda ahora mismo, antes de que la vida me arranque hasta la última brizna de felicidad que tengo.

—Reese, hoy quiero darte algo.

—¿El qué? —pregunta, apartándose el flequillo de los ojos como hace muy a menudo.

No le respondo. Estoy demasiado concentrada en alzar la vista hacia los ojos que he llegado a amar y que llevo en el corazón.

Él me devuelve la mirada durante largos segundos, esperando a que le conteste. Al ver que no lo hago, su sonrisa muere lentamente y encierra mi cara con sus manos. Sé en qué instante se da cuenta de a qué me refiero. Sus pupilas se dilatan y muestra una especie de... mirada voraz que hace que sienta que me derrito por dentro.

—¿Estás segura? —susurra vacilante, casi como si le diera miedo cuál podría ser mi respuesta.

—Sí.

Inclina la cabeza y roza mis labios con los suyos en un beso tan tierno que me dan ganas de llorar. Cuando empieza a alejarse, me pongo de puntillas y aprieto la boca con más fuerza contra él al tiempo que le rodeo el cuello con los brazos para retenerlo.

Reese desliza la lengua entre mis labios y me atrae, moldeando mi joven cuerpo contra el suyo, más grande y firme. Las amplias palmas de sus manos se deslizan por mis costados, dejando un escalofrío a su paso. De pronto, no puedo acercarme lo suficiente. No puedo calentarme lo suficiente. No puedo tener suficiente de él.

Con dedos frenéticos y temblorosos, alcanzo el borde de su camiseta y deslizo las manos por debajo, disfrutando de la suave y cálida piel de su duro pecho, de su musculoso abdomen. Él gime y mueve las manos hasta mis nalgas para pegar mis caderas a las suyas, haciéndome sentir el rígido bulto.

—Hazme el amor, Reese —jadeo con desesperación, instándole a quitarse la camiseta por la cabeza.

Él se aparta lo suficiente para que pueda hacerlo y la arrojo al suelo, a algún lugar a su espalda antes de que sus labios regresen a los míos y estimulen mi pasión con su fuego ardiente.

En la quietud del claro, en la paz de una tarde de verano, Reese me desnuda y me deposita con suavidad sobre un lecho de hierba. Me acaricia el cuello, me besa el pecho; lame mis pezones y aprieta mis caderas, adorando cada centímetro de mí hasta que me siento casi abrumada por la necesidad de que me cubra con su cuerpo.

Estoy al borde de un caos absoluto cuando Reese se inclina hacia atrás y saca un envoltorio de aluminio de la cartera antes de deshacerse de sus pantalones cortos. Se pone de pie, desnudo, ante mí; exhibiendo todos esos músculos magros cubiertos por piel bronceada. Estudio sus bíceps y su abdomen mientras abre el envoltorio con los dientes y coloca el preservativo en su enorme longitud.

Por mucho que deseo cerrar los ojos a la idea de que todo eso va a sumergirse en mi interior, no lo hago. No quiero perderme un solo momento, un solo vistazo. No quiero perderme ni un solo matiz de su expresión, ni un solo parpadeo.

Cuando Reese vuelve conmigo, cubriéndome con su cuerpo, apoya la mayor parte de su peso en los antebrazos para poder mirarme a los ojos. El tiempo pasa; no sé si es una fracción de segundo o una eternidad. Podría ser cualquiera con facilidad.

—Nunca he conocido a nadie como tú —dice finalmente—. Y pase lo que pase, jamás olvidaré este día perfecto. Este verano perfecto.

Entierro la cara en su pecho mientras se sumerge en mi interior. Me acaricia el pelo y susurra frases consoladoras en mi oído hasta que pasa el dolor. Dejo que piense que estoy reaccionando a la profunda penetración, pero no es así. Ha eclipsado la agonía que siento en mi corazón. En el fondo, sé que no volveré a ver a Reese de nuevo. A pesar de que quiere salvarme, no lo hará. No puede. No es lo suficientemente fuerte. Y creo que él también lo sabe.

Reese

Alguien gritando mi nombre, llorando literalmente, me arranca de mis sueños. Me lleva una fracción de segundo darme cuenta de dónde estoy y con quién.

Se trata de Kennedy, y está llorando.

Por mí.

—Reese —gime de nuevo, con los rasgos arrugados mientras una lágrima se desliza por el rabillo de su ojo y baja por la suave mejilla.

—Aquí estoy —respondo al tiempo que la tomo entre mis brazos. La agonía que adivino en su voz es como una patada en el estómago.

Entierra la cara en mi pecho, recordándome aquel verano, hace ya tantos años. Hizo lo mismo en el momento en que me entregó su virginidad, llorando en absoluto silencio.

Ahuevo la mano en la parte posterior de su cabeza y la acerco a mí para deslizar los labios por su pelo con olor a manzana hasta que consigo que se calme. Sé en qué momento está completamente despierta. Se tensa contra mí.

Después de unos segundos, siento las manos de Kennedy empujando en el centro de mi pecho. La suelto y me echo hacia atrás para poder verle la cara.

—¿Estás bien? —pregunto.

—Sí —responde ella de forma casual—. ¿Por qué?

—Porque llorabas en sueños y has mencionado mi nombre un par de veces.

Noto el rubor que cubre sus mejillas, un cambio agradable ante la palidez que mostraba cuando la traje aquí.

—Oh, lo siento.

—¿Qué estabas soñando? —Kennedy baja los ojos y, cuando vacila, sé que me va a contar una mentira—. Dime la verdad, por favor.

Ella me mira con el ceño fruncido.

—¿Por qué? ¿Por qué te importa?

Una excelente pregunta. Pero no tengo ninguna respuesta. No sé por qué es importante; solo que lo es.

—Necesito saberlo.

No está en guardia como acostumbra a mostrarse conmigo; la barrera con la que se protege no es sólida como siempre. Percibo en sus ojos cierta suavidad que no noto a menudo. Quizá sea porque todavía está despertándose. Quizá porque ha estado enferma. Quizá porque me he ocupado de ella. O quizá no tenga nada que ver con eso. Sea cual sea la razón, tiene la guardia baja, y pienso sacar el máximo provecho de ello.

Levanto la mano para apartarle el pelo de la mejilla de la misma manera que solía retirarle el flequillo aquel verano. Veo en sus ojos que reconoce el gesto.

—Estaba soñando con ese día en el bosque.

—Entonces, ¿por qué llorabas?

—Porque sabía que no volvería a verte.

—Jamás quise hacerte daño, Kennedy. Era solo un crío estúpido.

Ella asiente con la cabeza y trata de sonreír.

—Lo sé. Pero esperaba más. —Suspira, y sé que está preparándose para moverse, pero yo no estoy preparado para poner fin a esto.

—Después de marcharme, pensé en ti durante años. —Me mira de forma penetrante, pero no hace ningún comentario—. De alguna forma, me habría gustado que le hubieras entregado tu virginidad a otro. A alguien que se la mereciera.

Su risa es suave, aunque teñida de amargura.

—Quería que la tuvieras tú. Era lo único mío que me quedaba, lo único que podía regalar. Antes de que él también se la apropiara.

Reacciono de inmediato a lo que creo que ha querido decir. Noto que la sangre desaparece de mi cara y tenso la mandíbula. No es posible que esté insinuado que...

—¿A qué te refieres?

La expresión de Kennedy es sincera y triste, no contenida y dura como lo ha sido desde que la volví a encontrar de nuevo.

—Después de que Hillary murió, Hank empezó a... visitarme. Por la noche. En mi habitación. Por eso me escapaba a esconderme en el bosque.

Noto que se me revuelve el estómago.

—¿Estás diciendo que él... que él...?

Siento como si el mundo estuviera en suspenso, perfectamente inmóvil, esperando a que ella me responda. Ruego a Dios para estar entendiendo mal, pero algo me dice que no es así.

—Esa es una parte de mi inocencia que temía tocar. Dejaría pruebas. Pero era la única.

Me siento lleno de rabia y disgusto al saber lo que le hizo su padrastro. Ambas emociones se mezclan en mi interior, corroyendo mis entrañas y haciendo que la sangre me hierva en las venas. Pero también me veo aplastado por una inmensa sensación de culpa. Kennedy necesita a una persona decente en su vida, no a otro capullo que acabe haciéndole daño de alguna otra manera.

Ella baja la vista a mi camisa y comienza a jugar con uno de los botones mientras se ríe, un horrible sonido que resulta desgarrador y vacío.

—Sí, solía imaginar que tú me podrías salvar de él. De esa vida. De la tristeza y el dolor. Pero luego me di cuenta de que nadie podía. Que nadie lo haría. Que no habría ningún Superman esperando a rescatarme. Me di cuenta de que si iba a sobrevivir, tenía que ser rescatándome a mí misma. No podía seguir esperando a que lo hiciera otra persona.

Suelto a Kennedy y ruedo sobre el colchón para levantarme. Me paso los dedos por el pelo, presa de la sensación de que en cualquier momento podría estallar en llamas de furia.

Camino por el camarote de un lado a otro sin saber muy bien qué hacer con los puños o con la ira que me invade, sin saber cómo lidiar con toda esa nueva información. Estoy tan atrapado en mis propios pensamientos, en el ensordecedor sonido que produce mi agitado pulso en mis oídos que apenas escucho las tranquilas palabras que pronuncia Kennedy.

—Lo sé. Es repugnante. Ni siquiera fui capaz de ir a su funeral; me sentía demasiado sucia.

—¿Repugnante? Es... es... —Las palabras se me escapan. De pronto, me invade un nuevo pensamiento y me giro hacia ella—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Kennedy está sentada en la cama, el pelo suelto y salvaje alrededor de su cabeza y una mirada clara y torturada en sus ojos.

—No quería que sintieras otra cosa por mí. Me daba miedo lo que pudieras pensar.

Sus palabras son como un hacha de batalla clavada en el pecho.

—¿Qué clase de monstruo pensabas que era?

Sonríe levemente, pero el gesto es desmentido por el brillo de las lágrimas en sus grandes ojos verdes.

—No creía que fueras un monstruo. Te amaba. No quería que lo supieras. Era así de simple.

—Pero, Kennedy, ¿estaba abusando de ti! Si lo hubiera sabido, te habría cuidado mejor. Hubiera sido más suave. Más...

—Fuiste suave. Me cuidaste. No quería que actuaras de forma diferente. Fuiste maravilloso. Todo lo que yo quería que fueras hasta que...

Terminé su pensamiento.

—Hasta que desaparecí.

Veo su dolor antes de que vuelva a bajar la mirada a sus manos, donde juega con el dobladillo de su camisa. No tiene que confirmar mis palabras. Sé que tengo razón. Y sinceramente creo que si hubiera matado a alguien no me sentiría más monstruoso. Es como si la hubiera matado. Al dejarla, la condené a una infancia en la que estaba a merced de otro tipo de monstruo. Y, sin mí, no tenía ningún lugar donde escapar, nadie que la ayudara. Ella confiaba en mí cuando no podía confiar en nadie más, me ofreció lo único que tenía y yo lo desprecié.

Noté un nudo en la garganta mientras trataba de explicarme, aunque sabía que nada de lo que dijera cambiaría lo que pasó, nunca sería diferente. Pero me siento desesperado por hacerle entender que...

—Mi padre vino a buscarme esa noche. Movié algunos hilos y conseguí que me aceptaran en Oxford para el semestre de otoño. Dijo que era el mayor, que tenía que preocuparme por mi apellido y que tenía que garantizar la seguridad de mis hermanos. Me dijo que era la última oportunidad que tenía para conseguir que mi madre se sintiera orgullosa. Sabía que eso en concreto me estimularía como ninguna otra cosa. Él sabía que ella me odiaba. Quizá incluso sabía por qué. Era consciente de que él sabía que yo haría cualquier cosa para conseguir por fin un poco de amor de ella. Me conformaba con un poco de aprobación. —Me dirijo hacia Kennedy, que está sentada como un ángel dañado en un lecho de dolor—. Aunque nada de eso importa ahora. No cambia el hecho de que fui débil. No quería llegar a ser como mi padre, y él lo sabía. Pero ese cabrón es un manipulador nato, me engañó y, de todas formas, me he convertido en alguien como él.

—Reese, no eres como tu padre.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunto con irritada incredulidad—. Después de la forma en que te traté, ¿cómo puedes decirlo? Mira en qué me he convertido.

—Tú siempre me has tratado bien, Reese. Como a una chica más. Una chica con la que valía la pena pasar el tiempo. Pero si te sientes así de verdad, si no estás satisfecho con quién eres, cambia. Eres el único que puede hacerlo.

Los dedos de la desesperación envuelven mi alma en un gélido apretón.

—Soy como soy, Kennedy. Nos guste o no, es así. Esto es el resultado de todo.

—Entonces, intenta ser feliz. El arrepentimiento te va a comer vivo si se lo permites. La única opción que tenemos es hacerlo lo mejor que podamos y seguir adelante.

—¿Eso es lo que tú hiciste? ¿Seguir adelante? ¿Aprender a odiarme?

La idea de que Kennedy me odie me resulta horrible, pero sé que es una posibilidad muy real, igual que sé que no puedo cambiar el pasado.

—Yo no te odio, Reese.

—Deberías...

—No, no debería. Tienes razón. Solo éramos dos niños estúpidos. Esperaba que fueras mi héroe, pero no fue justo. No debería haber puesto en ti esas esperanzas. Tenía que aprender a ser mi propio héroe, porque, al final, la gente solo puede hacerte daño si la dejas.

—Así que ahora mantienes a todos a distancia para que nadie pueda acercarse lo suficiente como para hacerte daño.

—No me juzgues. Tú haces lo mismo.

No respondo. Quizá ella tenga razón.

La necesidad de sanarla, de compensar todo el dolor que le provoqué, de ser la causa de su felicidad cerraría todos los pozos de angustia que horadan mi pecho como fuentes termales. Quizá proteger al sexo débil solo sea un instinto masculino. Quizá quede algún residuo del amor que sentía por esa chica hace ya mucho tiempo. Quizá sea algo más. ¿Quién demonios lo sabe? Pero está ahí.

Tengo unas semanas para enseñarle lo bueno de la vida antes de que nos separemos, un par de semanas para aplacar viejas llamas. Para exorcizar los demonios del tiempo.

Camino hacia el lado de la cama más cercano a ella, deteniéndome a mirar su cara, todavía más hermosa de lo que recordaba. Más hermosa que antaño.

—Déjame compensarte.

Ella empieza a mover la cabeza de inmediato.

—No, Reese. No es eso lo que quería. No te lo he contado para eso.

—No importa. Quiero hacerlo. Lo único que tienes que hacer es permitírmelo.

Kennedy

Una pequeña parte de mi cerebro se pregunta si todo esto es real. Acabo de abrirle mi corazón al tipo que me rompió en mil pedazos hace tantos años. Y él me ha mostrado también el suyo. Ahora está ofreciéndome... ¿qué? No lo sé.

Más importante aún, no puedo creer que esté considerando aceptar. Pero lo cierto es que nunca he dejado de amar a Reese. Igual que las cicatrices o los malos recuerdos, hay cosas que nunca cambian.

—Incluso aunque quisiera, no puedo.

—Sí, claro que puedes —insiste Reese, dejándose caer sobre la cama a mi lado—. Puedes estar conmigo. Puedes dejarme estar contigo. Puedes dejar que te ofrezca la felicidad que te mereces.

Se me estremece el corazón ante lo que está sugiriéndome, aunque sé que no está pensando en un «para siempre». No estoy segura de confiar lo suficiente en él para entregarme solo por un tiempo. Pero eso es lo que está ofreciéndome.

Ojalá...

—Reese, trabajo para ti. ¿No puedes entender que parece un poco... sucio? ¿Que me siento como una prostituta? Como si estuvieras pagándome por...

Esa sonrisa de infarto que me ha perseguido durante años se extiende por su boca, dejando asomar unos dientes blancos y rectos. Es impactante y sexy, y me hace sentir mariposas en el estómago.

—Oh, no voy a pagarte por eso. Te entregarás voluntariamente para algo más... íntimo. Si decides que eso es lo que quieres —añade de prisa, como si detectara mi vacilación.

Ya está cediendo un poco. Hace unas horas no habría dicho «sí», habría dicho «cuando».

—Pero Reese...

—Pero nada —me interrumpe con urgencia—. Por favor, Kennedy. Déjame. No me hagas rogar. —Sus ojos buscan los míos y veo que brilla en ellos una luz burlona—. A menos que sea eso lo que te gusta.

No puedo evitar sonreír.

—¡Dios! ¡Reese! —exclamo, golpeándole el brazo. Él se estremece como si lo hubiera golpeado con una pistola de descargas eléctricas.

—Así que te va el rollo duro... Puedo hacer eso también.

Empiezo a reírme, y pongo los ojos en blanco ante su dramatismo.

—No sé. Es solo que...

Reese me coge la mano y se la lleva a la boca para frotar los nudillos con los labios mientras me mira por encima.

—Venga, déjame compensarte. Dame una oportunidad. Puedo ofrecerte algunas de las mejores semanas de tu vida. Confía en mí.

Es mi turno de estremecerme cuando me toca la fibra sensible.

—No confío en nadie.

—Pero puedes confiar en mí. Ya no soy el crío que era, Kennedy. Te ofreceré solo la verdad. Y nada más que la verdad.

Me muerdo el labio con nerviosismo; cierta reserva me impide zambullirme de cabeza en todo lo que Reese está ofreciéndome.

Debe de notar mi vacilación.

—¿Qué? —me acucia—. ¿Qué va a ser?

—No quiero ser otra de tus aventuras amorosas en un crucero, Reese.

—No lo eres. Jamás podrías serlo.

Alzo la mirada para buscar sus ojos.

—No te creo.

—Entonces, déjame compensarte y te demostraré que es así. No eres como las demás mujeres, y nada de lo que diga o haga te indicará lo contrario.

—Pero Reese...

—Mira, ve a dormir. Dame mañana. Y si al final del día sigues pensando lo mismo, aceptaré un no por respuesta.

Me siento cansada de discutir, cansada de tratar de luchar contra esto. Cansada de luchar contra él.

—De acuerdo —acepto, y el alivio me afloja todos los músculos del cuerpo. No creo que fuera plenamente consciente de lo difícil que ha sido fingir indiferencia hacia Reese, pretender que no quiero tener nada que ver con él.

Su sonrisa es brillante, y siento la repentina urgencia de acercarme a él y arrastrarlo para que se tumbe sobre mí.

Reese emite una especie de gruñido masculino mientras se inclina hacia mí. Poco a poco. Cada vez más cerca. No me alejo. Dejo que sus luminosos ojos se acerquen y me pierdo en ellos durante un momento.

—Dios, no puedo esperar a mañana —me dice con los labios pegados a los míos. Siento su cálido aliento sobre ellos, pero Reese no me besa. Por mucho que lo deseo, roza mi mejilla con la boca y luego acaricia ese punto antes de alejarse.

—Duerme un poco. Mañana será un hermoso día.

Asiento con la cabeza mientras él se incorpora y camina hacia la puerta. Cuando está casi en el pasillo, se detiene para mirarme. Me sonrío de nuevo y me guiña un ojo antes de desaparecer, cerrando la puerta a su espalda.

Me despierto con el cosquilleo de unos labios y un suave roce en el cuello, cuando alguien me besa la curva del cuello. El calor que inunda mi cuerpo no tiene nada que ver con el que irradia de la forma dura y masculina que tengo a mi espalda.

Entrebro los ojos para echar un vistazo al reloj en la mesilla. Ni siquiera son las seis de la mañana.

—¿Es que no duermes?

—No cuando te tengo a ti esperándome en la habitación contigo. ¿Te apetece hacer ejercicio?

Me lleva un momento hacer un rápido reconocimiento de mi estado.

No tengo náuseas ni mareos, y el barco parece más estable esta mañana.

—Sí, creo que sí.

—Bien —responde Reese, mordiéndome el lóbulo de la oreja antes de darme una palmada en el trasero a través de las sábanas y levantarse de la cama.

—Te he traído alguna ropa tentadora. Te daré un minuto para que te cambies y luego nos vamos.

—Espera, necesitaré ciertas cosas de mi habitación —le digo, apoyándome en el codo.

—He traído tus articulos de tocador. ¿Necesitas algo más? —Reese parece muy orgulloso de sí mismo.

—Er..., no..., creo que no.

—Tienes cinco minutos —añade al tiempo que abre la puerta. Antes de que salga, me mira con aquellos ojos hipnotizadores—. A menos que necesites ayuda para vestirte. Si ese es el caso...

—No, no —respondo, tratando de no sonreír—. Estaré preparada en cinco minutos.

Oigo su suspiro abatido mientras recorre el camerino antes de cerrar la puerta.

—No sé por qué has rechazado una magnífica oferta —murmura casi para sí mismo.

Sacudo la cabeza mientras me deslizo bajo la manta para dirigirme al cuarto de baño que hay en el interior de la suite. Mis entrañas se anudan nerviosas, consciente de que Reese me está esperando y que hoy va a aplicar todo su encanto (y seguramente también su calidez).

Por un instante, mi yo más amargado y escéptico comienza a hablar en mi cabeza, pero estoy tan envuelta en la felicidad que no le escucho. Cinco minutos después, abro la puerta del camarote y me encuentro a Reese apoyado contra la pared, con los brazos y los tobillos cruzados, esperándome.

Me recorre con la mirada de pies a cabeza, pasando por los *leggings* ajustados y la camiseta ceñida sin mangas que me había proporcionado. Me detengo y permito que me estudie hasta que se harte. Luego, ya que me siento feliz y estoy envalentonada, decido darle el mismo tratamiento.

Empiezo por sus zapatillas de deporte blancas, por los pantalones de deporte negros que caen hasta las delgadas caderas. El vientre plano está perfectamente definido bajo la ajustada camiseta de color púrpura oscuro. Sus bien definidos pectorales son discernibles con claridad bajo la tela; los anchos hombros y los musculosos brazos captan también mi mirada errante.

Cuando subo por el curtido cuello y alcanzo su rostro, su expresión ya no es juguetona, sino voraz. Transmite puro fuego. Sus ojos están más oscuros y la mandíbula, tensa.

—Debo advertirte una cosa —dice en voz baja, empujándose desde la pared para detenerse a apenas unos centímetros de mí. Se detiene, cerniéndose sobre mí hasta que tengo que levantar la cabeza para no perder el contacto visual—. Si vuelves a hacer eso de nuevo, voy a arrastrar tu culo perfecto de nuevo a esa habitación para darte la paliza que te mereces por burlarte de mí de esa manera. ¿Lo has entendido?

Un estremecimiento de emoción recorre mis terminaciones nerviosas, y mi piel hormiguea con su cercanía.

—Lo he entendido.

—¿Quieres probar de nuevo para ver si digo la verdad?

Se inclina un poco, y su torso roza mi pecho; los pezones se me endurecen en respuesta. Está burlándose de mí y, por alguna razón, está haciéndome sentir juguetona y despreocupada en vez de a la defensiva. Despreocupada, juguetona y atrevida. Arqueo un poco la espalda y froto los pechos contra él de forma imperceptible. Al dedicarme al baile exótico, he aprendido todo tipo de formas sutiles de moverme para excitar y seducir. Nunca las había usado antes ante la cercanía de un hombre.

—¡Joder, mujer! No me habías dicho que te gustaba jugar con fuego —gruñe.

—¿Dónde estaría la diversión si te advertiera? —pregunto con una sonrisa.

—Contaré hasta tres. Uno... Dos...

Antes de que llegue a tres, me deslizo entre la pared y él y, con un leve chillido, recorro el pasillo con rapidez. Cuando miro por encima del hombro, veo que tiene los ojos clavados en mi trasero. Lo meneo con un poco más de fuerza y vuelvo la cabeza sonriendo.

Reese podría estar en lo cierto. Es posible que estas sean las mejores semanas de mi vida.

Hasta que se acaben.

Cuando llegamos al gimnasio, está vacío.

—Supongo que esta mañana hemos sido más madrugadores que Brian —comento mientras Reese me abre la puerta.

—No. No va a entrenar más contigo —confiesa, adelantándose para encender la música.

—¿Cómo? ¿Por qué?

No responde hasta que termina y se detiene justo ante mí.

—Porque le dije que lo haría yo.

—¿Sabes lo que haces? —pregunto, sintiendo un nuevo aleteo de mariposas en mi estómago.

—He visto cada movimiento que ha hecho contigo hasta que no he podido seguir mirando. No quiero volver a ver otras manos que las mías sobre ti.

—Brian difícilmente... —me interrumpo antes de soltar accidentalmente el secreto de Brian.

—No me importa si es gay o hetero. No me gusta. Punto.

Tengo que ocultar mi sonrisa de satisfacción.

—Entonces será mejor que aprovechemos el tiempo —me burlo.

Reese no dice nada, se limita a arquear una ceja oscura mientras me coge la mano para llevarme hasta las esterillas que hay en el suelo.

—Empezaremos con unos estiramientos.

Cuando me tiendo en el suelo a los pies de Reese, la sensual y rítmica cadencia de *Closer*, de Nine Inch Nails, flota en la estancia, rebotando en las paredes y envolviéndome con la tensión que vibra entre nosotros. Sus ojos se clavan en los míos mientras extiende las piernas delante de mí y me coge un pie. Sin apartar la vista, ahueca la palma de una mano sobre una de mis pantorrillas y la parte posterior de la rodilla, doblándola mientras se inclina hacia mi cuerpo para presionar mi muslo muy despacio contra mi pecho. Afloja y luego aprieta de nuevo, esta vez un poco más para alargar el estiramiento hasta convertirlo en un lánguido movimiento.

La letra de la canción resuena en mi cabeza y el contacto de Reese enerva mi cuerpo cuando se agacha para deslizar las manos por mis caderas y equilibrarlas cuando sitúa un hombro debajo de mi rodilla y presiona con más fuerza. Siento el tirón del músculo en la nalga, pero también siento el latido de otra cosa en mi vientre. Un palpar más profundo, más caliente.

—¿Lo sientes? —me pregunta con la voz ronca.

Yo casi estoy jadeando.

—Sí. Lo siento a la perfección.

—Mmm..., bien. Ahora el otro lado.

Reese libera mi pierna izquierda y se desplaza para dar a la derecha el mismo tratamiento. Cuando se inclina y me proporciona ese primer impulso más profundo, no puedo contener un ardiente gruñido.

A medida que se acerca el final del estiramiento de la pierna derecha, siento que el corazón se me acelera. Si sigue la rutina de Brian, sé lo que sigue. En efecto, Reese no me suelta la pierna; se endereza y pasa la mano por la parte interna del muslo y la desliza hacia el centro de mi cuerpo para ayudarme a estirar el abductor.

De forma automática, levanto la otra pierna y Reese pone la mano en el punto simétrico para empujar las dos hacia fuera, consiguiendo que mis piernas se separen. Se inclina, utilizando parte de su peso para ejercer más presión. Reese desliza las manos desde el interior de mis muslos hasta los tobillos para mantenerlas rectas mientras se acerca más para mantener el estiramiento.

«¡Oh, Dios!».

Cierro los dedos para convertirlos en puños apretados contra los costados. Quiero rogarle que me bese y me toque, pero no lo haré. Cierro los ojos con fuerza,

no porque me duela, sino porque siento el roce de su vientre entre mis piernas.

—Mírame —ordena Reese con la voz ronca.

Obedezco y veo que la expresión de su rostro es un espejo que refleja todo lo que siento en mi interior.

—Reese...

Se inclina todavía más, rozando la V que forman mis piernas separadas.

—¿Tienes las bragas mojadas? —susurra en voz tan baja que apenas soy capaz de escucharlo.

—No —replico de manera automática.

—Mentirosa —dice con un brillo malicioso en los ojos.

No respondo nada. No sé qué decir, salvo rogarle que apague las llamas que me consumen en este momento; algo que no voy a hacer.

—Si te las quitara y metiera los dedos en tu interior, te correrías al momento, ¿verdad?

No puedo negarlo. Seguramente lo haría.

—Podría hacer que te sintieras muy bien, Kennedy —asegura, inclinándose más hacia mí—, pero no lo haré. No lo haré hasta que me lo supliques.

Quiero gritar, gemir y suplicar, pero no lo hago. Me limito a permitir que me devore con la mirada mientras reprimo mi lengua, decidida a no claudicar con tanta facilidad. Esto se ha convertido en algo más que resistirme a Reese; ahora es ya una batalla de voluntades. Quiere hacerme rogar, y yo quiero que se lo curre un poco más.

—¿Podrás esperar tanto tiempo? —pregunto, girando un poco las caderas debajo de él.

Sé que nota mi movimiento. Oigo el silbido del aire que sale entre sus dientes.

—Te he prometido decirte la verdad. Y lo cierto es que no sé cuánto tiempo seré capaz de esperar.

Sonrío; no puedo evitarlo. Me encanta que admita eso.

—Entonces, quizá solo un poco más de tiempo —le digo, tirando de mis tobillos para liberarlos de su agarre y envolverlos alrededor de su cintura.

Sonrío al ver la expresión de sorprendido deseo que aparece en su rostro. Quizá sea cierto que me gusta jugar con fuego.

Con la velocidad de un rayo, Reese se adelanta un poco y me agarra las muñecas, tirando de mí hacia sus brazos. Gira conmigo y me aprieta más cerca mientras me sostiene sobre él para que perciba su más que notable erección.

—No podré esperar mucho tiempo. Y podría ser muy brusco.

—Tal vez me guste que seas brusco. Quizá eso es lo que pretendo.

Inclinándose hacia delante, Reese lame el recorrido que va desde la V de mi camiseta a mi oreja.

—Te daré lo que quieras. Tan a menudo como desees. Brusco, áspero, haremos las cosas más perversas que puedas imaginar. Haría cualquier cosa por ti, nena. Me correré sobre tu piel y luego lo lameré. En esa boca tan sexy, en esos deliciosos pezones. En tu hermoso trasero. Me hundiré dentro de ti y no saldré durante días.

Reese está haciendo girar las caderas lentamente contra las mías, susurrándome cochinas al oído que provocan un fuego en mis entrañas. Siento aquella fricción en todos los lugares sensibles de mi cuerpo y cada vez me resulta más difícil pensar.

—Mmm..., ni te imaginas todo lo que me gustaría hacerte. En dónde quiero meter mis dedos, deslizándolos dentro y fuera. Primero lo haré rápido y con fuerza, luego más lento y suave. —El movimiento de su cuerpo contra el mío va en constante aumento, por lo que cada vez es más difícil para mí soportarlo—. No te imaginas lo que me gustaría hacerte con la lengua. ¡Joder! Solo puedo imaginar lo dulce y cremosa que serás, como la vainilla. Y lo que sentiré cuando envuelvas mi polla. Caliente, resbaladiza... Si cierto los ojos puedo imaginarme que te deslizas sobre mí como en este momento. ¿Estás mojada, Kennedy? —susurra.

—¿Mmm? —gimo, con todo mi ser concentrado en el lugar contra el que se frota.

—Puedo sentir tus bragas empapadas a través de nuestra ropa. Porque estás a punto, ¿verdad? Muy a punto. Tal vez si... —murmura, deslizando la mano entre nosotros para rozar el dorso de sus dedos contra mi sensible centro, acariciándome justo donde lo necesito como si allí hubiera una X que solo él pudiera ver—. Déjame verte, Kennedy —susurra, rozándome la oreja mientras habla—. Quiero ver cómo te corres.

Con los ojos de Reese clavados en mi rostro, me niego a dejarme llevar incluso cuando aprieta los nudillos contra mí, hasta que siento que pierdo el control de mi cuerpo. Mueve la mano una y otra vez hasta que...

«¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda! ¡Oh, mierda!».

Mis músculos se tensan y trago una bocanada de aire, decidida a contener los sonidos de mi orgasmo. Me muevo contra él, incapaz de permanecer más tiempo quieta. La respiración se detiene y se reinicia, se detiene y se reinicia y jadeo contra su cuello, aferrándome a sus anchos hombros mientras acompaña las oleadas con sus roces. Mientras regreso a la tierra, Reese ralentiza su asalto, masajeándome con suavidad hasta que mi respiración recupera la normalidad.

—Esto es solo una muestra —murmura, inclinándose para lamer mi cuello.

«¡Oh, Dios mío! Reese me acaba de ver llegar al orgasmo vestida, en el suelo del gimnasio».

Noto que me arde la cara y trato de ocultarla en la curva de su hombro. Él se echa hacia atrás al tiempo que encierra mi cara entre sus manos. Me resulta difícil mirarlo a los ojos.

—No te ocultes de mí. Jamás te escondas.

Reese cubre mis labios con los suyos con el más dulce de los besos, y, durante unos breves segundos, es demasiado. Hasta que finalmente me rodea con los brazos otra vez y me estrecha contra su pecho.

Después de unos minutos, cuando mis derretidos huesos han empezado a solidificarse otra vez, Reese se vuelve a echar hacia atrás.

—Apuesto lo que sea a que Brian jamás te hizo trabajar así, ¿verdad?

Sus ojos brillan con malicia y, una vez más, tengo que contener una sonrisa.

—¿Quieres saberlo de verdad?

Entrecierra los ojos y me da una fuerte palmada en el trasero.

—¿Qué insinúas? Estoy seguro de que no quieres decir eso.

Le brindo mi sonrisa más inocente.

—No he dicho nada. Nada.

—Eso es lo que yo pensaba —replica antes de besarme la punta de la nariz—. ¿Te apetece desayunar? Me muero de hambre.

—Ya me imagino —me burlo, poniendo las manos en sus hombros para levantarme. Las piernas apenas me tiemblan—. Venga, vamos a alimentar a la bestia.

—¡Oh, ya lo harás! —asegura Reese, cogiéndome de la mano para salir del gimnasio—. Confía en mí.

Reese

Por mucho que me hubiera gustado disfrutar de un desayuno íntimo y tranquilo en mi camarote con Kennedy, pensé que no había razón para sufrir de esa manera. Sus descarados comentarios junto con las imágenes de ella desnuda, duchándose justo en el camarote de al lado, eran más que suficiente como para convencerme de que sería mucho mejor desayunar en cubierta. En público.

Sonríó al pensar en su reacción cuando la acompañé de regreso al camarote en el que había dormido en lugar de al pequeño cubículo compartido de la zona de la tripulación.

—Le he dicho a Karesh que trajera tus pertenencias aquí.

Me miró con preocupación.

—No quiero que los demás piensen que estoy...

—Me da igual lo que piensen los demás, y a ti tampoco debería importarte. Quiero que estés aquí. Cerca de mí. Eso es lo único importante. El resto se puede ir al infierno.

Ella podría haberme discutido, pero no lo hizo, sobre todo cuando abrí la puerta y pudo ver los pequeños cambios que le había pedido a Karesh que hiciera. Las flores frescas desbordaban un jarrón de cristal sobre la cómoda. La bolsa de cosméticos estaba sobre el tocador. Su bata, extendida sobre los pies de la cama, que habían hecho mientras entrenábamos. Las cortinas que ocultaban el balcón habían sido abiertas para mostrar la impresionante vista. Y, lo más importante, había una mesa allí, un lugar privado en el que ella pudiera sentarse para disfrutar del aire libre tan a menudo como quisiera. Habiéndome contado Karesh lo emocionada que se mostró al ver que había un ventanuco en el otro camarote, había imaginado que un balcón serviría para sellar el acuerdo.

Y así fue.

Se dio la vuelta con los ojos brillantes y una sonrisa radiante para mirarme.

—Gracias —dijo tras un largo silencio—. Es precioso.

—No tanto como tú.

—Estoy tan contenta que ni siquiera voy a cuestionar el sentido de esa frase —bromeó.

—Estoy seguro de que tarde o temprano lo harás.

Se echó a reír.

—Seguramente.

Ahora estoy esperándola en la mesa principal en la cubierta superior. Cuando se dio cuenta de que íbamos a tener un desayuno *gourmet* con mis clientes, me comunicó que quería disponer de un par de minutos para ponerse «presentable». Así que respeté sus deseos, algo que me resultó tan difícil como permitir que se vistiera sola.

Me he servido el café y sostengo una pequeña charla, cuando Karesh se acerca a mí.

—¿Puedo hacer alguna otra cosa por usted, señor?

—No. Y los arreglos que has hecho para Kennedy son perfectos. Gracias.

Asiente con la cabeza.

—Un placer, señor. Me alegro de que todo resultara bien.

Jeremy Hobbs, un tipo de unos treinta años que ha hecho fortuna desarrollando un antivirus que destroza un *malware* que él mismo había creado, toma la palabra antes de que Karesh desaparezca.

—Creo que me gustaría que la hermosa pelirroja me acompañe esta mañana. ¿Podría avisarla?

Karesh me mira con rapidez antes de asentir.

—Por supuesto, señor. Se lo diré.

—Te has cansado ya de ella, ¿verdad, Spencer? —pregunta Nathan Todd, un joven filántropo con ciertas inclinaciones... subidas de tono que le gusta mantener en secreto. Algo que, por supuesto, yo puedo lograr.

—Amber es una mujer muy guapa —respondo, eludiendo la pregunta. Son pocos los clientes que coinciden dos veces en el mismo barco con la misma tripulación, pero Nathan es uno de ellos. Ya estaba interesado en Amber la última vez que estuvo a bordo, aunque ella parecía inclinarse más por entretenerme a puerta cerrada. Y eso es siempre una elección de cada miembro de la tripulación. Está en su mano, lo mismo que en la de mis clientes, decidir ir más allá. Sin embargo, lo que ocurra durante el crucero es siempre consensuado y no planeado.

—¿Santo Dios! ¿Quién es? —pregunta Nathan, ignorándome por completo mientras mira por encima de mi hombro. Vuelvo la cabeza para ver a Kennedy dirigiéndose hacia nosotros. Camina de una forma tan sexy que dudo que sea consciente de ello, pero resulta increíble. Aunque nada es tan ardiente como ella misma; si su forma de andar es atractiva, ella es asombrosa.

Sus ojos resultan todavía más brillantes enmarcados por las oscuras pestañas y sus labios están teñidos por la cantidad justa de color rosado. Parecen dos melocotones maduros pidiendo que los devoren. Se ha recogido el pelo en la parte superior de la cabeza y algunos rizos caen sobre sus hombros desnudos. Ha elegido un vestido blanco recto con escote *halter*, cuyos tirantes se atan en la nuca. Un aro dorado sobre su esternón insinúa su escote, y estoy dispuesto a apostar lo que sea a que no lleva sujetador.

Escucho el roce de patas de silla en el suelo y miro a mi alrededor. Todos los hombres sentados a la mesa se han levantado cuando ella se detiene frente a mí. Ella los mira, los saluda con un gesto de cabeza y sonríe de forma automática antes de clavar en mí aquellos ojos traslúcidos.

—Buenos días —me saluda, como si no hubiéramos disfrutado ya de la mañana.

—¿Por qué no te sientas a mi lado, princesa? —pide Eldon Crisp.

—¿Por qué va a querer sentarse contigo, viejo? —pregunta Nathan—. Necesita algo más emocionante.

—Contigo no encontrará emoción alguna —interviene Jeremy con mordacidad antes de abordar a Kennedy directamente—. Cariño, te prometo que conseguiré que este sea el mejor mes de tu vida.

—¿Qué cojones, Hobbs? Acabas de pedir que suba otra —se queja Eldon.

—La cambiaría con gusto por esta.

Me aclaro la garganta al tiempo que reprimo la repentina urgencia de golpearme el pecho y mandar a la mierda a todos los que me acompañan en la mesa. Tengo que recordarme a mí mismo que para esto, después de todo, estamos aquí. Solo que no con Kennedy, pero ellos no lo saben.

—Señores, ella es Kennedy, y desayunará conmigo esta mañana. Y todas las demás mañanas —agrego con brusquedad, de forma significativa.

Espero que capten el mensaje alto y claro, porque algo me dice que podrían conseguir que me ponga muy violento en lo que respecta a Kennedy. Por lo general, mis clientes pueden interesarse por quien quieran, siempre y cuando esa persona esté interesada también. Jamás me he preocupado por eso. Sin embargo, en esta ocasión es diferente. Esta persona es diferente. No me importa ofender a uno o a todos si muestran una actitud incorrecta. Ni ofender ni, llegado el caso, descuartizar a

nadie.

Se hace el silencio alrededor de la mesa mientras muevo la silla libre hacia mi lado para Kennedy. Ella sonríe mientras se sienta con esa elegancia que la caracteriza; se acomoda con cierto remilgo en el borde del asiento mientras le sirvo un café y le ofrecen un cuenco con fruta tropical fresca. A medida que avanza la mañana, come y alterna con mis clientes como si se hubiera pasado la vida en un yate rodeada de millonarios, en lugar de pasar apuros para llegar a fin de mes como parte de la tripulación.

Mientras se sirve el plato principal, aparece Amber. Muestra un aspecto muy... voluptuoso con un vestido negro que se ciñe a cada curva y valle de su cuerpo. Me dirige una brillante sonrisa que desaparece cuando ve a Kennedy sentada a mi lado.

Estoy familiarizado con las peleas femeninas y con lo salvajes que pueden ser entre sí las mujeres. Eso hace aflorar mis instintos protectores y le lanzo a Amber una mirada de advertencia mientras toma asiento junto a Jeremy.

Para mi alivio, se guarda las garras, y los hombres parecen haber captado la indirecta, guardando las formas. No voy a tener que dar ninguna patada, aunque, claro, el día no ha hecho más que empezar.

Cuando finaliza el desayuno, todos se dispersan, y sea para regresar a sus camarotes, para entrenar en el gimnasio o para tomar el sol en la cubierta superior. El personal masculino del yate empieza a recoger la mesa y a quitar las sillas de la tarima sobre la que hemos dado cuenta del desayuno. Después, dismantelarán la plataforma para descubrir la piscina que hay debajo, y que disfrutaremos durante el resto del día.

Mientras lo hacen, guío a Kennedy a la barandilla en la proa de la nave, el lugar donde la vi la tarde que partimos de Marina del Rey. La acorralo entre mi cuerpo y la barandilla, apretando mi pecho contra el de ella. Adoro la forma en que encajamos perfectamente, la manera en que se funde contra mí. Ni siquiera estoy seguro de que sea consciente de ello, pero acabará siéndolo.

—Señor Spencer, por favor —exclama por lo bajo con fingida indignación—. ¡Soy una empleada! —Mira por encima de mi hombro para asegurarse de que nadie nos ve. No sé quién está a mi espalda, ni me importa. Mi atención se concentra por completo en la hermosa mujer que se derrite contra mí.

—Bien, puedes tener el día libre —aseguro, inclinando la cabeza para frotar sus labios con los míos.

—Ayer no trabajé. Ni tampoco anteayer. Ni...

Silencio sus argumentos moviendo la lengua en el interior de su sedoso labio inferior, recreándome en su dulce sabor.

—No he dicho nada de lo que harás esta noche. Dices que estás aquí para bailar, así que bailarás.

Se echa hacia atrás para mirarme. En sus ojos leo una amalgama de emociones que no logro comprender.

—¿Voy a bailar?

—Vas a bailar. Pero, hasta entonces, eres mía —le digo, girándola entre mis brazos para apretarla contra la V que forma la barandilla—. Solo mía.

Le paso la mano por la cintura hasta el espacio entre sus voluminosos senos y luego sigo avanzando hasta el cuello, obligándola a volver la cabeza hacia mí. Le lambo el espacio que hay entre la clavícula y la oreja mientras froto mi pene contra la curva de sus nalgas.

—Ponte algo solo para mí. Algo que sepas que me va a encantar. ¿Harás eso por mí? —pregunto.

Noto su acelerada respiración cuando arrastro la mano hacia abajo, por el valle de su escote, rozando con la muñeca el duro pico del pezón.

—Sí —jadea con la respiración entrecortada.

—Solo para mí —repito.

—Solo para ti.

De mala gana, la libero y retrocedo.

—¿Por qué no te cambias mientras hablo con Karesh de los arreglos para esta noche?

Kennedy se vuelve hacia mí con las mejillas sonrojadas y los ojos entrecerrados.

—Eres malo. Lo sabes, ¿verdad?

Le guiño un ojo.

—Oh, cariño, no tienes ni idea.

Darme la vuelta para alejarme me resulta mucho más difícil de lo que esperaba.

Kennedy

Mientras examino todos los hermosos vestidos que ahora están a buen recaudo en el armario y los cajones de mi nuevo camarote, me pregunto cuál de todos ellos podría gustarle más a Reese.

—No puedo presentarme desnuda —le digo a la habitación vacía, riéndome ante la que podría ser su reacción. Sin embargo, la risa se desvanece cuando pienso en todos los demás ojos que podrían verme. No soy una exhibicionista.

Todavía lucho por elegir la prenda más adecuada cuando me tropiezo con una sudadera de color gris claro. Me recuerda algo que Reese me dijo hace muchos años; si me ve con ella, recordará lo que me dijo aquel día y sabrá que lo tenía a él en mente cuando me he vestido. Pero no es apropiada para pasar el día en la piscina. No, tendré que esperar a la noche. Y también Reese.

Con una emocionada sonrisa, elijo un bikini para ahora mismo y lo combino con un pareo que realza mis curvas de una manera correcta y complementa la tonalidad de mi piel y mi pelo. A pesar de que no me hace pensar en Reese como el atuendo de esta noche, saber que va a estar pensando en arrancármelo hace que piense que también le encantará.

Me pongo unas sandalias de tiras doradas y cojo unas gafas de sol y loción protectora antes de sentarme en el borde de la cama para llamar a Karesh. Reese no es el único que necesita su ayuda para concretar algunas cuestiones.

Veinticinco minutos más tarde, camino sobre la brillante superficie de madera que pavimenta la cubierta superior hacia lo que parece ser la fiesta que se ha desatado en el escaso tiempo que he faltado. Tres de los cuatro hombres que he conocido en el desayuno ocupan de forma dispersa la zona de la piscina y otros dos individuos que no he visto en mi vida se relajan en el jacuzzi con dos chicas que todavía no me han presentado. Jeremy, el último de los cuatro hombres que han asistido al desayuno, extiende loción solar a una Amber muy ligera de ropa en una pequeña terraza a la izquierda del bar.

La música flota en el aire acompañando a las risas, las conversaciones y los chapoteos que se oyen en todas direcciones. Por fin soy consciente de qué es lo que buscan y pagan esos hombres. Aquello es como vivir un sueño durante un par de semanas, un desfile sin fin de sol brillante, vasto mar, bebidas sin límite y mujeres hermosas. La diversión no termina nunca y no me cabe ninguna duda de que existen a bordo muchos más entretenimientos que bailar. En este caso, existe la evidente posibilidad de echar un polvo sin que nadie juzgue nada, sin la losa que suponen las enfermedades de transmisión sexual o las consecuencias para el entorno.

Ni siquiera me doy cuenta de que me he detenido en el borde de las sombras para contemplar la escena hasta que Reese aparece a mi derecha.

—¿Ocurre algo?

Por alguna razón, siento ganas de llorar. Es ridículo, lo sé, pero el impulso está ahí, subyacente.

—Así que pagan por esto... Así es como haces dinero. Proporcionando unas semanas de hedonismo a un montón de hombres aburridos con demasiado dinero y mucho tiempo libre.

—Vendo fantasía, Kennedy. Igual que en los clubs, solo que a otro nivel. Estos hombres están aquí para disfrutar de buenas vistas y excelente comida mientras ven bailar a hermosas mujeres, mujeres que coquetean con ellos. Vienen aquí para sentirse mejor consigo mismos. Me pagan por hacer realidad su fantasía... hasta cierto punto. Comen, beben y se convierten en los hombres que se imaginan que son antes de regresar a sus aburridas vidas. Fin de la historia. No lo confundas con algo que no es.

—Es que me parece tan... sórdido.

—No lo es. Es justo lo que parece. Pagan por disfrutar de la atención de hermosas mujeres.

—Pero algunos terminan teniendo sexo.

—Y para otros no es más que un simple coqueteo, pero eso depende de ellos.

—Es como un servicio de acompañantes de alto nivel.

—Lo dices como si yo fuera un proxeneta.

—¿Lo eres? —pregunto, mirándolo directamente a los ojos.

—No, Kennedy. No lo soy. Hago dinero pagando a hermosas mujeres para que enseñen un poco de piel. Mucho menos de lo que ganarían haciendo otro trabajo cualquiera. Lo único que les pido es que alternen y sonrían. Unas bailan, otras cantan, algunas dan masajes y otras sirven la comida vestidas de forma extravagante. Es solo un trabajo. Igual que lo haces tú. Te contraté para bailar, para servir a mis clientes, y eso has hecho.

—Todavía no he servido nada a nadie —respondo con cierto recelo.

Reese sonrío.

—Eso es porque no quiero tener que decapitar a alguien al principio del trayecto.

Trato de sonreír, pero mi mente sigue estudiando la escena que se desarrolla delante de mí. Y el papel que Reese desempeña en ella.

—¿Has... te has... acostado con todas esas chicas? —Ni siquiera puedo mirarlo a los ojos mientras hago la pregunta, pero es necesaria.

—¿Importa? Has visto mis análisis.

Lo miro con asombro.

—Por supuesto que importa.

—Bien, pues no debería. Eres la única con la que me interesa pasar el tiempo. Todo el tiempo.

Jamás se me había ocurrido preguntar si durante toda esta... esta cosa seríamos monógamos. Lo di por supuesto.

—Venga —me dice él, deslizando los dedos por mi brazo para entrelazarlos con los míos—. Deja que te invite a una copa.

—Ni siquiera es hora de almorzar.

—Aquí el tiempo no significa nada. Haces lo que te apetece, cuando te apetece.

—¿Y si lo único que deseo es regresar a mi camarote?

—Entonces deberías contar con que vas a tener compañía.

Vuelve a tirar de mi mano.

—Ven. Te voy a enseñar lo ridículo que es todo esto.

De mala gana, permito que me conduzca hacia el sol.

—Oh, entiendo muy bien la parte ridícula.

Escucho la risa de Reese antes de que se incline hacia mí.

—Shhh... No se lo digas —me susurra al oído—. No tienen ni idea. —Se detiene a medio camino de la piscina y se vuelve hacia mí. Sus ojos me recorren de pies a cabeza y una sonrisa perezosa y muy sexy inunda sus rasgos—. Por cierto, me encanta tu atuendo.

—Oh, ¿esta antigualla? —replico, agitando las pestañas con fingida timidez—. Es lo mejor que he podido encontrar para ahora, aunque no he buscado mucho. Pero esta noche... esta noche utilizaré algo solo para ti. Creo que lo vas a disfrutar.

Reese arquea una ceja.

—¿En serio?

La mirada que me lanza amenaza con hacerme sonrojar. Cuando se pasa la lengua por los labios, me recuerda a un lobo feroz, y me muero por ser su próxima comida.

Un par de horas después, cuando me estoy relajando en la sombra, me doy cuenta de que Reese tenía razón. Esto no es tan malo como pensé que sería. Dos de los chicos parecen ser muy tímidos, algo que imagino que puede ser un gran problema para ellos en la vida real, pero no aquí.

Los otros parecen adaptarse bien, aunque resultan un poco *playboys*. Creo que han venido por la fantasía que dice Reese. Pero hay un par de ellos, en especial Nathan y Jeremy, que me producen cierta intranquilidad. Tienen algo que me hace recordar a un depredador... y no de forma positiva. A pesar de que no puedo basarme en nada sólido, creo que podrían llegar a ser bruscos e insistentes. Quizá demasiado insistentes. Me alegra que Reese haya hecho público su reclamo sobre mí. No me gustaría encontrarme a solas con ninguno de los dos. No sé si sabría cómo comportarme. En el Exotique no tenemos que preocuparnos por este tipo de cosas. Hay fuertes medidas de seguridad y los pesados son eliminados con rapidez.

Mi mirada se encuentra con la de Reese. Está enfrascado en una conversación sobre acciones y no parece tener prisa por moverse, por lo que cuando se levanta un poco de brisa, haciéndome estremecer, decido dirigirme a una de las cubiertas más soleadas. Elijo la de la derecha de la barra; la que no ha ocupado Amber.

Tengo los ojos cerrados y la cara alzada hacia el sol cuando cae sobre mí una sombra. Sonríe antes de mover los párpados. Espero ver a Reese flotando sobre mí, pero en su lugar me encuentro con Nathan.

—Debes tener cuidado de no quemarte. Sería una pena dañar un centímetro de esta hermosa piel. —Se inclina para pasar un dedo por mi muslo antes de sentarse en el borde de mi tumbona.

Me incorporo para sentarme y le dirijo lo que espero que sea una sonrisa helada.

—Gracias por tu preocupación, pero estoy bien. Tengo cuidado. Mucho cuidado —replico, haciendo hincapié en las últimas palabras por si acaso mi desinteresada sonrisa no ha sido suficiente mensaje.

—Reese siempre se reserva las mejores para sí mismo. ¿Por qué?

No sé cómo responder a eso. Lo único que se me ocurre es que si vuelve a tocarme me moriré de asco. No tiene nada realmente repulsivo; me refiero a que no es feo, con aquel pelo rubio oscuro y unos almendrados ojos verdes, pero tiene algo que me pone la piel de gallina.

Todo lo que sucede a continuación ocurre tan rápido que me cuesta asimilarlo. Primero Nathan está allí, sentado en mi tumbona, y al momento siguiente ya no está. Reese lo agarra por la espalda de la camiseta con un brusco movimiento y lo arroja lejos, haciendo que tropiece con dos tumbonas vacías.

La expresión de Nathan resulta cómica cuando intenta enderezarse.

—¿Qué cojones te pasa, hombre? —le espeta.

El rostro de Reese muestra una expresión atronadora. Aprieta tanto los labios que parecen una fina línea, tiene los puños cerrados y cada músculo de su alto y fibroso cuerpo está rígido como una tabla.

—He dicho que es mi invitada.

—Pensaba que eso era elección de la chica. ¿No es eso lo que has dicho siempre? ¿No es esa tu política? —pregunta Nathan con sarcasmo, trazando unas comillas con los dedos en el aire.

—Es mi política, salvo con ella. Kennedy es mía. No la toques, no le hables. Ni siquiera se te ocurra mirarla fijamente. Mantente lo más alejado que puedas de ella o te lanzaré al medio del Pacífico y deberás regresar a Fiji nadando.

La cara de Nathan está tan roja y brillante que parece arder mientras se coloca la camiseta y trata de recuperar algo de compostura.

—Solo tenías que decirlo, Spencer. ¡Por Dios!

Tras lanzar una desagradable mirada por encima del hombro, primero a Reese y luego a mí, Nathan regresa a la cubierta superior y luego se retira, supongo que hacia su camarote, donde podrá lamerse las heridas en privado.

Reese mira a su alrededor con todos los ojos fijos en él antes tenderme la mano. Sin dudar, deslizo mis dedos en los suyos y me levanto. Cuando me mira, sus ojos parecen casi negros por la ira y el deseo... y algo que parece primitivo y posesivo.

—¿Te he mencionado ya que hoy tienes el día libre? —pregunta.

—Sí. —Respiro con cautela.

—Bien. —Dicho eso, se inclina y me da un beso que baja hasta los dedos de mis pies y me abraza el alma. Después levanta la cabeza, me guiña un ojo y vuelve a rozar mis labios de nuevo antes de girarse hacia el grupo de espectadores.

—¿Alguna pregunta? —dice en voz alta.

Todos niegan con la cabeza. Algunos de los hombres alzan la mano en el gesto de paz universal. Otros solo miran hacia otro lado como si no quisieran despertar de nuevo su ira.

Sé que debería sentirme insultada porque me ha reclamado de forma pública, pero no es así. Es evidente que Reese nunca ha mostrado ese celo por otra mujer, al menos de esta manera, y eso alimenta mi esperanza de que quizá, solo quizá, sienta algo por mí.

—Vamos —me dice, tirando de mi mano—. Voy a hablar con Arnold, el capitán, para que detenga el yate un par de horas. Así podremos probar las motos de agua.

Y sin más, se acabó el problema. El Reese de siempre ha vuelto; el Reese calmado y encantador, como si no hubiera pasado nada.

El resto del día transcurre de forma indefinida, en un estado de felicidad pura. Hago esquí acuático con Reese en el Pacífico. Se burla de mí y coquetea, deteniéndose de forma regular para acercarse a mi moto para poder besarme. Y no son piquitos, sino besos de verdad, que me dejan sin aliento y con ganas de más.

Cuando llega la hora de la cena, es incluso encantador con sus clientes, a los que ha ignorado de forma descarada durante la mayoría de los días. Es evidente que Nathan sigue enfadado. Lo veo en las miradas que le lanza a Reese cuando él no presta atención. Ha solicitado la compañía de una hermosa rubia platino que todavía no me han presentado. Se vuelca con ella igual que el resto de los hombres con sus elegidas, dejándome libertad para deleitarme en la forma en que Reese parece necesitar tocarme todo el tiempo.

A cada rato, da igual si está hablando con otra persona, bebiendo vino o escuchando, roza mi mano, me toca el pelo o me roza la pierna con la suya por debajo de la mesa. Cada vez que lo miro, da igual lo que esté haciendo, él también me mira. A veces me guiña un ojo, en otras ocasiones sonríe y en algunos momentos me mira de una forma que hace que mi corazón se ablande como un trozo de queso sobre un foco de calor.

En definitiva, ha sido uno de los mejores días en mucho tiempo, a pesar del cuestionable encontronazo con Nathan. Nuestra fluida compenetración me ha hecho esperar con anhelo el baile de esta noche. Espero que esté satisfecho de que me acuerde de ese pequeño detalle ocurrido hace tanto tiempo.

Cuando me deja ante la puerta de mi camarote para que me prepare, me rodea el cuello con sus largos dedos, retirando el pelo hacia atrás por encima de los hombros y se inclina para besarme el pulso. Cuando siento su lengua en ese punto, me bajan escalofríos por los brazos.

—Te deseo tanto que apenas puedo pensar con claridad —murmura contra mi piel—. Recuérdalo cuando bailes esta noche. Recuerda que estarás bailando para mí. Para mí y para nadie más.

—Sí —sigo diciendo, clavando los dedos en sus fornidos bíceps para evitar arrastrarlo a mi camarote—. Y te recuerdo que ese baile será solo para ti. No lo olvides.

Reese alza la cabeza con una pregunta en los ojos. Sonríe de forma misteriosa y le doy una juguetona palmada en el culo antes de darle la vuelta para entrar en mi habitación. Solo cuando la puerta está cerrada y yo apoyada en ella, oigo su largo suspiro. Sonríe con la certeza de que está sufriendo tanto como yo. Pero quizá no

sea por demasiado tiempo. Quizá...

Reese

Tengo que sentarme para ver la primera hora de actuaciones, cuidadosamente planificadas. Sin embargo, no estoy interesado en ver, escuchar o participar en nada que no implique a Kennedy.

Es culpa mía que salga la última. Y además, Karesh la había programado en el último lugar. Sé que ella quiere ser una empleada más y que le encanta bailar. Pero no me gusta, y lo odio, lo odio casi con la misma pasión que la deseo a ella, no soporto pensar que otra persona clave sus ojos en ella mientras baila. Me chirrían los dientes solo de pensar en lo incómodos que me resultarán esos cuatro minutos. Pero es por ella. Espero soportarlo aunque solo sea por ella...

Cuando llega la hora de su actuación, me siento expectante e irritado a la vez. Miro a un lado y a otro para saber quién está siguiendo el espectáculo, y me encuentro con que interesa a todo el mundo. Por supuesto...

Reprimo un gruñido de desagrado.

La luz se apaga y centro de nuevo la atención en el escenario. Cuando escucho las primeras notas, no puedo evitar sonreír. Kennedy me ha dicho que esta noche lo había elegido todo para complacerme. Y ha empezado bien.

Cuando éramos más jóvenes, mis hermanos y yo solíamos ver algunas de las viejas películas de mi padre cuando él no estaba en casa; algo que ocurría a menudo. Eran cosas de críos traviesos que estaban abriéndose a la vida.

Una de mis favoritas era una historia de una chica que trabajaba de soldadora de día y de bailarina por la noche. Ella siempre había querido ser bailarina y conoció a un tipo que consiguió que pudiera serlo. Mi padre acostumbraba a catalogarla como basura al tiempo que aseguraba que nada de eso ocurría en la vida real, pero yo admiraba la determinación de la bailarina, por no hablar de su cuerpo y de la forma en que bailaba. Según recuerdo, aquella chica fue la causa de al menos una docena de mis primeras erecciones.

Una vez se lo conté a Kennedy, durante aquel verano, hace ya tanto tiempo. Ella me confesó que también había visto la película y que le encantaba la forma en que bailaba aquella chica. Esto me hace preguntarme cuánto pudo influir en nuestras vidas. Al crecer me convertí en el propietario de algunos clubs de baile. Y ella acabó bailando en uno de ellos. Y ahora aquí estamos; la chica que no tiene prácticamente nada y el hombre rico que puede conseguir que sus sueños se conviertan en realidad. ¿Puede la vida imitar al arte?

Si tuviéramos una canción, bien podría ser esta. Y la va a bailar para mí.

Con los primeros compases, Kennedy se desliza en silencio desde detrás del telón. De una forma dramática, arrastra los pies descalzos con cada paso y muestra la cabeza gacha mientras camina. Sus delgadas piernas están desnudas, pero con tela amontonada en las pantorrillas. Ha elegido un atuendo consistente en una corta y ceñida falda negra y una sudadera gris con el cuello recortado. Se le cae por un hombro, revelando el estrecho tirante de un sujetador negro. Si la música no me hubiera dado la pista de su intención, la sudadera lo haría.

Camina hasta el centro del escenario y se inclina, balancea y gira como una elegante bailarina. Es fácil darse cuenta de que su talento va mucho más allá de los bailes provocativos, aunque cada movimiento que hace es sexy solo porque es Kennedy. Creo que no puede evitarlo.

La veo bailar hipnotizado. Según avanza la canción, sus movimientos se hacen más excitantes, sus ojos se vuelven hacia mí con más frecuencia. Cuando abre las piernas en un profundo paso de baile, parece que sus labios emiten un silencioso gemido, como si estuviera recordándome entre ellas. Cuando se inclina hacia atrás, haciendo ostentación de sus pechos redondos, cierra los ojos como si yo la estuviera tocando. Todo ello consigue que mi pene esté cada vez más duro.

Cuando se dirige hacia la silla solitaria, de alguna manera sé lo que va a hacer. Las luces se apagan quedando solo un foco, que centra en ella su haz luminoso.

Observo cómo sube la mano para soltarse el pelo, dejándolo caer en una brillante y espesa oleada cuando arquea la espalda lejos de la silla. Vuelve a elevar la mano, esta vez para alcanzar por encima de ella un cordón que solo ahora puedo ver.

Me levanto de golpe, sabiendo lo que viene a continuación. Como a cámara lenta, la veo tirar del cordón. El agua cae de la nada, estrellándose sobre su pecho y su estómago antes de llegar al suelo.

Kennedy arquea más la espalda y la oigo jadear con claridad, incluso con la música. Noto que sus pezones se endurecen por debajo de la empapada tela de la sudadera. Por mucho que quiera probarlos, en ese momento solo puedo pensar en lo mucho que me gustaría que nadie estuviera viendo esto. Que nadie estuviera viéndola.

Mi ira se despierta con ardiente rapidez, y estalla incluso antes de que la canción termine.

—¡Fuera todo el mundo! —grito lo suficientemente alto para que me escuchen por encima de la música. Hay una pausa, durante la cual escudriño la sala antes de repetir todavía con más dureza—. ¡Todos fuera!

La habitación se vacía en pocos segundos, y la música de otra canción comienza a sonar. Kennedy está sentada en la silla, mirándome, con el agua goteando de la punta de sus cabellos. Cuando me dirijo hacia el escenario, no se mueve, no respira.

Ni tampoco yo.

Kennedy

Lo veo saltar al escenario con agilidad. Lo observo cuando sus ojos errantes recorren mi cuerpo como si estuviera decidiendo qué parte atacar primero. Me doy cuenta de la paciencia que ha demostrado hasta el momento, y cómo se convierte en nada. Solo queda el hambre. El deseo. La pasión más ardiente en su forma más cruda.

Cuando llega hasta mí y me cubre con sus manos, sé que esto va a ser tan veloz como un viaje a la luna; rápido, furioso y alucinante. Y estoy preparada para ello.

Ha llegado el momento.

Primero me pone las manos en el pelo y retira varios mechones mojados para sostener mi cara entre sus dedos. Su boca saquea la mía. Nuestras lenguas se enredan, nuestros labios se devoran.

Sus dedos se deslizan con urgencia por mis brazos para llegar al borde de la sudadera. La sube en un movimiento fluido para pasármela por la cabeza y la arroja a un lado. Con un gruñido, me acerca de nuevo, pegándome a su cuerpo, e inclina la cabeza para volver a aspirar mis labios con su boca.

—Dime que deseas esto tanto como yo —me urge con la voz firme y ronca—. Dime que puedo hacer lo que quiero. Aquí. Ahora mismo.

Sus palabras son como una chispa en la hierba seca y hacen que mi interior se convierta en llamas, un incendio crudo y voraz. El calor sube por mi espalda y explota en el espacio entre mis piernas.

—Sí. Sí a todo.

Eso es lo único que él necesita oír. Ya no lo contengo, he liberado el animal que lleva dentro, pero esta vez estoy preparada para ello.

Con un salvaje gruñido, Reese desgarrar la parte posterior de mi sujetador y tira de él bajándolo por mis brazos para dejar mis pechos al descubierto. Cuando me inclina hacia atrás sobre su brazo y presiona los labios sobre un pezón, aprieto los muslos para contener el placer.

Enredo los dedos en su pelo e, impulsada por mi propia necesidad frenética, tiro con fuerza. Cuando me endereza, me concentro de inmediato en los botones de su camisa y comienzo a tirar de ellos.

El duro pecho de Reese, salpicado de vello oscuro, está cubierto por una fina capa de sudor que hace que se me llene la boca de saliva por la necesidad de saborearlo. Así que lo hago. Me inclino y arrastro la lengua hasta sus marcados pectorales, desviándome para tomar una de sus tetillas en la boca.

Él ahueca las manos sobre mi cabeza y emite un silbido por lo bajo cuando se la muero.

—¡Maldita seas! —escupe con lo que parece ira—. No quería que fuera así, pero me estás volviendo loco.

Clavo en él los ojos mientras me libero de su agarre. En ese momento me doy cuenta de que quiero volverlo loco. Quiero que se sienta tan desesperado, tan poseído por la pasión como yo.

Me dejo caer de rodillas ante él y llevo los dedos al botón y la cremallera de sus pantalones para abrirlos con agilidad, bajándoselos hasta la mitad de los muslos.

No lleva ropa interior, y contengo la respiración cuando me encuentro cara a cara con su enorme pene. Me había olvidado de lo grande que lo tiene. Eso no ha cambiado, pero veo algo allí. Justo delante de mí, atravesando el suave glande, hay una barra de oro con unas bolitas en los extremos.

La miro fascinada. Levanto la mano para rozarla con la punta del dedo y él da un respingo en respuesta.

—¿Te gusta? —pregunta en voz baja—. Es un *piercing* que se conoce como «Príncipe Alberto». —Suspira y su aliento sale con un siseo—. No sabes las ganas que tengo de enseñarte lo que sentirás cuando friccioné tu interior con él. Quiero que grites mi nombre cuando te corras. —La voz de Reese es áspera como el terciopelo sobre mi piel, impacta en todas las zonas erógenas de mi cuerpo.

Me inclino hacia delante para rodear con la lengua las bolitas. El gemido de Reese y la forma en que me agarra del pelo hace que moje las bragas.

Cuando cierro los labios alrededor del glande, Reese se estremece sin control y comienza a tirar de mí para levantarme y estrecharme entre sus brazos. Sus labios aplastan los míos en un beso que podría haberme convertido en fuego si no fuera porque estoy sobre un charco.

Reese se deshace de los pantalones y me coge para tenderme en el húmedo escenario. El agua fría que noto en la espalda hace que mis pezones se ericen en dolorosas protuberancias que él ataca con labios, lengua y dientes. Se incorpora para tirar de mi falda, que desliza por mis piernas junto con las bragas y los calentadores que me cubren las pantorrillas.

En cuanto estoy desnuda debajo de él, comienza a mover la boca. Me besa el estómago y traza un ardiente camino hacia el triángulo entre mis piernas. Todo mi mundo parece concentrado en un solo lugar, un lugar en el que necesito sentir su contacto. Me acaricia con su rostro, pero el tacto es ligero y breve y no supone ningún alivio.

Justo antes de que me rinda y le ruegue que ponga fin a mi sufrimiento, Reese me hace rodar sobre mi estómago. El agua fría impacta en cada centímetro de la piel de mi torso y me hace jadear. Todavía tengo la espalda fresca por el contacto con el escenario mojado, por lo que el primer roce de la boca caliente de Reese resulta casi doloroso. La lengua en la base de mi columna provoca que me atravesase un escalofrío y el tacto de sus manos ardientes en la curvas de mi cintura me deja sin aliento.

Reese me clava los dedos en las caderas para levantarlas del suelo, obligándome a arquear la parte inferior de mi cuerpo hacia él. Arrastra los labios por el pliegue entre mis nalgas antes de separarme las piernas. Hay una pausa en la que el corazón se me detiene por completo en el pecho antes de que sienta sus labios en mi entrada.

Estoy indefensa ante aquella tortura. Reese me sostiene ante él, obrando una especie de ardiente magia blanca con los labios y la lengua entre mis pliegues, encima del clitoris, mientras introduce el pulgar en el inicio de mi cavidad para luego retirarlo. Lo único que puedo hacer es permanecer inmóvil, meciéndome contra su boca mientras me lleva al límite.

Justo cuando comienza mi orgasmo, como si quisiera saborearlo a conciencia, Reese me da la vuelta sobre la espalda, apoya mis piernas en sus hombros y entierra la cara en mi sexo, lamiendo, chupando y rozándome mientras atravieso las oleadas de la liberación.

Antes de que mi cuerpo pueda recuperarse por completo, Reese se levanta y se pone en cuclillas para deslizarse entre mis piernas. Lo miro; sus ojos son brasas azules que arden en el centro de su voraz expresión, y sé que todavía queda más. Mucho más.

—Ese *piercing* en el que estabas tan interesada... —me dice con brusquedad—, quiero que sientas cómo fricciona tu interior mirándome a la cara. Quiero ver lo que provoca la barra de oro al entrar y salir de ti. Quiero ver cómo te corres al sentirla.

Mis músculos internos se contraen ante sus palabras y me aferro a él al notar que se coloca en mi entrada.

—No tengo condón —admito sin aliento.

—No es necesario. Me hice la vasectomía.

Aunque en este momento solo siento alivio, sé que más adelante me arrepentiré.

—¡Dios! Y no sabes lo que me alegro —jadea, provocando otra nueva oleada de deseo—. Quiero sentir cada centímetro de ti, cada latido. Y quiero que sientas cada centímetro de mí, dilatarte por completo, correrme en tu interior.

—¡Oh, Dios mío! —suspiro al tiempo que lo aprieto entre mis piernas.

Lo observo mientras se inclina y se frota contra mis pliegues, masajeando mi clitoris mientras juguetea en mi entrada con el grueso glande. Bajo la vista y veo que la luz se refleja en la barrita de oro, haciendo que mi núcleo se anegue con más ardientes fluidos.

—Ahora, Reese —suplico.

—Tengo que ir despacio. No quiero hacerte daño —responde con la voz tensa mientras guía la punta en mi interior, todavía jugando con mi parte más sensible.

Abro la boca cuando observo que el *piercing* desaparece en mi interior. Avanza poco a poco, entrando y saliendo con cortos y agitados movimientos. Puedo sentir las bolitas en mi interior provocando una fricción que hace que mi vientre se tense, acercándose a la aniquilación absoluta. Hago oscilar las caderas hacia Reese con intención de tomarlo más profundamente, pero me cuesta. Es demasiado grande.

—Despacio. Una vez que te ajustes a mi tamaño, te daré lo que quieres. Te lo daré una y otra vez, hasta que me supliques que me detenga.

Jadeo. Lo que me está haciendo me vuelve loca, y la brillante luz que cae sobre mis ojos me muestra la voraz mirada del rostro de Reese.

Me apoyo en los codos, segura de que no puedo esperar un segundo más. Reese gruñe y aprieta la mandíbula.

—Kennedy —me advierte, intentando tranquilizarme mientras se introduce un par de centímetros más en mi interior.

—Reese, no puedo esperar. Por favor.

Sé que parezco desesperada. Que sueño desesperada. Lo noto en mi voz; la necesidad que invade mi cuerpo se filtra en mi tono. Pero siento como si el mundo fuera a explotar a mi alrededor si Reese no me llena. Si no me llena por completo.

Oigo su pesada respiración. Veo que la frente le brilla por el sudor que le provoca seguir conteniéndose. Sus ojos se clavan en los míos.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —respondo sin vacilar.

Después de una breve pausa, Reese se inclina hacia delante, pone mi pierna izquierda por encima de su hombro y se hunde con fuerza en mi interior. Por un momento, siento como si fuera a desmayarme por la intensidad del placer. Su presencia dentro de mí es tan abrumadora que provoca un puro éxtasis, y la fricción de las bolitas cada vez que se retira y se hunde amplía un goce que parecía infinito, llevándome de nuevo al límite.

Mi grito se funde en un gemido ahogado cuando Reese comienza a imprimir una dura cadencia a sus caderas, clavándose en mi interior al tiempo que mi cuerpo se ciñe en torno a él.

—Eso es, cariño. ¡Córrete ya! —Sigue moviéndose de forma implacable mientras me lanza al segundo orgasmo.

Cuando me relajo sin fuerza debajo de él siento que se retira con un lento y fluido golpe, y lo miro. Está frotando la punta del dedo sobre el glande. Su pene brilla con mis fluidos y, ahora, también su dedo.

Clava los ojos en los míos; en los suyos adivino una pasión que no había visto antes. Lo observo mientras se mete la punta del dedo mojado en la boca, cierra los ojos y suelta un gemido de puro placer.

—Dios, jamás había saboreado algo igual.

A pesar del cansancio, siento nuevos chispazos entre mis piernas cuando lo veo separando mis pliegues para volver a penetrarme.

—Ahora voy a llenarte —promete antes de comenzar de nuevo aquel dulce tormento. Fiel a su palabra, me llena cuando llega al clímax. No se detiene hasta que puedo sentirlo desliziándose por el suelo, bajo mi cuerpo.

Por fin, alcanzo mi tercer orgasmo. Estoy tan abrumada por aquel intenso placer que ni siquiera me doy cuenta de que estoy gritando el nombre de Reese hasta que veo su sonrisa.

He gritado. Como él dijo.

Y me siento feliz de que tuviera razón.

Reese

Kennedy no se opone cuando la visto, la cojo en brazos y la llevo de vuelta a su camarote.

Tampoco se opone a que prepare la ducha y me meta con ella, totalmente vestido, para volver a invadir su cuerpo. Es cuando estamos desnudos en su cama, acurrucados bajo la tibieza de las sábanas, con su cuerpo acoplado contra el mío, cuando comienzo a preguntarme por qué me parece que no puedo tener suficiente de ella.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta por lo bajo. Me sorprende porque pensaba que estaba dormida.

—¿Por qué tengo la impresión de que no puedo tener suficiente de ti? —confieso la verdad, antes de que se me ocurra una respuesta mejor.

Casi puedo notar su sonrisa.

—¿Eso es malo?

La estrecho con fuerza y beso la sedosa piel de detrás de la oreja.

—Claro que no.

—Entonces, ¿por qué te sientes tan desconcertado?

—No lo sé. Es que... es como si no supiera quién soy.

Noto que se tensa un poco antes de rodar sobre su espalda. Vuelve la cabeza para mirarme.

—¿Quieres decir que no lo sabes porque estás conmigo?

La tristeza y decepción que leo en sus ojos me provoca una dolorosa punzada en el pecho.

—¡Dios, no! ¿Por qué iba a pensar eso?

Encogo los hombros de forma casual, pero sé que lo que siente no tiene nada que ver con la indiferencia.

—No es que sea alguien «aceptable» en tu mundo.

—¿A quién carajo le importa? Me he pasado la vida tratando de ser alguien que no soy. Ahora, después de tantos años, solo he conseguido estar... enfadado.

Kennedy se acerca y me acaricia la mejilla. Sus grandes ojos como piscinas verdes me hablan de algo dulce, seguro y real.

—Conmigo solo tienes que ser Reese.

—Y tú, ¿sabes quién soy?

Me pregunta la sorprende. No parece tener respuesta.

—¿De verdad quieres que sea el tipo que solo podía marcharse como hice? Porque no creo que me guste mucho.

—Todos crecemos y cambiamos con el tiempo, Reese. No tienes que volver a ser así. Puedes ser quien quieras ser.

—Una cosa no ha cambiado en todos estos años.

—¿Cuál? —pregunta ella, trazando círculos perezosos sobre mi mandíbula.

—Creo que nunca he dejado de sentir lo que sentía ese chico de diecinueve años. Desde el día que me marche y te dejé, lo único que recuerdo es estar enfadado.

Todo lo demás era una... una fachada. Una máscara. Una pose en beneficio de otras personas. Para convencer a la gente de que soy alguien que no soy.

—¿Te refieres a tu padre?

Asiento con la cabeza.

—Y también a los demás. He levantado un imperio para demostrar a la gente que soy un hombre de negocios astuto y despiadado del que nadie puede burlarse.

Igual que mi padre. Sin embargo, me he pasado la vida tratando de ser diferente a él, y el único resultado es que he seguido sus pasos uno a uno.

—No es demasiado tarde para empezar de nuevo, Reese. Nunca es demasiado tarde.

Miro a Kennedy a los ojos, me recreo en su hermoso rostro.

—Ojalá fuera tan fácil.

—Puede serlo.

Sonrí y la beso en la punta de la nariz sin hacer ningún comentario. Seguramente no diría eso si lo supiera todo sobre mí.

No, no diría eso.

Kennedy

Nunca me he sentido más una princesa que cuando estoy con Reese. Bueno, en realidad, solo me he sentido una princesa con él. Ya sabía cómo hacerme sentir especial cuando éramos más jóvenes, y es algo que no ha cambiado. Es como si fuera la única chica del mundo.

Casi no se ha separado de mi lado ni un minuto desde la noche en que entró en mi camarote y me encontró mareada. Durante el día, se aleja durante unos instantes para atender los negocios con Karesh o para hacer llamadas necesarias, pero suele aprovechar cuando me estoy cambiando de ropa para la cena. Cada mañana me lo encuentro enroscado a mi alrededor cuando despierto, me pone las manos encima en el gimnasio cuando me ayuda a entrenar, me atiende en la piscina y se oculta conmigo en la noche, haciéndome el amor de una forma impresionante. Es la experiencia más surrealista de mi vida.

No me ha pedido que vuelva a bailar. Sin embargo, se las arregló para disculparse a la mañana siguiente de mi último baile. Al despertar, después de aquel alocado encuentro en el escenario.

Me desperté por un cosquilleo en el costado. Cuando me giré, descubrí que era la mano de Reese.

—Tu piel es como la seda más fina del mundo —ronroneó en mi oído. En aquel momento, dejó de hacerme cosquillas y empezó a pasarme la mano de arriba abajo—. Lamento haberte avergonzado anoche.

—¿Cómo me avergonzaste? —le pregunté, empezando a retorcerme al notar que su mano se desplazaba muy despacio hacia delante. Me rozó el borde del pecho y bajó de nuevo a las caderas y a la espalda.

—Diciendo a todos que se fueran —explicó, arrastrando la mano entre mis pechos y nuevamente hacia abajo. Detuvo los dedos justo en el vértice entre mis muslos, provocando un fuerte anhelo por tenerlos en mi interior. En su siguiente recorrido de arriba abajo, me encontré anticipando el momento en que llegaría allí, esperando que me tocara como quería que lo hiciera.

—Sí, fue horrible que hicieras eso en tu propio yate. Menudo escándalo —bromeé, tratando de ser paciente y esperando a que fuera él quien hiciera el primer movimiento.

Cuando su mano se abrió camino de nuevo hacia mi estómago, moví las piernas y las separé un poco a modo de invitación, pero se detuvo justo antes del lugar que sentía palpar.

—No sabes lo conflictivo que me resultó. Este es mi barco, estos son mis clientes y este es el tipo de entretenimiento que les prometo. Pero no tú. Nunca contigo. Me encantó verte allí arriba, pero saber que estaban viéndote... —se interrumpió. Su roce se hizo más brusco, más insistente cuando regresó a mi estómago y me ahuecó un pecho—. Sabes que estaban viendo cómo se endurecían tus pezones bajo el agua... —Me pellizcó un pezón y tiró de él como si el recuerdo todavía le afectara. Contuve la respiración y esperé, luchando contra el impulso de arquear la espalda y apretar el trasero contra su ingle—. Saber que estaban deseando poner sus manos sobre tu cuerpo —continuó, moviéndose hacia abajo hasta que el anhelo me hizo arder por él—, sus dedos en tu interior. Sus pollas...

De pronto, como si fuera muy urgente reclamarme otra vez más, Reese se inclinó y me sujetó la pierna para ponerla sobre la suya, separando mis muslos. Me introdujo un dedo, empujando con fuerza hasta el fondo. Su gemido se debió, estoy segura, a que me encontró empapada por él, porque luego se movió a mi espalda y me penetró con un brusco y rápido envite.

Los dos abrimos la boca y suspiramos a la vez, todavía poco acostumbrados a esa sensación increíble. La conversación se detuvo en ese punto. Reese separó mis pliegues con los dedos y frotó mi clitoris hasta que solo pude repetir su nombre una y otra vez. Me acompañó en ese momento. Sentí que se ponía rígido a mi espalda cuando derramó su profundo calor en mi interior, empujando una y otra vez hasta que me relajé en sus brazos.

Después se retiró de mi interior, pero dejó la pierna por encima de la suya. Siguió tocándome con suavidad mientras besaba mi hombro, mientras acariciaba mi cuello, susurrándome cosas deliciosas al oído.

—Me encanta sentirte así por dentro, tan suave, tan mojada por mi semilla... —confesó, frotando mis paredes con el dedo—. Me gustaría poder quedarme siempre en tu interior.

Reconocí ante mí misma que también me gustaría que fuera posible.

Y cada mañana, desde entonces, ha sido así de espectacular. Y las noches han sido todavía mejores.

Hoy atracamos en un puerto por primera vez desde que salimos de Hawaii. Será en las islas Marquesas, de las que no sé nada. Es la primera mañana que me despierto en una cama vacía. Pero no pasa mucho tiempo hasta que oigo el crujido de la puerta y veo a Reese entrando de nuevo.

Finjo estar dormida para ver lo que hace. Es capaz de idear las más deliciosas formas para despertarme, y odiaría perderme alguna por haberme despertado muy temprano.

Siento su peso cuando se arrastra a través de la cama hacia mí, mis entrañas se tensan de anticipación. Primero me acaricia el cuello y luego me chupa el lóbulo de la oreja.

—Levántate y brilla, preciosa —susurra al tiempo que desliza la mano sobre mis nalgas trazando suaves círculos.

Me estiro y le brindo una somnolienta sonrisa, fingiendo que despierto. Sus ojos brillantes centellean de la emoción.

Ladeo la cabeza para verlo mejor.

—Pareces muy contento esta mañana.

—Estoy deseando llegar a tierra, eso es todo —confiesa, besándome de tal forma que me hace anhelar más.

Reese salta sobre mí para llegar al suelo junto a la cama y luego tira de mis manos para que me siente. La sábana cae lejos de mi torso desnudo, captando su atención. Sus pupilas se dilatan y sus ojos adquieren esa oscura voracidad con la que ya comienzo a familiarizarme.

No me molesto en cubrirme, sobre todo porque ya echo de menos nuestro jugueteo matutino. Ante aquella mirada apreciativa que clava en mis pechos, noto que mis pezones se fruncen hasta convertirse en pequeños guijarros, como si trataran de atraerlo de nuevo a la cama.

—¡Maldición! —suspira al tiempo que sacude la cabeza—. Deberías ser considerada ilegal en al menos treinta países. Eres adictiva.

Me río.

—¿No quieres venir a por tu droga? —pregunto, apoyándome en los codos, en una obvia invitación.

Reese no responde como de costumbre. No salta sobre mí..., se limita a acercarse a la cama y a retirar un mechón de cabello que reposa sobre mi corazón.

—Me temo que una vez más tampoco será suficiente —dice con voz tranquila y sincera sin apartar los ojos de los míos, resultando un tanto críptico.

Levanta la mano y la ahueca sobre mi cara. Me mira durante unos segundos largos e intensos antes de que su expresión se vuelva menos intensa.

—Ponte el traje de baño y unos pantalones cortos. Te voy a llevar de paseo.

Sonríe y salgo de la cama.

—De acuerdo —respondo, intentando ocultar mi decepción y mi preocupación ante su declaración. Aunque eso debería ser algo positivo, Reese no parece demasiado entusiasmado por ser adicto a mí. No sé cómo tomarme su reacción, así que la ignoro. Igual que he ignorado otras muchas cosas desagradables. Pronto tendré que lidiar con ellas.

Menos de una hora después, Reese y yo estamos recorriendo una ruta de senderismo hasta el Marquises Rando de Naku Hiva. Él ha estado aquí varias veces y

me cuenta leyendas y cuentos que ha conocido en viajes anteriores. Me ayuda a subir a los lugares más escarpados y me sostiene la mano cuando nos detenemos a disfrutar de la vista.

En la cima, como por arte de magia, nos espera Sven, uno de los camareros que conocí en el yate hace unos días. Sostiene una gran cesta sobre la manta blanca que ha extendido sobre la hierba.

—Su desayuno, *milady* —dice Reese, haciendo una reverencia formal y señalando la manta con el brazo.

Ni siquiera sé qué decir cuando me arrodillo en la mullida tela y Reese se acomoda a mi lado. Permanecemos tranquilamente sentados mientras Sven saca de la cesta un desayuno a base de tortitas, embutidos *gourmet*, fruta fresca, zumo de naranja y agua con gas.

Mientras comemos, no me doy cuenta de que Sven se marcha. Solo sé que, casi una hora después, levanto la mirada y no se encuentra a la vista.

—Volverá para llevar todo esto al yate —explica Reese como si me leyera la mente.

—¿Te comportas así con todas tus... mujeres? —Tomo un sorbo de zumo de naranja mientras lo miro. Parece un Adonis griego bañado por el sol tropical, más magnífico que cualquier estatua que haya visto.

—Tú no eres una de «mis mujeres» —responde con suavidad al tiempo que inclina la cabeza a un lado mientras me observa—. Y no quiero que lo pienses.

No sé qué decir, así que permanezco callada.

—Quiero llevarte a todas partes. Quiero comprártelo todo. Quiero que disfrutes del tipo de placeres que te mereces.

—Soy consciente de ello, Reese, pero no me merezco nada de esto.

Se encoge de hombros.

—Yo creo que sí. Quiero que tengas lo mejor.

—Pero no lo necesito. No soy esa clase de mujer.

—Pero podrías serlo.

—No, nunca seré así. Soy como soy, Reese. Sencilla, normal, simple.

—No hay nada sencillo, normal o simple en ti. No sé cómo no lo ves.

Ahora me toca a mí hacer caso omiso.

—Porque no es cierto.

—Bueno, entonces quizá pueda hacer que lo sea —insinúa, inclinándose para darme un beso en la mejilla antes de levantarse de un salto y tenderme la mano—. Venga, tenemos muchas cosas que hacer hoy.

Supongo que Sven limpia todo aquello después de que nosotros emprendamos la bajada hasta el mar. Una vez allí, Reese me lleva de vuelta a la orilla, donde nos espera un barco más pequeño.

Recorremos un corto trayecto por el océano hasta un lugar que Reese me indica que es Hiva Oa. Anclamos en un pequeño embarcadero y me lleva hasta el lugar donde estuvo viviendo Gauguin, así como al museo local dedicado a su arte. Caminamos de la mano por la calle, hablando como si hubiéramos mantenido el contacto en lugar de haber estado separados durante todo este tiempo. Resulta una experiencia agri dulce porque sé que terminará en algún momento y pronto volveremos a estar distanciados.

Después de dar cuenta de la merienda oculta en la nevera de la embarcación, nos dirigimos de nuevo al mar para hacer otro corto recorrido hasta Fatu Hiva, donde entramos a través de lo que se conoce como la bahía de las Vírgenes.

Reese conduce el barco entre enormes formaciones rocosas que se elevan fuera del agua por tres de sus lados. El sol brilla entre los picos y salpica el agua con sus rayos dorados. Reese detiene el barco y deja caer el ancla a veinte millas del lugar en el que convergen las rocas. Entre nosotros y los escarpados acantilados no hay nada, salvo una pequeña cascada.

—¿Te apetece nadar? —pregunta, quitándose los zapatos.

No tiene que pedírmelo dos veces. Tengo calor y el agua parece refrescante. Reese se quita los pantalones cortos y se sumerge, saliendo a la superficie justo a tiempo de ver cómo me hundo a su lado. Nadamos juntos hasta el vértice de la formación rocosa. Una vez allí, sin decir palabra, Reese sube, me tiende la mano y luego me coge en sus brazos. Me hace el amor mientras somos bañados por las cálidas aguas de la Polinesia Francesa mirándome a los ojos.

En cada grupo de islas que visitamos, me enseña un puñado de lugares increíbles, me regala hermosos objetos y me hace el amor en algún lugar inusual, como si estuviera marcando el lugar. No sé si es lo que se propone, pero sin duda es lo que pasa por mi mente. Y por mi corazón. Nunca volveré a pensar en todos estos lugares de la misma manera, siempre sentiré un pequeño dolor que, seguramente, jamás desaparecerá.

En algunos puertos, la estancia es más larga. Reese siempre busca alojamientos pequeños pero impresionantes. En Bora Bora, nos instalamos en una pequeña cabaña junto al mar. Dormimos en una cama rodeada de redes y hacemos el amor toda la noche mientras el fuego parpadea ante la puerta abierta, bañando nuestra piel con un cálido resplandor anaranjado.

En Tahití, nos alojamos en una choza, un *bungalow* privado que se encuentra al final de un embarcadero, situado por encima del agua. El desayuno nos lo trae un hombre en una canoa. Comemos *bagels* con queso crema y degustamos jugo de coco fresco hasta bien entrada la tarde.

A pesar de la conversación que mantuvimos, Reese sigue insistiendo en cubrirme de presentes, desde ropa de marca a valiosas joyas, o perfumes de mil dólares la gota. Nada que yo desee, porque lo único que quiero de verdad es a Reese.

Después de Tahití, regresamos al yate para realizar un trayecto más largo hasta Fiji. Esta mañana Reese me ha dicho que estaríamos en el puerto a última hora de la noche, y que quería verme en la sala de espectáculos. Es el último por unos días, ya que todos estarán en la costa, disfrutando de la isla. Esta es la última parada antes de emprender el regreso a casa.

Me he sentido muy emocionada durante todo el día. Por alguna razón, me parece una cita. A pesar de que hemos pasado juntos cada minuto de vigilia durante las últimas semanas, me ha mantenido oculta y alejada de todos a bordo, y eso casi es una especie de declaración. No sé qué quiere decirme.

Todavía estoy en alboroz, maquillándome, cuando escucho un golpe en la puerta. Me acerco a abrirla, esperando ver a Reese, pero solo encuentro a Karesh.

—Señorita Moore... —saluda más formal de lo habitual al tiempo que hace una pequeña inclinación con la cabeza mientras sonríe.

—Señor Karesh... —respondo con la misma corrección imitando sus gestos. Su sonrisa se hace más profunda. No sé si «Karesh» es nombre o apellido. Sea como sea, se ha convertido en una especie de juego entre nosotros durante las últimas semanas.

Me entrega una caja blanca con un enorme lazo dorado alrededor, atado con una lazada perfecta.

—Un regalo del señor Spencer. Me ha pedido que te diga que lo lleves esta noche. Estará esperándote en la cubierta de proa a las siete en punto.

Dicho eso, asiente de nuevo y vuelve a alejarse.

—Gracias —digo tras inclinarme hacia el pasillo y asomar la cabeza.

Lo veo echar la cabeza ligeramente hacia atrás.

—El placer es mío —responde en voz baja. Eso me hace sonreír. Es posible, solo posible, que sienta cierto aprecio por mí.

Cierro la puerta y me acerco a la cama para abrir la caja. En su interior, bajo un montón de papel de seda blanco, hay un vestido. Un vestido precioso. Otra preciosidad más del millón de hermosos regalos que me ha comprado.

El color me recuerda al de las esmeraldas más oscuras. El tejido parece terciopelo y resulta pesado cuando meto los dedos debajo de los tirantes para sacarlo de la caja.

Cae con suave fluidez hasta el suelo. El frunce de la cintura es muy sutil, ya que se encuentra con las pinzas que dan forma a la zona donde irán mis pechos para unirse al medallón de piedras preciosas que hay en el centro. El escote es asimétrico y el tirante izquierdo es mucho más ancho que el derecho, haciendo que parezca que solo hay uno. Al darle la vuelta, me encuentro que la asimetría se traslada también a la parte posterior. La línea cae bruscamente hasta la parte superior de las costillas, donde se junta con el terciopelo verde de la cadera derecha, dejando expuesta la mayor parte de la izquierda.

Es impresionante. Audaz. Elegante. Y Reese lo ha comprado para que yo me lo ponga. Esta noche.

Todavía lleva la etiqueta, aunque el precio ha sido arrancado. Solo queda el nombre de una *boutique* con letra elegante, así como otro nombre, que asumo que es el que recibe el modelo.

Me dirijo de nuevo a la cama y saco los zapatos a juego del fondo de la caja. Son unas sandalias con piedras preciosas iguales a la pieza central del vestido. No estoy acostumbrada a recibir regalos extravagantes como este. Solo me queda esperar que Reese se quede sin respiración cuando me vea con él.

Cuando estoy vestida, me miro en el espejo preguntándome qué verá Reese. ¿Se fijará en mis grandes ojos verdes bordeados de oscuras pestañas con sombras ahumadas? ¿En las mejillas bañadas por el sol y en los labios color rubí? ¿O verá en el brillo de mis ojos que jamás he dejado de amarlo? ¿Que sigo tan profundamente enamorada de él como cuando era una adolescente?

Puedo admitir la situación ante mí misma con mucha más facilidad de la que imaginaba. Creo que supe que pasaría desde que decidí darle a Reese otra oportunidad. De alguna forma, tenía que hacer las paces, reconciliarme con él, antes de dar el primer paso. Sabía entonces, igual que sé ahora, que Reese casi me destruyó una vez y que puede hacerlo de nuevo, pero no soy capaz de detenerlo. Lo amaré hasta que no quede nada más. Y mucho después. Es inevitable. Él es inevitable.

Me alejo de mi reflejo y camino hacia la puerta. No hay otra posibilidad que seguir adelante. Aprendí hace mucho tiempo que no puedo volver atrás.

El viento está en calma en cubierta. El aire es seco y cálido, y reina la tranquilidad a pesar de la animada conversación que flota a través de las ventanas del comedor. Mis tacones resuenan en las tablas de madera de los escalones mientras me dirijo hacia la proa. Cuando subo los últimos peldaños, veo a Reese apoyado en la barandilla. La brisa del mar le alborota el cabello oscuro y el resplandor naranja del sol poniente ilumina la mitad de su hermoso rostro, dotando a sus ojos de una pálida chispa de estas aguas tropicales.

Aunque ya estaba inmóvil, parece detenerse cuando me ve, incluso deja de respirar..., igual que yo. Sus ojos me recorren desde los rizos intrincadamente recogidos en lo alto de la cabeza hasta las uñas de los dedos de los pies pintadas de rojo que asoman por las deslumbrantes sandalias. Me da tiempo para acostumbrarme a la impresión que supone verlo vestido de gala. Me parece incluso más elegante que James Bond con el traje negro y la camisa blanca. Sostiene un vaso en una mano y una caja en la otra.

—Me dejas sin respiración —susurra cuando me acerco más.

—Tenía esa esperanza —admito con una sonrisa que podría eclipsar al sol—, pero se me olvidó cuando te vi aquí de pie.

Como si no quisiera romperme, se endereza e inclina la cabeza para rozarme los labios con los suyos. Incluso ese ligero contacto enciende un mar de sensaciones, como siempre. Reese, su presencia, su atención, su contacto hacen que todo mi ser se concentre en él. Es como si el resto del mundo no existiera. Y me da igual.

Reese camina detrás de mí para dejar el vaso en una mesita cubierta que no había visto antes de erguirse y abrir la caja que está sosteniendo.

—Es para ti. No es tan hermosa como tú, pero quería que la tuvieras.

En la caja de forma rectangular hay una pulsera ancha, con las mismas incrustaciones que el vestido y los zapatos, aunque sospecho que aquí las piedras son de verdad. Rubíes, zafiros, esmeraldas y algunos diamantes se persiguen en la interminable fila de brillantes piedras preciosas.

Reese la saca de la caja y me rodea con ella la muñeca, asegurándola antes de llevarse mi mano a la boca y besarme los nudillos.

—Gracias por venir conmigo este verano. No me había dado cuenta de lo mucho que te necesitaba hasta que has vuelto a mi vida.

El corazón golpea contra mis costillas como si fuera una retahíla de petardos.

—Gracias por invitarme. Yo...

Reese curva los labios con aquella atractiva sonrisa de medio lado que tanto me gusta.

—No es necesario que me des las gracias. Te aseguro que el placer es completamente mío.

Entre nosotros surgen unas intensas llamaradas al instante. Es difícil para mí mantener las manos alejadas de él mientras me lleva a la mesa y separa la silla para que me siente. Si la mirada hambrienta que leo en sus ojos es una indicación, siente lo mismo que yo, pero quiere esta noche por alguna razón. ¿Por mí? ¿Por nosotros? No lo sé, pero me presto a todo lo que quiera hacer. A lo que sea, en cualquier momento, en cualquier lugar.

Sven vuelve a ser nuestro camarero. Nos trae un plato tras otro de la más deliciosa comida que he probado jamás. Reese y yo disfrutamos de cada bocado, a veces alimentando al otro, a veces riéndonos al usar los dedos en vez del tenedor, a veces disfrutando sin más de la increíble vista y de la maravillosa compañía. Toda la escena parece sacada de una película o un cuento de hadas. Aplasto la semilla de temor que parece germinar en el fondo de mi estómago, la que me prepara para el desastre que puede llegar en cualquier momento, a pesar de que la situación sea perfecta.

Después de la cena, tomamos otra copa de vino antes de que me lleve a la sala de espectáculos, a una pequeña mesa para dos situada cerca del escenario. Juntos disfrutamos del entretenimiento que incluye dos bailes subidos de tono de Amber, seguidos de la aparición de un hermoso piano en el centro del escenario.

Siento curiosidad por saber quién va a tocarlo cuando veo que Brian se sienta detrás de las teclas. Comienza a tocar varias canciones como pianista de formación clásica y parece que todos lo apreciamos.

Cuando termina y las luces se encienden de nuevo, todos se levantan para marcharse. Reese no se mueve, así que me quedo a su lado hasta que esté preparado. Permanece sentado a mi izquierda por lo menos cinco minutos más después de que la habitación se vacíe por completo. Por último, cuando las luces se apagan de nuevo, dejando la iluminación suficiente para que veamos el piano con claridad, Reese me ofrece su mano. Deslizo los dedos en los suyos y dejo que me ayude a subir los tres escalones del escenario.

Reese camina hasta el piano, se detiene y se vuelve hacia mí para rodearme la cintura con las manos y sentarme sobre la tapa. Él se inclina para sentarse en el banquillo.

Desliza los dedos con elegancia sobre las teclas, con tanta fluidez como Brian.

—¿Sabes tocar el piano? —pregunto con sorpresa.

—Algo —responde con una sonrisa.

Después de unos segundos, las notas comienzan a tomar la forma de una canción que reconozco: *Fever*. La sensual melodía se filtra en el aire como una droga y, al instante, estoy bajo su influencia. La siento de forma física igual que una caricia que se desliza chisporroteante por mi piel. De pronto, el calor de la luz es más intenso, la laca del piano más fría. Mi piel está más sensible, y cada célula de mi ser espera que Reese se una a mí. Mi cuerpo se tensa por él, ávido por ese momento.

Pero él comienza a cantar.

Había escuchado la canción interpretada por un hombre con anterioridad, pero nunca me había sonado tan bien, nunca la había sentido de forma tan intensa. Su voz profunda es suave como chocolate líquido. Deliciosamente fascinante. Decadentemente tentadora.

Miro a Reese mientras toca y él me observa.

Durante la segunda estrofa, deja de tocar y utiliza las manos para agarrarme por las caderas y arrastrarme más cerca de él. Me quita los zapatos y los deja a un lado antes de apoyar mis pies descalzos en las teclas mientras sigue cantando por lo bajo. Jamás aparta la mirada de mis ojos mientras me recorre las piernas con las palmas de las manos hasta las pantorrillas. Cuando llega a las rodillas, las presiona por el interior para instarme a separarlas. Lo hago mientras la anticipación hace hervir la sangre en mis venas.

Mi respiración se vuelve entrecortada cuando Reese desliza las manos bajo el vestido y me acaricia los muslos. Con una insoportable lentitud, me despoja de las bragas, que se lleva a la boca antes de dejarlas a un lado.

Cuando la parte inferior de mi cuerpo queda desnuda ante él, se levanta. Mientras se acerca más, las palabras de la canción se desvanecen hasta que ya no hay nada más que el silencio y el sonido de nuestras respiraciones.

En el momento en que nuestros labios se encuentran, el beso se convierte en un lento tango de lenguas que hace que encoja los dedos de los pies y que mi vientre sea inundado por una voluntad que consume todo lo que he conocido.

Todo ocurre a cámara lenta, como si la canción siguiera sonando de fondo. Reese se inclina y me mira fijamente a los ojos durante lo que parece una eternidad antes de pasarme los dedos por el cuello y el pecho, presionando con suavidad hasta que tengo la espalda apoyada sobre la superficie del piano.

Siento su cálida respiración mientras arrastra la boca hasta el interior de mis muslos, donde usa las manos para separarme más las piernas hasta que siento el aire fresco en la humedad acumulada. Con un simple movimiento de cabeza, me roza con los labios. Me raspa con la barba incipiente, robándose el aire y provocando que mis músculos se tensen de anticipación.

Pero Reese solo quiere jugar, no aliviar el perpetuo dolor que reside en mi interior, un dolor que me hace arder por él. Separa mis pliegues con un dedo antes de comenzar a deslizarlo de arriba abajo, de un lado a otro, arremolinándolo mientras sigue deslizando la lengua con el más ligero de los roces.

Sigue jugando hasta que estoy a punto de gritar, hasta que mi nivel de frustración resulta casi insoportable. Pero entonces, como si sintiera que estoy al límite, el contacto de Reese se vuelve más insistente y firme. Me lame con un objetivo. Me sondea con intención. Y cuando me aprisiona el clítoris con los labios al tiempo que introduce los dedos muy dentro de mí, empiezo a explotar sin control.

Sin dejar de penetrarme con los dedos, Reese me degusta con la lengua hasta que siento que vierto un chorro de húmeda calidez. Entonces ahueca las manos sobre mis nalgas y me eleva hacia su boca. Mueve los labios como un hombre hambriento privado de alimento. Y cuando la marea que me atraviesa se va asentando con un lento murmullo, Reese entierra la lengua en mi interior y me lame hasta que no queda nada.

Cuando me libera, busca mis manos para tirar de ellas y sentarme. Entonces me besa, deslizando la lengua por el interior de mi boca.

—Sabes a cada sueño que he tenido desde que cumplí diecinueve años —confiesa con voz ronca—. He buscado esto por todo el mundo y solo lo he encontrado contigo.

Reese lame mi boca y me muerde los labios mientras se baja la cremallera de los pantalones. Cuando me atrae hacia sus brazos, mis piernas envuelven su cintura de forma automática. Siento su erección en el trasero cuando se mueve para sentarse en el banco del piano.

—Quiero ver tu expresión cuando te corras bajo la luz del sol —susurra al tiempo que desliza el glande por mis pliegues. Siento que la pasión por él me inunda de nuevo, siento que mi cuerpo gotea, preparándose para lo que está por venir—. Quiero mojar mi polla en ti bajo la luz de la luna. —Mi cuerpo reacciona a cada palabra que sale de su boca, mi cuerpo reacciona y me aferro a él con desesperación—. Y quiero hacer el amor contigo sobre un piano —concluye, levantándose hasta que me empala con su larga y poderosa longitud.

Los dos gruñimos a la vez y luego Reese se queda inmóvil, enterrado en mi interior hasta la empuñadura. Saboreamos la exquisita plenitud del momento, la sensación de que está dilatando mi cuerpo al máximo.

—Nunca habrá nada más que esto, que nosotros. Eres mía, Kennedy Moore. Mía por completo.

Como si hubieran accionado un interruptor en su interior, Reese se vuelve salvaje, parece poseído por la urgencia. Me penetra una y otra vez, tirándose del pelo, mordiéndome el cuello. Gruñe en mi oído mientras repite una y otra vez que soy suya, suya y de nadie más.

El orgasmo me inunda y se dispersa, pero Reese sigue embistiendo de forma frenética hasta que se detiene. Todavía con mis piernas rodeándolo, me apoya en el piano y me penetra con todas sus fuerzas.

—Mírame —me dice por fin con un ronco graznido.

Hago lo que me pide, consciente del rabioso parpadeo de posesión que brilla en sus ojos. Solo murmura una palabra cuando se corre en mi interior, una que murmura sin cesar mientras vierte su cálido fluido en lo más hondo de mi cuerpo.

—Mía.

Cuando los dos recuperamos el aliento, Reese me deja de pie ante él, me ayuda a ponerme la ropa interior y me recoloca el vestido antes de tomarme en brazos. Me da un beso increíblemente dulce antes de llevarme de nuevo al camarote. Esa noche, me hace el amor una y otra vez, como si estuviera tratando de memorizar la forma en que siente mi cuerpo contra el suyo. Es la noche más perfecta de mi vida.

Justo hasta que una mujer irrumpe en mi habitación a la mañana siguiente.

Reese

—¿Cómo has podido? —espeta Claire Norton abriendo la puerta de par en par. No tengo demasiada paciencia para tratar con ella cuando estoy totalmente despierto, y mucho menos a primera hora de la mañana.

—Hola, Claire —la saludo, pasándome la mano por la cara—. Tienes buen aspecto. —Y lo tiene. Con su largo pelo negro y los ojos también negros, resulta tan atractiva como un millón de dólares; seguramente lo que se ha gastado para mantenerse así.

—Saca de aquí a tu última puta ahora mismo. Tenemos que hablar —dice airada.

—Claire... —empiezo a decir. Mi temperamento se enciende al instante ante aquella despectiva referencia a Kennedy. Sin embargo, mi furiosa réplica es ahogada por un hilo de voz.

—Reese, ¿quién es? —pregunta Kennedy. Me vuelvo y me la encuentro sentada en la cama, sujetando la sábana para cubrirse hasta la barbilla.

—Soy su prometida, cariño —sisea Claire antes de que yo pueda responder o explicar la situación—. ¿Acaso no te ha hablado de mí?

«¡Oh, mierda!».

Suelto un profundo suspiro. No era así como quería decirselo.

Veo la expresión de dolor que inunda la cara de Kennedy y sé que con ella desaparece toda la confianza que he logrado construir en las últimas semanas.

—No es lo que piensas —le aseguro, agarrándole la mano por debajo de las sábanas. Ella se aleja.

—¿No es tu prometida? —pregunta. Detecto la nota de esperanza en su voz, y me destroza tener que matarla. Sé lo que va a pensar.

—Es una larga historia. Dame... dame un minuto y te lo explicaré.

Aparto las sábanas y me levanto desnudo para acercarme a los pantalones, que están doblados sobre una silla, y los cojo con creciente furia. Claire no podría haber llegado en peor momento.

A medio vestir, atravieso la estancia para agarrar a Claire por el brazo y arrastrarla fuera del camarote de Kennedy. La suelto y me dirijo a mi habitación, esperando que entre antes de cerrar dando un portazo.

—No me gusta nada ese tipo de entrada, Claire.

—¿Por qué? —pregunta con rapidez, parpadeando con furia—. ¿Tienes miedo de que arruine tu diversión?

Suspiro. No tengo tiempo para esto.

—¿Qué quieres?

—Le prometiste a papi que no habría más barcos hasta que finalizara el acuerdo. Se lo prometiste.

Debe de referirse a *Sempre*.

—No tengo que recurrir al dinero de tu padre para comprarlo. Tengo más inversores. En este caso tengo a uno dispuesto a financiarlo en un cuarenta por ciento —explico.

Percibo que parte de su indignación desaparece.

—Ah. Bien, papi no lo sabe.

—Entonces, quizá «papi» debería haberse informado antes de enviar a su hija a la otra parte del mundo.

—Estaba de vacaciones en Fiji. Pensaba que podríamos pasar juntos algún tiempo cuando llegaras a puerto. Era una sorpresa. Pero imagino que no va a ocurrir.

—No cuando apareces de esta manera.

Es como si los últimos cinco minutos no hubieran ocurrido. Claire esboza una brillante sonrisa y su voz se transforma en un ronroneo.

—Es evidente que esto ha sido un malentendido. No existe ninguna razón para que no podamos seguir disfrutando de nuestra estancia. —Cierra la distancia entre nosotros y me pasa el dorso de los dedos por la mejilla—. Después de que te limpies el hedor de tu última víctima.

Le sujeto la muñeca con mano férrea y la alejo de mí.

—No es mi última nada, Claire. Y no, no vamos a pasar tiempo juntos en este viaje.

Mueve el labio inferior en un puchero.

—¿Qué vergüenza! Tu padre debería haberme avisado de que te gusta la basura.

Aprieto los dientes mientras me recuerdo a mí mismo que Claire es, sin duda, una mujer y, por lo tanto, no puedo hacerle daño físico. Da igual cuántas ganas tenga.

—Lo mejor que puedes hacer en este momento, Claire, es largarte de mi barco, largarte de Fiji y darme tiempo para que se me pase el cabreo.

Me dirijo hacia la puerta y la sostengo abierta para que salga. Ella solo duda unos segundos antes de deslizarse por el pasillo como si estuviera recorriendo la pasarela en un concurso de belleza.

Avanza unos pasos antes de detenerse justo delante de la puerta de Kennedy.

—Nos vemos dentro de unas semanas, querido —dice en voz lo suficientemente alta para que lo oiga cualquier persona, incluida Kennedy. La sonrisa que esboza antes de seguir alejándose me indica que lo ha hecho a propósito.

Espero hasta que dejo de oír el repique de sus tacones de aguja para regresar al camarote de Kennedy. Ella sigue sentada en la misma posición, donde la he dejado. Está pálida como un fantasma; parece como si le hubiera arrancado el corazón para lanzarlo al océano.

—Dios, qué forma más horrible de despertar. ¿Podemos intentar dormir de nuevo? —pregunto con la esperanza de evitar la situación en lugar de explicarle todo mientras está molesta.

—Estás de broma, ¿verdad? —me pregunta.

Valía la pena intentarlo.

—Claro —digo, tragándome un suspiro mientras me siento en el borde de la cama. Algo me dice que no va a quererme cerca hasta que no solucionemos este embrollo.

—¿Quién es esa mujer, Reese?

—Es Claire Norton. Es la hija de un socio de mi padre y mío.

—Eso me da igual. Sabes a qué me refiero. ¿Ha dicho la verdad? ¿Es tu prometida?

Su voz se quiebra en la última palabra, casi como si se atragantara con ella una vez que la dice.

—Lo es. Pero solo se trata de un asunto de negocios. Créeme.

—¿Quieres que te crea? —susurra antes de subir la voz—. ¿Que confíe en ti? —Su risa es amarga y percibo las lágrimas que brillan en sus ojos—. ¿Cómo te atreves a pedirme eso? Hemos despertado juntos durante semanas, hemos pasado juntos casi cada segundo y te has olvidado de comentarme el pequeño detalle de que estás prometido. Claro que no puedo confiar en ti, Reese. —Se levanta y camina hasta la puerta del cuarto de baño, imponente en su desnudez. Me resulta difícil ignorarla, pero no es este el momento de apreciar sus atributos físicos.

—Si fuera un problema, te lo habría contado, pero es que no lo es. De hecho, no he vuelto a pensar en Claire desde que te vi bailando la primera noche en Chicago. Así que no es nada importante.

—¿Reese! ¿Cómo puedes decir eso? Estás comprometido. —Hace una pausa en la que noto su respiración agitada, como si el mero concepto la alcanzase como un golpe físico—. Comprometido para casarte. ¿Cómo no va a ser importante?

—Kennedy —digo con suavidad, levantándome para acercarme a ella. Pongo las manos sobre sus hombros muy despacio—. Es un asunto de negocios. Nada más. No nos amamos. Jamás interferirá en nuestra relación. De hecho, es probable que no vuelvas a verla.

—Entonces, tu plan es... ¿qué? ¿Tenemos a las dos? ¿Casarte con ella y que yo sea tu amante?

—No es así, Kennedy. Solo será un matrimonio de nombre. Un negocio. Nada más. Jamás será importante para mí. Nunca llegará a significar ni la más mínima parte de lo que significas tú.

La veo quedarse boquiabierto mientras me mira con incredulidad.

—¿Y eso no te suena totalmente asqueroso?

—Kennedy, ¿qué importa que un pedazo de papel ate mi familia a la suya cuando eres tú quien posee mi corazón?

—Reese, no se puede entregar a alguien tu corazón y luego casarte con otra persona. No funciona así.

—¿Por qué? ¿Por qué no puede funcionar así?

Una sombría nube cubre sus hermosos rasgos.

—Conmigo no puede funcionar así, Reese. Jamás. No voy a compartirte.

—No vas a compartirme.

—¿Significa eso que no te has acostado con ella?

—No he dicho eso, pero te aseguro que no voy a volver a dormir con ella. Eres la única mujer que deseo, Kennedy. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Cómo voy a saberlo? Nunca me lo has dicho, y ahora, cuando por fin lo haces, es por la brillante aparición de tu prometida. ¿Qué esperas que piense, Reese? ¿Cómo esperas que me sienta?

—Tenía la esperanza de que sintieras por mí lo mismo que yo siento por ti.

—Es evidente que no es el caso. Yo jamás podría... casarme con una persona si no posee mi corazón.

—Es solo un negocio, Kennedy —repito, exasperado—. Este tipo de cosas ocurre todo el tiempo.

—No, en mi mundo no es así.

—Pero ahora estás en mi mundo. Podemos estar juntos. Te prometo que Claire no será un problema.

Kennedy se mantiene en silencio durante un buen rato. Percibo que la ira y la indignación que asomaban a su expresión se disuelven para dar paso a una increíble tristeza. El corazón se me congela dentro del pecho. Antes de que abra la boca, sé que es el final.

—Te he dicho muchas veces, Reese, que soy una chica sencilla. No necesito diamantes ni perfumes caros. No necesito viajar por todo el mundo ni degustar manjares que cuestan más que mi alquiler. Lo único que necesito es poder confiar en alguien. Si no eres capaz de darte cuenta de que Claire ya es un problema para mí, es que no eres el hombre que creía que eras.

Cuando se da la vuelta para alejarse, desapareciendo en el cuarto de baño y cerrando la puerta, sé que nuestro tiempo ha llegado a su fin.

Y también sé que no puedo dejar que se marche.

Kennedy

Siento una insoportable explosión en el interior de mi pecho. Es tan fuerte que amenaza mi integridad. En cuanto se cierra la puerta del cuarto de baño, me inclino sobre mí misma y me rodeo con los brazos para mantener unidas las piezas que me conforman.

Permanezco así hasta que comienzo a sentir un hormigueo en las piernas. Cuando me levanto y tropiezo con el lavabo, veo mi cara mojada por las lágrimas de la niña de quince años que cometió el error de confiar en el chico equivocado hace mucho tiempo, y que ha vuelto a cometer el error de confiar en el mismo hombre. A pesar de lo mucho que duele, la comparación parece insignificante.

Las lágrimas me obturan la garganta y se niegan obstinadamente a liberarla. Abro el grifo de la ducha con la esperanza de que mi dolor quede oculto en la neblina de vapor y que el agua lo arrastre consigo para siempre.

Más de una hora después, cuando tengo la cara tan roja por el agua caliente que no se nota nada más, me envuelvo en una toalla y regreso con valentía al camarote, a por mi ropa. El corazón sufre una oleada de renovado dolor al ver a Reese sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas, mirándome con ojos suplicantes.

—Kennedy, por favor —suplica. Las palabras son simples, pero su voz cuenta otra historia. Suena como si tuviera una herida lacerante en el lugar donde estaba su corazón.

—No hay nada más que añadir, Reese. Voy a recoger mis pertenencias; pasaré la noche en Fiji. Desde allí, buscaré un vuelo a casa.

Cierra los ojos.

—Por favor, no lo hagas. Por favor, no te vayas.

—Los dos sabíamos que esto era algo temporal. Odio que acabe de esta manera, pero hubiera ocurrido antes o después.

Espero que mis palabras suenen más convincentes de lo que me parecen. Lo cierto era que tenía la esperanza de que esto no terminara nunca, que por fin podría ser un «felices para siempre» con el hombre de mis sueños. Pero hace mucho tiempo que descubrí que los héroes no existen, que no vendrá ningún Superman a rescatarme. Estoy sola, y cualquier felicidad futura depende de mí misma. Solo de mí. Ni más ni menos.

—No quiero que termine, Kennedy. Quería que estuviéramos juntos. Sigo queriéndolo.

—Lo siento, Reese. Lo siento de verdad.

Mantengo la expresión tan neutra como puedo mientras me dirijo al armario. Me digo a mí misma que si puedo mantenerme entera durante unas horas más, podré acurrucarme más tarde en la intimidad de algún hotel en tierra y ceder a la tentación de llorar por todas las partes de mi corazón y mi alma que se acaban de morir.

—Kennedy, por favor. Por favor, no me dejes.

Cierro los ojos con fuerza para contener el aguijón de las lágrimas y me muerdo el labio para contener otro sollozo desgarrador que brota dentro de mí. No confío en que pueda hablar, en que pueda responderle de alguna forma, así que no lo hago. Me limito a sacar una blusa y unos pantalones cortos y dejo caer la toalla para vestirme.

Cuando me doy la vuelta, la afligida mirada de Reese me detiene en seco.

—Estoy enamorado de ti, Kennedy. Eres lo que he buscado durante los últimos catorce años, aunque no lo sabía. No sabía que, antes de dejarte, era el hombre que siempre he querido ser. Y he sido menos hombre desde entonces, cada día de mi vida. Por favor, no te marches. Jamás he rogado nada en mi vida, pero te lo ruego. Por favor. Por favor, no te vayas.

No puedo reprimirme ni un segundo más. El sonido explota desde mi interior como si algo horrible y cruel me lo hubiera arrancado.

—¡Fuera de aquí, Reese! No puedo volver a pasar por lo mismo. No podría sobrevivir. Por favor, vete.

Me tiemblan las rodillas antes de darme la vuelta y me hundo en el suelo. Me cubro la cara con las manos y lloro sin control.

Siento que Reese se acerca a mi lado antes de oírlo, como si una ineludible fuerza de la gravedad tirara de mí hacia él. Pero me resisto; tengo que hacerlo. Sé que será un milagro si sobrevivo mucho más. No puedo dejar que se apodere de lo que queda de mí. No puedo.

Cuando me rodea con un brazo, lo empujo con violencia.

—¡No me toques! Vete.

El calor de su presencia se desvanece cuando se incorpora y se aleja. Sé que se detiene y espera. Por fin, después de que se haya apoderado de algunas partes más de mí, camina hacia la puerta. Llora con tanta fuerza que casi me pierdo sus palabras.

—Te he amado desde el momento en que te vi. Te he amado durante catorce años. Y te amaré durante un millón de años más.

Percibo otra pausa antes de que abra la puerta y, por fin, la cierra con un ominoso clic final.

Es entonces cuando comienza el dolor de verdad.

Por mucho que lo intento por mí misma, estar en un lugar extraño que no conozco, del que no tengo ninguna información, es demasiado para mí, por lo que recurro a Brian. Lo llamo y, por suerte, responde al momento.

—Bueno, bueno, hola, Bella. ¿Se ha detenido el baile el tiempo suficiente como para que te acuerdes de la gente insignificante? —bromea con referencias a Disney.

—¿Puedes venir a mi camarote? —pregunto sin rodeos.

La línea permanece en silencio durante unos segundos. Su respuesta indica que ha reconocido la gravedad de la situación.

—Voy para allá.

Menos de dos minutos después de colgar, suena un golpe en la puerta. Vacilante, abro una rendija para confirmar que se trata de Brian y no de Reese.

Él empuja la puerta para pasar y cierra una vez que está dentro.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha pasado? Parece que te hubiera atropellado el camión de la basura.

Estoy demasiado aturdida para apreciar tan colorida analogía.

—Necesito tu ayuda para encontrar un lugar en el que alojarme en la isla hasta que pueda conseguir un vuelo de regreso a casa. No sé..., no conozco Fiji, no tengo dinero y no sé dónde encontrar un banco americano. ¿Aquí hay taxis? ¿Cajeros automáticos? Es decir, no sé nada. Estoy fuera de juego, solo... —me interrumpo, sintiéndome tan abrumada que ni siquiera sé transmitir mis palabras con pensamientos.

—¿Por qué necesitas todo eso? ¿Qué ha pasado?

Espero hasta que puedo mirar a Brian a los ojos por primera vez desde que ha entrado. No quería que viera mi pesar, pero, tal vez, si lo ve no tenga que explicarlo.

—Las cosas no han funcionado.

Arquea las cejas.

—Ese hombre está fuera del mercado por ti. ¿Qué coño ha pasado?

—Está comprometido —respondo con sencillez.

Brian me mira con la boca abierta en una redonda O. Es evidente que él tampoco lo sabía.

Cuando se recupera, me coge la mano y la aprieta de forma consoladora.

—Dime lo que necesitas. Yo me encargo de todo.

Le dirijo una acuosa sonrisa y le devuelvo el apretón.

Reese

—*¡La he encontrado, señor!* —dice Karesh cuando respondo a la llamada. Me veo invadido por una oleada de alivio.

—¿Dónde está?

—*En una pequeña pensión en el centro de la ciudad.*

—Así que no ha querido utilizar tampoco el *bure*. —Ya es bastante malo que Kennedy me haya dejado, pero que ni siquiera me permita ayudarla me desgarran por dentro. He ordenado que Karesh hiciera las gestiones oportunas, pero ella no ha hecho uso de ninguna. No ha aceptado el coche, ni el *bure* (como llaman aquí a las cabañas) ni el dinero que le quise entregar.

—¿Ya tiene el billete de avión?

—*No, señor. Pero puedo comprobarlo, es Brian quien la ha ayudado a hacer los arreglos del viaje. Parece que ha decidido no valerse de su ayuda.*

No puedo decir que me sorprenda. Kennedy es fuerte y obstinada, y ya tuvo que dejarme ir antes. Eso debe de facilitarle las cosas. Y aunque no quiero que sufra, y menos por mi causa, todavía me siento como si me estuviera apuñalando en el pecho una y otra vez.

—No la pierdas de vista, Karesh. Haz que consiga un billete. Y que tenga buena conexión en Los Ángeles. No la pierdas de vista en ningún momento hasta que llegue a su casa. Y entonces quiero que me informes.

—*Señor, podría usted ir con ella. Soy perfectamente capaz de gestionar el resto del crucero en su ausencia.*

—Sé que lo eres, Karesh, pero ella no quiere que yo la siga. Necesita tiempo y espacio. Además, tengo que resolver algunas cosas.

—*Como desee, señor.*

Poco después de las nueve de la noche me suena el móvil. Todavía estoy enfrascado en contratos y libros de contabilidad como el resto del día. Mi estado de ánimo es irritable, por decir algo; no me encuentro de humor para tratar con nadie. A menos que se trate de Kennedy, por supuesto. Ojalá llamara a mi puerta y me dijera que ha cambiado de opinión, que jamás me dejará. Pero no es así. Cuando se identifica el señor Bingham, me siento muy decepcionado.

—¿Qué desea, señor Bingham? —pregunto con brusquedad.

—*He localizado a la heredera desaparecida, Mary Elizabeth Spencer.*

Me incorporo, interesado.

—¿Y?

—*Resulta que falleció, señor.*

—¿Falleció? ¿Cuándo?

El señor Bingham se aclara la garganta.

—*Hace trece años, señor.*

—¿De qué manera estaba relacionada con nuestra familia? ¿Se trataba de una esposa de la que no teníamos noticias? ¿De una hija ilegítima?

—*Parece que era, de hecho, una hija ilegítima, señor.*

—¿Sabe de quién?

—*Sí.*

Hay una larga pausa durante la que me muerdo la lengua y reprimo mi temperamento con mano firme.

—¿Y bien? ¿Va a decírmelo?

—*Era su hija, señor.*

Me incorporo tan rápido que hago crujir el escritorio, que está atornillado al suelo del camarote.

—¿Cómo?

Mi mente recorre a todas las mujeres con las que me he acostado, preguntándome a quién podría haber dejado embarazada por accidente. Pero siempre he sido muy cuidadoso. Siempre.

Pero entonces, igual que cuando cae la primera ficha de dominó de una larga fila, una de las piezas de aquel relato encaja en su lugar y arrastra consigo a todas las demás.

Mi mundo se estremece.

«Hace trece años».

—¿Quién era la madre? —pregunto con el corazón acelerado.

—*Kennedy Moore, señor.*

Kennedy

Cuando vuelvo a Chicago hace frío. Me tiemblan los dedos mientras meto la llave en la cerradura de mi casa. Por supuesto, no es debido a la gélida temperatura, sino a la hipotermia interna que se ha instalado en mi alma, un frío que me congela los huesos y del que no puedo deshacerme.

En lo que me parece a cámara lenta, abro la puerta y arrastro dentro la maleta. Entonces veo un sobre de Manila de tamaño folio en el suelo. Alguien debe de haberlo metido por debajo de la puerta. Con la última gota de energía, compruebo el nombre y la dirección del remitente. No lo reconozco, así que lo dejo sobre la encimera para abrirlo más tarde, una vez que haya deshecho las maletas. Cuando me encuentre un poco mejor. Cuando me cueste menos mover los dedos.

Hago rodar la maleta hasta el dormitorio y la dejo a los pies de la cama. Agotada, me siento en el borde del colchón. Cada paso que me alejaba de Reese era como caminar un kilómetro. Cada vez que cojo aire, es como si gastara más energía de la que tengo. Los minutos se arrastran como toda una vida, y cada vida está formada por una extensa sucesión de largos y arduos momentos de pura miseria.

Respiro hondo y suelto el aire despacio, cerrando los ojos. En la oscuridad que hay detrás de los párpados, cada fracción de segundo que mi mente no está ocupada en otra cosa, mis pensamientos regresan a Reese, como lo han hecho cada minuto desde el agonizante instante en que lo abandoné en el yate, hace dos días.

Pasan horas antes de que me mueva de la cama, y todavía más antes de que me dirija a la cocina para alimentar a Bozey. Mientras vierto el alimento de la lata en su cuenco, noto que tengo las manos levemente bronceadas. Mis manos me recuerdan también los días bajo el sol. El tiempo pasado con Reese.

Me las arreglo para dejar la comida de Bozey en su lugar antes de resbalar hasta el suelo, antes de dejar que vuelvan a surgir aquellas lágrimas que parecen no tener fin.

Reese

Aprieto los dientes para reprimir un gruñido de frustración mientras me transfieren a otro imbécil inútil del banco *online* que acostumbro a usar. Por enésima vez, deseo que el día tenga más horas, y que las horas tengan más minutos. Necesito tiempo. Mucho más tiempo y que transcurra más rápido. Cuanto antes pueda resolverlo todo, antes podré ir en busca de Kennedy.

Desde que la vi alejándose de mi barco hace cuatro días, la urgencia ha sido la única constante en mi interior. Trabajo sin descanso hacia mi meta, pero aun así esta urgencia me atenaza. Cada día que pasa se intensifica, crece... aquí. Aquí, donde no puedo moverme más rápido. Aquí, donde no puedo hacer que los demás se apresuren. Pero tengo que intentarlo. Porque tengo que llegar junto a Kennedy. Tengo que llegar junto a ella, pero antes tengo que hacer esto. No podré ir con ella de otra manera.

Kennedy

Han pasado horas. Días... Clive ha venido a verme. Ha debido de darse cuenta de que he vuelto hace unos días. No me sorprende. Siempre está pegado a la ventana, viendo lo que les pasa a sus vecinos.

Más de una vez me ha ofrecido un hombro en el que desahogarme tras ver mi rostro devastado; podría ser un buen oyente. Rechacé su oferta, diciéndole que estoy cansada y que necesito pasar tiempo a solas.

Por sexto día —seis jornadas insoportablemente largas y vacías desde que me alejé de Reese— no sé si voy a ser capaz de superarlo. El amor de una mujer de veintinueve años es muy, muy diferente al de una quinceañera. No tengo ninguna duda de que siempre he estado enamorada de él, incluso entonces, hace tantos años, pero ese sentimiento palidece con lo que siento ahora por él. Lo he amado y odiado con la misma intensidad, ¿por qué no puedo simplemente conseguir que no me importe?

El día y la noche han perdido su significado. Estoy levantada a todas horas y duermo a cortos intervalos. Las sombras siempre se las arreglan para que mantenga al mundo alejado y me centre en mí misma. Así que cuando suena el timbre no sé que es de noche hasta que abro la puerta y veo la oscuridad que rodea el hermoso rostro de Reese.

Mi corazón da un vuelco y parece hundirse en un profundo hoyo fuera de mi vista. Aunque me gustaría poderlo odiar por todo lo que me ha hecho, siento un cosquilleo ante su cercanía. Es como si todas mis células se excitaran con su presencia, como agua hirviendo por el fuego.

No digo nada. Me quedo allí de pie, mirándolo fijamente. Podría estar en esa misma postura durante el resto de mi vida sin cansarme.

Él tampoco dice nada, solo deja que sus ojos vaguen por mi cara. Por fin, cuando se mueve, es solo para alzar la mano y rozarme la mejilla.

—Has estado llorando —dice bajito.

—Sí —respondo con firmeza.

—Por mí.

—Sí. —No tiene sentido negarlo.

En sus ojos brilla una profunda tristeza que ni siquiera yo soporto ver.

—Prefiero morir a hacerte sufrir.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Porque soy un capullo, Kennedy. Porque soy un capullo egoísta y calculador igual que mi padre. Pero sobre todo porque no estaba preparado para esto. Para ti. —Da un paso hacia mí. Avanza de forma lenta y vacilante, como si tuviera miedo a asustarme—. No lo vi venir, Kennedy. No lo vi venir hace catorce años y tampoco hace dos meses. Dejé que la situación me superara la última vez, pero no voy a cometer dos veces el mismo error.

—No puedes hacer nada, Reese. No voy a ser la otra. No puedo. He trabajado mucho para encontrar mi dignidad y no pienso dejar que la destruyas por dinero. No..., simplemente no puedo hacerlo.

—Y no lo harás. Debes ser lo primero. Eres lo primero. Me he dado cuenta de que no estaba poniéndote delante de todo lo demás. Pero ahora sí. Quiero y necesito que sepas que eres lo único que me importa. No puedo dejarte ir de nuevo. Nunca. Ni aunque me digas que es lo que quieres. Ni siquiera aunque me ruegues que te deje. No puedo. Me diste algo verdadero en el bosque aquel verano. Me hiciste sentir.

»He ganado millones de dólares, he cenado con diplomáticos, he disfrutado de las mejores cosas que puede ofrecer la vida, pero nunca me he sentido feliz, completamente feliz, hasta que aceptaste trabajar en mi barco. Y cada momento desde entonces ha sido el mejor de mi existencia. Hasta que te marchaste.

Hace una pausa para mirarme con sus hermosos ojos azul verdosos, haciendo que mi corazón, mi alma y mi mundo vuelvan a estar patas arriba.

—Estoy aquí por ti, Kennedy. He venido por ti. Sin nada..., solo yo... me entrego a ti por completo. Me pongo a tus pies y te suplico que me aceptes. Dame una oportunidad más.

—Reese, no puedo...

Me interrumpe antes de que pueda continuar.

—He roto con Claire. No existen dinero ni conexiones, ni oportunidades, inversiones ni contratos que compensen que te pierda. Lo he dejado todo por ti. He vendido los yates y las empresas, ya no son míos. He renunciado a ayer, mañana y siempre por ti —declara, sin duda refiriéndose a sus barcos *Ieri*, *Domani* y *Sempre*—. Lo único que quiero es estar contigo. Nada significa más que tú. Ni el dinero, ni el poder ni ninguna posesión. No lo necesito. Solo te necesito a ti. Solo a ti. A ti.

—¿Q-qué? —susurro, temiendo que puedo haber entendido lo que deseo en lo que Reese está diciendo.

—Me he deshecho de todo. Desde el momento en que te fuiste, pasé treinta y una horas seguidas examinando los libros de cuentas y haciendo números, hablando con mis abogados y preparando todas las propuestas. Estuve todas las horas del día y la noche colgado del teléfono. No podía esperar. No podía esperar a deshacerme de todo lo que podía interponerse entre nosotros antes de seguirte y demostrarte que haré cualquier cosa por ti. Lo que sea. Solo tienes que decirlo. No quiero vivir lejos de ti. Tú eres mi vida. Quiero que seas mi vida. Y quiero ser la tuya.

—Pero Reese, todo lo que has trabajado para...

—No es nada. Solo se trata de dinero. No puede compararse a ti. Todavía tengo más de lo que podría gastar en cien vidas, pero si eso es un problema, lo donaré... Lo regalaré. Me desharé también de ello si es lo que quieres. Necesito que entiendas que no existe nada, ¡nada!, más importante para mí que tú.

—Jamás te he pedido que hagas eso, Reese. No quería que renunciaras a todo por mí.

—Pero ¿no te das cuenta de que lo haría sin pestañear si pensara que así te recuperaría? Lo haría. Por ti. No necesito esos barcos, ni otras mujeres ni ninguna distracción más. Todo eso servía para llenar un agujero que solo podía llenar una persona, solo una persona. Y no estoy dispuesto a aferrarme a esa vida de mierda y perder lo único que siempre he querido, una vida contigo.

—Reese, no deberías haber hecho eso. No por mí.

—Bien, entonces lo he hecho por mí. Lo he hecho porque todo eso no me convierte en una persona mejor. Tú sí. Lo he hecho porque todo eso no me hace feliz, tú sí. Lo he hecho porque tenía miedo de que solo las palabras no pudieran demostrarte que esta vez es de verdad, Kennedy. Te perseguiré si es necesario. Nunca me daré por vencido, ¡ganaré tu corazón! Por favor, dime que no es demasiado tarde para arreglarlo todo. Por favor, dime que no lo es. Me he apresurado todo lo que he podido.

—Reese, no lo sé. Todo esto es tan... tan... No puedo pensar.

—No quiero que pienses —me dice, agarrándose por los brazos con urgencia—. Quiero que sientas. Que sientas cuánto te quiero. Que sientas lo desesperado que estoy, aquí de pie ante tu puerta en medio de la noche, dispuesto a ir al infierno, a punto de caer de rodillas y suplicarte si es eso lo que quieres. Siénteme, Kennedy —declara antes de cogerme la mano izquierda y presionarla contra su pecho, sobre el corazón—. Siénteme.

Y lo siento. Percibo su amor y su sinceridad, y cómo se le acelera el corazón bajo la palma de mi mano. Sé que su ritmo es un eco frenético del mío.

—Por favor... —susurra, inclinándose un poco más hasta que me presiona la frente con los labios mientras sigue sosteniendo mi mano contra su pecho—. Por favor, Kennedy.

Vuelvo a notar el aguijón de las lágrimas en los ojos y sé que no voy a poder contenerlas, que resbalarán por mis mejillas.

—De acuerdo —respondo en voz baja y temblorosa.

El pecho de Reese se hunde bajo mis dedos como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Repítelo —grazna.

—De acuerdo.

Y entonces me siento triturada, aplastada entre sus brazos de acero, asediada por sus labios tiernos, inundada por un amor que parece tan firme y verdadero como el mío.

Reese se inclina hacia atrás el tiempo imprescindible para dejarme recuperar el aliento. Ahueca las manos sobre mi cara y acaricia con los pulgares las lágrimas que caen de mis ojos.

—Cariño, no llores más, por favor. No por mí.

—Son lágrimas de felicidad —admito con una temblorosa sonrisa.

—Entonces sigue llorando mientras dormimos —dice en voz baja, inclinándose para cogerme en brazos—. Y déjame abrazarte hasta que no haya más lágrimas.

Me aprieta contra su torso y yo rodeo su cuello con los brazos, hundiendo la cara en su garganta. Me gusta saborear la sal de mi felicidad, que se derrama por mis mejillas y humedece su piel.

Reese me lleva hasta el sofá. Minutos... u horas después, me despierto y me encuentro todavía acurrucada entre sus brazos. Se ha quedado dormido debajo de mí, con la espalda apoyada en el respaldo en posición vertical y los dedos enlazados en mi cintura para no dejar que me vaya de forma accidental.

Reese

Cada vez que me despierto, bajo la mirada para asegurarme de que Kennedy todavía está conmigo. Y lo está. Acurrucada entre mis brazos, durmiendo como si llevara días sin poder descansar. Y si sus últimas jornadas han sido como las mías, seguramente no lo haya hecho.

Quizá esto significa que todo esté mejorando. Que por fin podremos tener lo que deberíamos haber tenido hace años.

Cuando cierro los ojos y me dejo llevar de nuevo por el sueño, mi último pensamiento es para preguntarme si va a contarme lo del bebé.

Kennedy

No me despierto envuelta en la felicidad y paz definitiva como debería. No, me despierto con la certeza de que ahora la única persona que no ha abierto su corazón por completo soy yo.

Tengo que contarle algo a Reese, algo que tiene derecho a saber. Mi intención era buena cuando me lo guardé para mí misma todo este tiempo, solo pensaba en Reese y en cómo le afectaría, pero ahora me pregunto si no habré cometido un gran error.

Solo hay una manera de saberlo con seguridad...

Reese

Decidí hace días esperar a que Kennedy me cuente lo del bebé. No entiendo por qué no me lo dicho todavía, pero tengo que concederle el beneficio de la duda. Así que le daré más tiempo. Bueno, al menos tanto tiempo como pueda antes de que los demás lo averigüen.

Le pregunté a Bingham si podía reservarse la información hasta que yo estuviera de regreso en Estados Unidos. Lo más probable es que tenga hasta mañana antes de que él le diga a mi padre quién es Mary Elizabeth. Pero antes se lo diré yo; quiero que lo escuche de mi boca. Quiero que sepa que no hay ninguna razón para utilizarlo como artimaña. Ni legalmente ni de cualquier otra manera. Quiero que Kennedy tenga la mitad de *Bellano*. Me habría gustado que nuestra hija hubiera poseído toda la propiedad.

He tratado de contactar con mi padre hace un rato, pero no ha respondido a la llamada. Así que aquí estoy, yendo a buscar el almuerzo para usarlo como excusa para volverlo a intentar, pero sin suerte. Cuando me acerco de nuevo a casa de Kennedy, me doy cuenta de por qué no quiere responder a mi llamada. Tiene sus propios planes. Su coche está aparcado justo donde antes estaba el mío.

Recojo las bolsas de comida del asiento del copiloto y me dirijo a la puerta, diciendo para mis adentros que debo mantener la calma. Sin embargo, eso me resulta difícil cuando se trata de Kennedy. Pensar que cualquiera, quien sea, la haga sufrir me hace hervir la sangre.

Cuando atravieso la puerta están uno frente al otro, justo al lado de la entrada. Kennedy sostiene un sobre de Manila y su rostro está muy pálido.

Sus ojos se clavan en mí y descubro en ellos una mezcla de tristeza y miedo, de un desamparo tan absoluto que noto que se me encoge el corazón. Mi temperamento despierta de golpe. Mi ira contra mi padre.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué cojones haces tú aquí? —pregunto a Henslow Spencer.

—Reese... —dice con evidente sorpresa en su tono y en su expresión—. Estaba... Estaba... Estábamos... —Mi ira se intensifica cuando veo que mi padre comienza a tartamudear en busca de una explicación creíble a su presencia en este lugar, casi puedo ver cómo se le ocurre la mentira—. Me estaba poniendo al día con Kennedy. —Veo que la mira como si la desafiara a refutar sus palabras.

Kennedy baja la mirada y aprieta los puños antes de hablar.

—No, no es cierto. No voy a ocultárselo durante más tiempo —interviene ella en voz baja.

Mi corazón late con fuerza cuando Kennedy camina lentamente hasta detenerse delante de mí con la cabeza gacha, con la barbilla temblorosa. Sé lo que me va a contar. Sé qué es lo que está afectándole de esta manera tan intensa. Pero saberlo y oírlo de ella, escuchar cómo dice las palabras, encontrar la verdad en sus labios... es algo muy diferente.

—¿Qué ocurre, preciosa? —Suelto las bolsas de comida para levantarle la barbilla.

Ella traga saliva y me mata un poco cuando imagino lo que debe de estar pasando en este momento, lo que debe de estar sintiendo.

—Reese, aquella vez en el bosque hace... hace tantos años..., sé que utilizaste un preservativo, pero debió de ocurrir algo. —Me mira a la cara con el corazón en los ojos, con las lágrimas temblando en sus pestañas—. Me quedé embarazada.

No tengo que fingir la oleada de emociones que me atraviesa ni la forma en que me quedo sin aliento. Pero es por eso, es por el dolor que siento al observar cómo lo revive para contármelo, porque ya lo sé. No puedo permitir que pase por esto. No por mí. No cuando puedo aliviar su agonía.

—Lo sé.

Me mira con confusión.

—¿Lo sabes? ¿Cómo es posible?

—Hace unos días recibí una llamada del abogado de Malcolm para decirme quién era Mary Elizabeth Spencer. Fue nombrada en su testamento, así que estaban tratando de encontrarla.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Su expresión muestra culpa, no ira.

—Sabía que me lo contarías cuando estuvieras preparada.

—¡Oh, Dios, Reese! —gime, enterrando su rostro entre las manos. Le rodeo los hombros con los brazos y tiro de ella para estrecharla contra mi cuerpo, deseando que hubiera algo que yo pudiera hacer para ayudarla, para aliviar su tormento.

—Shhh..., no pasa nada, cariño. Por favor, no llores.

—Ojalá te lo hubiera dicho antes —solloza, entre hipidos y lágrimas.

—Sabía que me lo contarías cuando fuera el momento adecuado —repito.

—Reese, lo siento mucho —dice, levantando la cabeza para mirarme a los ojos.

—No digas eso. Ojalá hubiera estado allí para ayudarte. Para ver cómo crecía tu vientre con nuestro bebé. Para sostenerla antes de que se fuera —confieso; mi propio y amargo remordimiento me asfixia.

—Quería decírtelo, pero no me dejaron.

El pulso se me detiene antes de que se me acelere al doble de su velocidad normal.

—¿Quiénes, Kennedy? ¿Quiénes no dejaron que me lo contaras?

Ella se vuelve para mirar a mi padre.

—Tu padre y Hank llegaron a algún tipo de acuerdo económico. Él aceptó pagar a Hank si mi padastro mantenía mi embarazo en secreto. Por eso Hank me quitó del instituto y me mantuvo encerrada en la cabaña del jardinero. No me dejaba salir. Desconectó el teléfono y ocultaba las llaves del coche por la noche. Estaba furioso, supongo que porque alguien me había dejado embarazada y ya no podía jugar conmigo. Creo que quería que el bebé muriera. Apenas me daba de comer, y me puse muy enferma. Intenté escaparme dos veces cuando pensaba que no estaba, pero me atrapó y me golpeó hasta que no pude mantenerme en pie. Después de que lo intentara por segunda vez, no me dejó salir de mi habitación a menos que él estuviera en casa. Me mantuvo así hasta que me puse de parto, pero era demasiado pronto.

»Cuando llegamos al hospital, no pudieron detener el parto. El bebé era demasiado pequeño para sobrevivir, demasiado débil para respirar por sí misma. Murió dos días después de nacer. —Kennedy estalla en sollozos tan profundos que parecen provenir de su alma en lugar de su cuerpo—. Tu padre vino a visitarme. Me dijo que arruinaría tu vida si se supiera algo, que si te quería nunca debía decirselo a nadie. Así que no lo hice. Nunca se lo dije a nadie... porque siempre te he amado.

Por encima de la cabeza de Kennedy, veo el reflejo de mi padre. Nunca había sentido más odio hacia otro ser humano en toda mi vida. Me hace arder por dentro como si fuera fuego.

—¿Cómo pudiste? —gruño.

—Hice lo que debía por ti, hijo. Por tu futuro. No estarías donde estás si te hubieras quedado con ella. Era mercancía usada.

«¿Mercancía usada?».

Hielo. Mi corazón bombea hacia mis venas una repentina ráfaga de sangre helada antes de que estalle en llamas. Un infierno atravesando mi cuerpo.

—¿Qué has dicho?

—¿Acaso crees que no te vigilaba? ¿Qué no sabía lo que hacías y con quién? Lo sabía todo sobre ella. Y también sobre el perverso de su padre. Veía cómo la

miraba, cómo la tocaba cuando creía que no había nadie alrededor. No podía mantenerse alejado de ella. Así fue como supo de ti. La seguía y os vio en el bosque. Estaba manchada. Yo nunca hubiera dejado que alguien así estuviera contigo, que perteneciera a nuestra familia.

Veo rojo.

Suelto a Kennedy y me lanzo hacia mi padre. Lo agarro por el cuello y lo lanzo hacia la pared con la intención de arrancar de ese cuerpo despreciable cada átomo de vida, con intención de borrarlo de la faz de la tierra.

—¿Lo sabías? ¿Sabías lo que él estaba haciéndole y no hiciste nada? ¿No hiciste nada?

Mi padre emite un sonido ahogado y su cara comienza a mostrar un color rojo brillante, que se convierte en un tono púrpura oscuro cuanto más tiempo interrumpo su suministro de aire.

—¡Me pones enfermo! ¡Eres un ser tan monstruoso como él! —Le sacudo, golpeándolo con más fuerza contra la pared mientras me agarra la mano, tratando de aflojar la presión de mis dedos—. ¡Te odio! ¡Odio compartir tu sangre! —Aprieto todavía más.

—¡Reese! ¡Reese, no! —grita Kennedy, tirando de mi brazo—. ¡Deja que se vaya! No vale la pena.

Escucho sus palabras, pero no me importa. Para mí, acabar con su vida vale la pena. Es un servicio a la humanidad. Le hago un favor al mundo al acabar con él.

—Reese, si le haces daño, no tendremos futuro. Arruinarás tu vida. Por favor, no le hagas daño. Por favor, no dejes que me arrebaté nada más.

El dolor que noto en su voz traspasa la bruma de mi ira. Veo en los ojos de mi padre que está a punto de perder la consciencia y sé lo cerca que estoy de matarlo.

Pero pienso en Kennedy.

Siempre en Kennedy.

Lo suelto y retrocedo.

Mi padre se desliza sin fuerza hasta el suelo, aspirando el aire a bocanadas y rozándose la marca que he dejado en su garganta.

—Juro por todo lo que es sagrado que si alguna vez te acercas a ella de nuevo, te mato. Iré a por ti y enterraré tu cuerpo en donde no te encuentre nadie. —No se mueve ni dice nada—. ¿Me escuchas? —grito, inclinándome hacia su oreja.

Mi padre alza sus ojos llenos de odio hacia los míos. Nos miramos el uno al otro durante unos segundos y percibo en qué momento se rinde a mi sinceridad. Una luz parpadea cautelosa en sus fríos ojos y sé que se da cuenta de que estoy tan furioso que no ha faltado nada para que acabe con él. Rezo para que sea lo suficientemente inteligente como para no ponerme a prueba. Porque perdería. Lo perdería todo si se cruza en mi camino. Daría mi vida por Kennedy, incluso aunque eso signifique tomar la de otra persona.

Por fin, asiente con la cabeza.

—¡Ahora vete! —ordenó, poniéndolo de pie y lanzándolo hacia la puerta—. ¡Fuera!

Lo veo abrir la puerta y atravesarla tambaleándose. Necesito de todo mi autocontrol para no darle una patada en el culo y hacerle sangre, pero Kennedy me ha pedido que no le haga daño, así que no lo haré. En cambio, cierro la puerta, alejándome de mi padre y de esa parte de mi vida.

Me doy la vuelta para coger a Kennedy entre mis brazos y la dejo llorar. Noto una pesadez en el pecho. Me siento aplastado por las traumáticas circunstancias que ha pasado. Me duele por ella, por todo lo que ha sufrido, por el tiempo que hemos perdido y por el bebé que no llegué a conocer.

Kennedy

Nunca consideré lo que me podía doler tener que hablarle a Reese sobre Mary Elizabeth. Ni cuánto daño podría hacerle a él escucharlo. La expresión de su rostro cuando por fin se volvió hacia mí después de llegar a las manos con su horrible padre era agonizante. Sin embargo, fue otro recordatorio de que, en el fondo, Reese no se parece en nada a ese hombre. Henslow Spencer puede haber intentado aleccionar a Reese para que siguiera una dirección concreta, pero ni siquiera esa maligna manipulación pudo matar la maravillosa alma con que nació Reese. Solo retrasó su aparición unos años. En cierto modo, hace que sea todavía más tierno. Sin duda me hace agradecer haber estado allí y haberlo visto. No hubiera querido haberme perdido a este Reese por nada del mundo.

Reese

Despertarme con Kennedy entre mis brazos es lo único sólido y real que siento cuando abro los ojos. Siempre había sabido que mi padre era un hijo de puta, pero supongo que jamás imaginé que era todavía más cabrón de lo que pensaba.

Me siento abrumado por los errores que necesito corregir, por los errores que debo rectificar, por las disculpas que necesito formular. Pero ¿cómo? ¿Cómo retroceder y corregir cosas que ocurrieron hace tanto tiempo?

Kennedy se mueve contra mí. Ella es mi primera prioridad; hacer las cosas bien con ella, para ella.

Me vuelvo hacia un costado y la estrecho contra la curva de mi cuerpo y aprieto los labios contra su hombro desnudo.

—Buenos días.

—Buenos días —responde con voz ronca. Sin embargo, percibo la sonrisa que acompaña a esas palabras. Se han acabado las lágrimas. Solo necesito asegurarme de que se han ido de verdad. Después de hoy...

—¿Podemos hablar? —pregunto.

Noto que se pone tensa.

—Por supuesto.

—Sé que esto puede ser muy difícil para ti, pero tengo que saberlo todo. ¿Puedes hablarme del bebé?

Siento su suspiro a la vez que lo oigo.

—¡Oh, Reese! Era preciosa. Durante las horas que vivió, fue el bebé más dulce del mundo. Tenía tu cabello, oscuro y un poco ondulado. La cabeza redondita y llena de pelusilla. Sus manitas y piecitos eran lo más precioso que he visto en mi vida. Y encajaba en mis brazos cuando la abracé..., aunque solo fueron unos minutos...

Siento su angustia. Es diferente a la mía, pero la siento de todas formas.

—¿Dónde está enterrada?

—En *Bellano* —hipa—. Cerca de la casa. En un lugar oculto.

—¿Malcolm no llegó a saberlo?

—Yo nunca se lo dije a nadie. No puedo estar segura de qué le dijo Hank. Es evidente que Malcolm se enteró de alguna manera. Es posible que supiera dónde está enterrada.

No me atrevo a pedirselo, pero necesitaré su ayuda si la tumba es tan difícil de encontrar.

—¿Te importa si vamos a visitarla?

Se da la vuelta en mis brazos y me mira a la cara; sus claros ojos verdes están vidriosos por las lágrimas contenidas.

—No, no me importaría en absoluto.

La forma en que me besa, cómo presiona sus labios contra los míos, como si quisiera besarme hasta su último aliento, me indica que esto significa tanto para ella como para mí.

Cuando llegamos a la vieja cabaña del jardinero empiezo a preguntarme si no me habré equivocado, pero Kennedy se muestra más tranquila cuanto más nos acercamos al lugar donde pasó esos años difíciles. Cuando me detengo en el camino de grava que conduce a la casa desde la parte trasera, la oigo respirar hondo y soltar el aire lentamente.

—¿Todavía te duele ver este lugar?

La veo mordisquearse el labio mientras piensa.

—No, no me hace daño. Hank cambió mucho después de que Hillary murió, pasó de ser un amante esposo y un buen padre adoptivo a un degenerado capaz de poner las manos encima a una niña. Se me revuelve el estómago.

Cojo su mano.

—Lo siento mucho, nunca me preocupé lo suficiente para enterarme de lo que estaba pasando. —Sus palabras hacen que me dé un vuelco el corazón al pensar en lo que ese hombre le hizo, y todavía más cuando recuerdo que eso le costó la vida a su bebé. A nuestra hija.

Me suelta la mano.

—Es que se suponía que no debías enterarte. No quería que lo hicieras. Aunque deseaba con todas mis fuerzas que alguien me salvara, te amaba demasiado como para dejar que asumieras esa responsabilidad. Por eso lo oculté tan bien.

—Pero yo habría hecho que todo fuera diferente. Hubiera...

Se acerca para ponerme un dedo en los labios, haciéndome callar.

—Sé que lo habrías hecho, pero no quería que te quedaras porque debías o porque necesitara que lo hicieras. Quería que te quedaras conmigo porque quisieras hacerlo.

—Lo hacía, ¿sabes? Quería quedarme contigo. Pero fui débil. Mi padre sabía qué debía decirme para que fuera con él. Es solo que... que no hubiera dejado que llegara tan lejos. Odio no haberle puesto fin hace mucho, muchísimo tiempo.

—Pero lo estás haciendo ahora. No todo está perdido, Reese. Todavía tienes mucha vida por delante.

Me llevo su mano a los labios y le doy la vuelta para besarle la palma.

—Tenemos —aclaro.

Ella sonríe.

—Tenemos —conviene antes de que ponga la mano en la manilla de la puerta—. Vamos. Vamos a saludar a nuestra hija.

Kennedy me conduce alrededor de la casa, hacia el bosque que hay a la izquierda. Recorremos el camino hasta que desaparece, simplemente se desvanece entre la densa maleza. Ella gira hacia a la izquierda, serpenteando entre los árboles, atravesando por encima de un tronco hueco hasta llegar a una pequeña parcela donde el suelo estaba cubierto completamente con milenrama. No es necesario que me diga que hemos llegado. El lugar está bañado por la luz del sol y puedo ver la forma que dibuja la disposición de las rocas en el suelo. Son las alas de un ángel.

Poco a poco me acerco al punto donde se encuentran las alas y me arrodillo. Instintivamente sé que estoy justo sobre el lugar en el que descansa esa hija que nunca voy a ver a este lado del Paraíso.

Siento cómo Kennedy cae de rodillas a mi lado. Siento la calidez de sus lágrimas, que caen sobre nuestras manos unidas. Las noto también en la mano izquierda, pero esas no son de Kennedy. Son mías.

Nos quedamos así durante un buen rato, a solas con nuestra hija, sin que ninguno de los dos digamos una palabra. Cuando por fin desandamos el camino para regresar al coche, me resulta imposible reprimir otro pensamiento.

—¿Alguna vez has pensado en tener más hijos?

Por el rabillo del ojo, veo que Kennedy me mira, pero mantengo la vista al frente. No quiero influir en su respuesta de un modo u otro.

—Por supuesto. Pero no los tendré, ¿verdad? —pregunta con un dejo de tristeza en la voz.

—Yo no quería. Nunca he querido tener un bebé con nadie. Pero contigo es diferente. No creo que jamás haya dejado de pensar en el fondo que quizá algún día estaríamos juntos. —Me detengo, cojo la otra mano de Kennedy y tiro de ella hacia mí para poder rodearla con los brazos—. Cuando me hice la vasectomía, hablé con el médico sobre la posibilidad de revertirla algún día. ¿Qué te parecería eso? ¿Te gustaría tener otro hijo conmigo, Kennedy?

—Oh, Reese... —dice, hundiendo la cabeza en mi pecho, pero no antes de que yo pueda ver cómo sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas. Siento una profunda congoja al ver que la hago llorar con tanta frecuencia.

—No llores, cariño. No quería molestarte.

La escucho suspirar varias veces antes de que alce la cabeza para mirarme.

—Estas no son lágrimas de tristeza. Son las más felices. Hay diferencia.

Sonríó al escucharla.

—Bueno, en ese caso...

Me inclino para besarla. Las chispas surgen entre nosotros con rapidez. Con todos los esqueletos fuera del armario, parece que estamos incluso más unidos. Y cuanto más unidos estamos, más calientan las llamas.

—Te amo —susurra ella cuando por fin la suelto—. Gracias por amarme a pesar de que no soy rica, de que ni siquiera terminé la secundaria y...

—Espera, espera, ¿cómo? —la interrumpí—. ¿No has terminado la secundaria? ¿Cómo es que...?

—Tengo el título de acceso, el GED. Cuando Hank me sacó del instituto, perdí demasiado para ponerme al día, y después de que murió el bebé, creo que me consideré mercancía deteriorada. Nunca más trató de tocarme, pero no le importaba golpearme o darme patadas si así lo quería. Después de su muerte, lo primero que hice fue conseguir el GED. Allí conocí a Gena Lamareau. Era la maestra, pero también era la propietaria de un pequeño estudio de danza en el pueblo. Cuando se enteró de que yo quería bailar, me permitió asistir y participar en sus clases de forma gratuita. Aquellos fueron los primeros pasos para dejar atrás mi pasado y convertirme en quien quería ser, de tener algo que nadie podría quitarme.

Mientras la miro a los ojos, unos ojos que me buscan de forma incesante, ya sé que una de las primeras cosas que haré cuando nos mudemos a *Bellano*, que queda a pocos kilómetros a nuestra izquierda, será quemar la casa del jardinero. Justo después de dar a nuestra hija la tumba que se merece.

Por amor a Kennedy, intento contener la ira para pensar en algo más constructivo. Alzo las manos para acariciar sus mejillas, suaves como la seda y el doble de hermosas.

—Eres la criatura más fuerte y preciosa que he conocido. Cada día me sorprendes de una manera diferente.

Encoge los hombros, pero sus mejillas se sonrojan ante mis elogios.

—La vida no nos aplastó, solo nos pulió. Me alegro de que los dos soportáramos la presión y que hayamos llegado hasta aquí. Para tener este momento. No cambiaría ni un millón de infancias felices por estar aquí contigo. Tuvimos remordimientos y dolores de cabeza como el que más, pero no dejaremos que nos definan. Prefiero dejar todo eso en el pasado, donde pertenece, y solo fijarme en las cosas buenas, en las importantes. Como tú, nuestro verano, el bebé que tuvimos... Esas son las únicas cosas que importan.

—Y tú. Valía la pena salvarte. Entonces, ahora y siempre. Me encanta cómo suena esa palabra cuando hablo con Kennedy, «siempre».

Ha llegado el momento de centrarme, de dejar atrás las malas obras de mi padre y la forma en que nos influyó. Hay cosas que son imperdonables. No pienso que debamos perder más tiempo, sino que debemos vivir la vida que queramos. Yo con Kennedy. Cuidando de ella y nuestra felicidad, de nuestros hijos.

Sin que nos amargue Henslow Spencer.

Kennedy

Miro el paisaje que tan familiar me resulta. Reese está llevándome a *Bellano* para supervisar la llegada de los muebles que adquirió. Me pidió que lo ayudara a elegirlos, y sé que quiere que vivamos juntos, pero hoy parece mucho más emocionado al hacer el corto viaje.

El camión de muebles ya está allí cuando llegamos. Tanny se ha puesto un jersey grueso para permanecer caliente ante el frío aire del invierno que entra por las puertas que permanecen abiertas para meter en la casa los pesados cabeceros y los resistentes aparadores.

Le doy un abrazo y la beso cuando llego junto a ella. Reese hace lo mismo. Como siempre, Tanny le acaricia la mejilla y sonríe cuando lo mira a los ojos.

—Mis dos personas favoritas —comenta ella, volviendo hacia mí sus centelleantes ojos azules.

—¿Todo listo? —pregunta él.

Su angelical sonrisa es la más feliz que le haya visto nunca.

—Sí —responde Tanny.

—¿Si está listo qué? —pregunto.

Ellos se miran y sonríen, pero no me responden. Reese me coge de la mano.

—Vamos, te lo enseñaré —dice.

Recorremos el pasillo comentando las nuevas incorporaciones de arte y las alfombras, deteniéndonos aquí y allí. Reese no quería deshacerse de las pertenencias de su tío, por tanto, había que reorganizarlo todo y añadir cosas. A los dos nos gustan las antigüedades y los artículos que hablan de la historia de la casa. Tanto Reese como yo hemos crecido aquí y sentimos que es nuestro verdadero hogar, por lo que ninguno de nosotros quería cambiarlo demasiado.

Cuando llegamos a la habitación que ha usado siempre Tanny, Reese se detiene delante de la puerta.

—He adquirido algunas cosas extra para esta estancia —me dice con una sonrisa insinuándose en sus labios.

—¿Para la habitación de Tanny?

—Er..., no, no exactamente. Tanny se ha trasladado a una de las grandes suites en la otra ala.

—Entonces, ¿qué quieres enseñarme? —pregunto.

—¿Por qué no te dejas de tantas preguntas y lo ves por ti misma? —Veo una pícara satisfacción en sus ojos que me hace notar mariposas en el estómago.

Abro la puerta y no puedo reprimir el jadeo que me sale de lo más hondo, igual que no puedo contener las lágrimas que me llenan los ojos.

Ante mí no está la habitación de Tanny. Esta estancia parece estar esperando la llegada de un bebé. Las paredes muestran un alegre color amarillo y los suelos han sido pulidos y vueltos a barnizar para que parezcan miel caliente. Hay mullidas alfombras blancas por todas partes y una cuna blanca junto a la ventana, flanqueada por dos relucientes y cómodas mecedoras.

—Es una habitación para un bebé —susurro, y el corazón se me agita en el pecho—. ¡Oh, Reese! —exclamo, fundiéndome con él, que me espera con los brazos abiertos. Me rodea con ellos y me acurruco, cálida y segura, contra su ancho pecho—. Justo cuando pienso que no puedo ser más feliz...

—Es mejor que vayas acostumbrándote a este tipo de cosas. Mientras yo viva, mi única misión es hacerte feliz.

—Lo único que podría hacer esto más perfecto sería tener cerca de algún familiar con quien compartirlo. Ojalá Malcolm pudiera verlo.

—A mí también me gustaría. Hubiera aprobado nuestra relación al cien por cien. Pero tenemos a Tanny.

Lo miro con ojos brillantes.

—Apuesto lo que quieras a que se sintió emocionada al saberlo, ¿verdad?

Reese sonríe.

—Sí, parecía muy feliz.

—¿Por qué no vas a buscarla?

Recorro la habitación con numerosos «Ohs» y «Ahs» al ver los pequeños detalles que ha tenido Reese en cuenta hasta que él regresa con Tanny. Ella se detiene en la puerta con ojos brillantes y mira a su alrededor, parece no reconocer la que solía ser su habitación.

—¿No te importa que hayamos enredado por aquí, Tanny?

—No puedo pensar en nada que me guste más.

—Le estaba diciendo a Reese que todo es perfecto. Simplemente perfecto. Y estamos encantados de compartirlo contigo.

Tanny se cubre los labios temblorosos con una mano mientras trata de recobrar la compostura. Después de un rato, saca algo que estaba ocultando en la espalda. Se trata de una caja de madera del mismo tamaño de una caja de zapatos, adornada con detalles tallados.

—Esto es para ti —dice, entregándomela—. Y para ti, Harrison.

Levanto la pesada tapa y allí, sobre el interior de terciopelo de color rosa pálido, está el registro de nacimiento de Mary Elizabeth, que Hank me había asegurado que había perdido. Tomo el papel blanco y veo la huella de su pie; la acaricio con mi pulgar mientras se me nubla la visión. Es tan pequeña...

—¿Dónde lo has encontrado?

—Después de la muerte de Hank, limpié la casa del jardinero y lo encontré escondido debajo de una tabla suelta del suelo.

No trato de detener las lágrimas que me resbalan por las mejillas.

—Su nombre está formado por el de las únicas personas que me importaban. Mary por la esposa de Malcolm; la quería muchísimo. Elizabeth por ti —le digo a Tanny—, fuiste la madre que nunca tuve. Y Spencer... porque... porque lo era. Siempre lo será.

Reese se coloca detrás de mí y me rodea con sus brazos al tiempo que apoya la barbilla en la parte superior de mi cabeza. Solo me muestra su amor y apoyo, haciéndome sentir su presencia.

—Lamento no habértelo dicho, Tanny.

Ella hace un gesto para quitarle importancia.

—No era asunto mío.

—No es que no quisiera que lo supieras, es que sentía como si no pudiera decírtelo.

—¿Por qué?

Vuelvo la cabeza para mirar a Reese. Él asiente con la cabeza, mostrándose de acuerdo en que le digamos a Tanny toda la historia. Es como de la familia, incluso más cercana que si lo fuera.

Estoy más tranquila ahora cuando vuelvo a recordar los acontecimientos que tuvieron lugar hace tantos años. No me sorprende cuando veo llorar a Tanny. Llorar por mí, por Reese, por el bebé que no tuvo la oportunidad de vivir y luchar.

Tanny nos rodea con sus brazos y nos transmite todo el apoyo de que es capaz. Por eso, cuando se aleja, sospecho que su sufrimiento es mucho más profundo ante nuestra historia.

—Habéis pasado muchas cosas, pero por fin os tenéis el uno al otro. Podéis dejar atrás el pasado y seguir adelante. Por eso quiero contaros algo. Porque sé que

juntos sois más fuertes, más fuertes que tu padre, Harrison, y que tu pasado, Kennedy.

Reese todavía me sostiene cuando Tanny atraviesa la habitación, acariciando la cuna del bebé y las mecedoras, dejando que sus dedos se deslicen por las letras en la pared que forman la palabra «bebé».

—Cuando lo conocí a él, era solo un poco mayor que tú cuando conociste a Harrison. Era un hombre apuesto, gallardo y encantador. No tardé demasiado tiempo en enamorarme perdidamente de él. Pero igual que la mayoría de los hombres de su familia, poseía una firme ambición que nada podía detener. Nada ni nadie.

»Me quedé embarazada, pero cuando le hablé sobre el bebé, me dijo que su intención era casarse con una chica de mejor posición social, una que pudiera incorporar buena sangre a su familia. Me partió el corazón, pero siempre supe que cuando tuviera el bebé, estaría bien. Sin embargo, después de dar a luz, recibí una última visita de Henslow Spencer.

Logro ahogar mi jadeo cubriéndome los labios con la mano, pero eso no sirve para Reese. Noto cómo se tensa a mi alrededor, abrazándome con más fuerza.

—¿Mi padre?

Con una triste mirada, Tanny se vuelve hacia nosotros y asiente con la cabeza.

—Sí, Henslow Spencer, tu padre. El padre de mi hijo. Fue entonces cuando me enteré de que podía ser tan despiadado como encantador. Ese día en el hospital, me dio dos opciones; podía no volver a ver a mi bebé o podía verlo cuando él me dejara.

»Había presentado unos documentos para declarar que era una mala madre, y acogiéndose al peso que posee el apellido Spencer, que era considerable incluso en esa época, le habían concedido la custodia. Me dijo que si quería volver a ver a mi bebé, no debía contarle a nadie que era mío. Me había conseguido un trabajo en casa de Malcolm y Mary, donde ejercería las labores de ama de llaves, y podría ver a mi hijo cuando viniera a visitarlos. Henslow me aseguró que lo traería a menudo. Y así lo hizo. Era eso o no volver a ver a mi hijo. Y no podría vivir si era así. Así que acepté y, hasta hoy, nunca le conté a otra alma viviente que soy la madre de su primogénito.

A mi espalda, Reese deja de respirar. Siento un leve temblor en los brazos que me sujetan y sé que su mundo acaba de verse sacudido... otra vez. Solo que ahora por la dulzura y el amor.

—Quería que lo supieras porque no deseo que sigas adelante con tu vida sin saber que siempre ha habido alguien en este mundo capaz de renunciar a todo lo que tiene por ti. Que le hicieron renunciar a todo por ti...

Los brazos de Reese caen lentamente y siento cómo el calor de su cuerpo se aleja cuando me rodea para dirigirse hacia Tanny. Observo la escena que se despliega ante mí con nuevos ojos; con una mirada consciente, veo por primera vez que la forma de los ojos de Reese es un eco de la de Tanny. Veo desaparecer sus hombros envueltos entre los fuertes brazos de su hijo. Y sé que la luz especial que veo brillar en sus ojos es amor. Amor maternal. Ha estado ahí siempre, observando en silencio. Esperando. Firme y verdadero, el auténtico amor de madre.

Mientras Reese se inclina con suavidad sobre la forma más delicada de su madre, me doy cuenta de que hemos llegado al punto de partida. Que, a pesar de todo el dolor y el sufrimiento, de todas las mentiras y engaños, todo es como debe ser. Que la forma de llegar no dicta el final, somos nosotros los que lo hacemos. Nuestras elecciones determinan la forma y el camino de nuestra vida.

Es la fuerza y la bondad de Reese lo que lo ha llevado aquí. Por fin. Al igual que a su madre. Como a mí. Todos desafiamos las probabilidades e hicimos lo que teníamos que hacer por los que amábamos y, al final, todo ha salido bien. Al final, ganó el amor.

Como siempre.

Como siempre ocurrirá.

Necesitaba que me rescataran. Incluso cuando pensaba que no, seguía necesitándolo. Todos lo hacemos de una manera u otra. Y Reese era mi Superman. Era mi héroe antes de que él lo supiera. Y quizá también yo era el suyo. Tal vez tenía que rescatarlo. Tal vez debemos rescatarnos el uno al otro durante el resto de la eternidad. Y si es así, me parece bien.

Epílogo

Reese

Como todo el mundo, me quedo sin aliento cada vez que veo girar a mi esposa, su largo y grácil cuerpo da vueltas como si colgara de una cadena. Me resulta hipnotizador verla. Ha nacido para bailar y yo para observarla.

Hace casi un año que le di la noticia de mi última inversión.

—¿Podrías dejar de limpiar para mirarme? —le pregunté con fingida exasperación—. Los bebés no tienen que vivir en un ambiente tan estéril, ¿sabes?

Ella dejó de limpiar los barrotos de la cuna y alzó la vista hacia mí, con aquel brillo que siempre tenía presente en los ojos y despeinada por los vigorosos movimientos.

—¿Por qué? ¿Quieres que haga otra cosa con las manos? —Levantó sus manos enguantadas y movió los dedos, rozándose los labios con la lengua, y por un segundo me olvidé de lo que iba a decirle.

Recorrí con la mirada su hermoso rostro, la prominente curva de su barriga de embarazada, recordándome el regalo que le he conseguido por el nacimiento de nuestro hijo. El regalo de ver cumplido su último sueño.

—Tal vez debería esperar y decírtelo después de que te induzcan el parto mañana —bromeé.

Ella se quitó un guante y me golpeó con él.

—¡No te atrevas!

Saltó y se sentó sobre mi regazo, como había hecho un millón de veces mientras estaba sentado en la mecedora de la habitación del bebé, imaginando lo que sería mecerlo allí hasta que se durmiera.

—Bueno, ya que vas a pasar un rato muy feo si... —Le guiñé un ojo y ella encerró mi cara entre las manos y me dio un beso voraz.

—Dímelo o arriésgate a las consecuencias.

—Está bien —le dije con un exagerado suspiro—. Nunca te dije lo que pensaba hacer con el dinero que obtuve por la venta de mis negocios.

—¿Quieres decir además de cubrirme con cosas que no necesito?

—Sí, además de eso.

—Pues no, no lo hice.

—Bueno, pues tengo un amigo que estaba dispuesto a aceptar un inversor. Es posible que hayas oído hablar de él. Chance Altman. —Vi que Kennedy abrió los ojos como platos y que su boca se convertía en una O, perfectamente redonda—. Sí, pensé que lo conocerías. Bueno, se mostró entusiasmado con la idea de tener un socio, además de poder disponer de una sede en Chicago. También tuve la oportunidad de hablarle de una bailarina de gran talento que conozco. Incluso le propuse realizar una función en el Steadman Theater a través de un hombre encantador e ingenioso. Tres noches a la semana a partir de este verano.

Después de mirarme por lo menos durante un minuto completo, Kennedy apoyó la frente en la mía y vi sus lágrimas de «felicidad absoluta», que es como ella llamaba a las que goteaban desde la punta de su nariz hasta la pechera de mi camisa.

—No necesito nada más para ser feliz en la vida, para sentirme completa y realizada, Reese.

—Pero yo necesitaba ofrecerte esto. Quiero verte bailar, preciosa. Quiero verte bailar hasta que tu sueño ya no sea bailar.

Ella alzó la cabeza y me miró con sus enormes ojos verdes llenos de lágrimas.

—Tú eres mi sueño. Él es mi sueño —aseguró, poniendo la palma de la mano sobre su barriga.

—Pero tú eres el mío. Y sé que siempre has querido esto. Y quería que lo tuvieras.

Esto fue seguido por algunas técnicas amatorias bastante salvajes, en especial para una mujer embarazada. Sin embargo, fue una buena idea, porque después de eso no tuvieron que inducirle el parto. Malcolm Harrison Spencer llegó al mundo por su cuenta.

Puedo recordar con absoluta claridad la forma en que me sentí cuando lo tuve entre mis brazos. Mi hijo. Una parte de mí y una parte de Kennedy se habían juntado para crear el bebé más perfecto que hubiera visto en mi vida. Creía que no eran muchos los momentos capaces de competir con el instante en que me puse frente a ella y vi que movía sus labios para decir «Sí, quiero» ante el altar de la iglesia, pero sostener a mi hijo por primera vez estuvo sin duda a la altura.

Todos los días desde entonces han sido casi tan ideales como podía imaginar que llegaría a ser la vida. Lo alimentamos, lo bañamos juntos, lo vimos dar sus primeros pasos y decir sus primeras palabras. Y no cambiaría ni un segundo de ello.

Han pasado ya diez meses desde el día en que fui testigo del milagro del nacimiento de nuestro hijo. Ahora tengo la oportunidad de ser testigo de otro increíble evento. El primer día que su madre bailó como soñaba, en un escenario para que todo el mundo la viera.

La sonrisa que luce mientras gira y se inclina me quita el aliento. Y la satisfacción que obtengo al saber que ayudé a que esté ahí... no tiene precio.

Estoy viviendo la vida que nunca pensé que tendría, más feliz de lo que jamás pensé. Mi hijo está en casa, con mi madre. Mi esposa en el escenario, donde pertenece. Y mi imperio se amplía para nuestros hijos. No podría pedir nada más a la vida.

Pero si pudiera, pediría una niña.

Una niña pequeñita.

Unas palabras finales...

Son muy pocas las veces en mi vida que me he hallado en una posición en la que siento tanto amor y gratitud que la palabra «GRACIAS» parece trillada e insuficiente.

Y así me siento ahora, cuando tengo que dirigirme a vosotros, mis lectores. Vosotros sois la única razón por la que mi sueño de convertirme en escritora se ha hecho realidad. Sabía que sería gratificante y maravilloso tener finalmente un trabajo que adorar, pero no sabía que sería más significativo y brillante por el inimaginable placer de escuchar que os gusta mi trabajo, que mi novela os ha llegado al corazón o que vuestra vida parece mejor por haberla leído.

Así que, desde lo más profundo de mi alma, desde el fondo de mi corazón, os digo que, sencillamente, no tengo suficientes palabras de agradecimiento. He añadido esta nota a todas mis historias, con un enlace a una entrada en mi blog que espero que leáis. Es una manera de expresar con sinceridad mi más humilde reconocimiento. Os adoro a todos y cada uno de vosotros, y jamás lograré transmitir todo lo que vuestros mensajes, comentarios y correos electrónicos me han hecho sentir.

<http://mleightonbooks.blogspot.com/2011/06/whenthanks-be-not-enough.html>

Table of Contents

1 Reese
2 Kennedy
3 Reese
4 Kennedy
5 Reese
6 Kennedy
7 Reese
8 Kennedy
9 Reese
10 Kennedy
11 Reese
12 Kennedy
13 Reese
14 Kennedy
15 Reese
16 Kennedy
17 Reese
18 Kennedy
19 Reese
20 Kennedy
21 Reese
22 Kennedy
23 Reese
24 Kennedy
25 Reese
26 Kennedy
27 Reese
28 Kennedy
29 Reese
30 Kennedy
31 Reese
32 Kennedy
33 Reese
34 Kennedy
35 Reese
36 Kennedy
37 Reese
38 Kennedy
39 Reese
40 Kennedy
41 Reese
42 Kennedy
43 Reese
44 Kennedy
Epílogo
Unas palabras finales...